Memorias de un desaparecido

novela

Jorge Majfud

Hacia qué patrias del silencio (Memorias de un desaparecido)
Primera edición: Editorial Graffiti, Montevideo, 1996. ISBN: 9974-551-66-8
Segunda edición: Editorial Baile del Sol, Tenerife, 2001. ISBN: 84-95309-12-2.

Piedras ensimismadas
vueltas hacia qué patrias del silencio
testigos de la nada
certificados del destino final
de una raza ansiosa y descontenta
abandonadas minas
donde en otro tiempo
hubo explosiones
ahora telarañas.

Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador*

CARTA AL CONDENADO

Tierras Coloradas, enero de 1982.
Sr. G. Conde Abercrombie.
De mi mayor consideración:

Nunca podrá imaginar lo agradecidos que estamos en el Comando por su descubrimiento. Ahora podremos corregir este hotel que antes creíamos perfecto. Créame, al principio lo creímos mal de la cabeza pero luego pudimos confirmar sus sospechas. Usted, antes que nadie, lo hizo! En efecto, esto (que usted llama descortésmente "cárcel") fue construido por los jesuitas hace más de trescientos años. ¿Cómo se le ocurrió? "Cómo no se me ocurrió a mí", gritó el F., golpeando la mesa con sus noventa y tantos años.

Está de más decirle que el Pozo fue clausurado; hace mucho dejó de ser útil. Podría decirle que se había vuelto obsoleto y aburrido. Siempre hay formas mejores, novedades! Usted comprenderá. El F., que es un verdadero genio, se ha pasado la vida ideando alternativas. Cuando lo vemos temblando en su silla, con los ojos entrecerrados, enseguida nos damos cuenta de que un nuevo alumbramiento se ha producido. Le cuento: una de sus mayores diversiones son las contra-historias que inventa acerca de él mismo y de nuestra Organización en particular. Usted debería saberlo, dada su antigua ocupación: *no existe mejor estrategia contra un rumor verdadero que inventar otro falso que pretenda confirmarlo*. Por ejemplo, cuando se descubría que Bormann estaba en el Paraná, nosotros lo "descubríamos" en el Paraguay. Hacíamos una o dos fotos falsas y luego la entregábamos a la prensa. Les hacíamos asegurar que el sujeto estaba en tal o cual lugar: un rancho abandonado, una tumba. Corrían como locos al lugar señalado, escarbaban hasta descubrir que en realidad se trataba de los huesos de un indio sucio. Cómo nos reíamos con Martin! Incluso así mandamos al Mato Grosso a un montón de ratas conocidas. Sabe qué es una rata?

Yo quisiera que lo viese al F. Así, diminuto y canoso, nadie daría un cobre por él. Más de un imbécil lo insultó en Medellín por no arrancar a tiempo con la luz verde. Enanos!, como dice usted. No imaginan que ese viejito pertenece a uno de los más antiguos tribunales de Sainte-Vehme. él, señor mío, fue el creador de esa insuperable Obra Maestra, la fosa común de Bergen-Belsen... Apenas pronuncio este nombre, que ni su Borges hubiese superado en perfección y armonía, y se me pone la piel de gallina. Imágenes grandiosas vienen a mi mente y dentro mío suenan las sirenas de Tannhäuser, el coro de Carmina Burana. Tan perfecta armonía plástica, tan hondo dramatismo dejan en ridículo al body art, al ready made, al más terrible Michelangelo y hasta al propio Dürer del Kunsthistorisches.

Und wir? Glühen in zusammen,
In ein neues Geschšpf, das er Tödlich belebt.

Desearía contarle muchas cosas más al autor de estos escritos, así como reprocharle una o dos cosas que faltan a la verdad. Pero casi no tengo tiempo. Ahora mismo estamos ocupados en un gran proyecto para el Cóndor. ¿Sabe qué es el Cóndor? Bien, ni importa. Bastará saber que es actualmente el Organismo mayor dentro de nuestra Cofradía, siempre en experimentación. Un proyecto que hará intocables a nuestros muchachos ya que (alégrese) proyectamos retirar todos nuestros dictadores

de la América del Sur. Haremos un enroque. ¿Oyó alguna vez hablar de Pinochet o de Stroessner? Miembros honorables de nuestra Cofradía. Y no le nombro a los amigos del Río de la Plata porque usted ya los debe conocer. Como decía una canción de mi época, *Es ist ein Frühling ohne Ende!*

Como usted mismo lo ha revelado, finalmente abandonaremos este lugar. No está bien encariñarse con una tierra que no es de uno. Además, si bien es cierto que siempre preferimos los climas tropicales después que abandonamos el frío, desde hace algún tiempo estamos necesitando algo distinto. Tal vez son los años.

Ahora usted se estará preguntando por qué le cuento los secretos de una cofradía como la nuestra, con casi quinientos años de vida ultra secreta. Imaginará que también nosotros necesitamos ir al confesionario de vez en cuando. Pero se equivoca! Ocurre que... ¿Cómo explicarle?: imagine todas esas obras de arte antes mencionadas, destinadas al secreto de la oscuridad (o a la oscuridad del secreto, ¿cómo se dice?). En el fondo yo siento que el F. debió disfrutar cuando se publicaron las fotografías de Bergen-Belsen y el traidor Kurt Gerstein abrió su boca. Pero comprenderá que la publicidad de estas obras del Arte Universal es un tanto peligrosa. Más conviene la modestia de los grandes, como la del F. Usted me viene como anillo al dedo; un hombre inteligente, un gran masón que sabré apreciar y comprender lo que le digo, y que pronto se va a morir, para que no abra su boca como el desgraciado de Kurt.

Saluda a usted muy atte.

F. Schwamberger

P.d. Le devuelvo sus cuadernos para que los corrija; quizá en el *más allá* consiga editor.

CUADERNO PRIMERO

I

Agosto 1981

Muchas veces, mirando desde aquí arriba, tuve la impresión de que le mundo había sucumbido finalmente a la catástrofe nuclear. Hace dos días un griterío infernal pareció confirmar la llegada del final tan anunciado. De repente, recordé con fuerza extraordinaria cosas que jamás haba visto: mujeres descalzas caminando con dificultad entre escombros, viejos gritando con voces roncas y agudas al tiempo que recorrían un campo de batalla. La tierra aparecía sumergida en el humo, entre los fuegos apagados en la carne. ¿Dónde haba visto esto? Es más, juraría que yo mismo era uno de aquellos despojos, un cadáver que ya no podría pronunciar palabra y se abandonaba al fin, agotado, a un sueño profundo. ¿Tal vez soñaba? Me recuerdo de pie, mirando por la ventana con espanto y fascinación. Las nubes pasaban como bolas de fuego blanco. Sudaba. Pegué el oído a la puerta para asegurarme de que los gritos no provenían de adentro. Después volví a la ventana, y no vi más que el mismo paisaje de siempre: el pueblo a los pies del cerro y los campos resecos a punto de arder al menor soplo.

Los gritos volvieron por la noche. Esta vez parecía una tribu salvaje preparándose para entrar en combate, gritando para intimidar al enemigo. ¿Quiénes eran? Al principio pensé en una de esas fiestas rituales que cada tanto hay en el pueblo. Pongo por ejemplo una: una vez al año, a mediados de enero, a la hora en que el sol raja la tierra, la gente del pueblo sube al cerro con velas encendidas en las manos. Se dirigen a cierto lugar detrás de la cárcel, y aunque no puedo verlo desde aquí, sé que es donde está la cabeza del Santo Mártir. Caminan en fila india, siempre en silencio y mirando hacia abajo. Nunca se acercan demasiado a la cárcel ni se atreven a mirarnos. Otras veces cantan de noche en la plaza de la iglesia, pero siempre con cierto orden y timidez que los hace incapaces de una fiesta carnavalesca.

Ayer, lo mismo: los gritos volvieron como una ola que arremete contra el silencio y se retira murmurando. Tampoco esta vez se dejaron ver. Desde entonces no dejo de vigilar. Estoy nervioso y no sé por qué. Imagino lo peor y procuro no dormir. Solo este mediodía me dejé vencer por una especie de sueño que me mantuvo consciente. Fue un instante. Soñé que era un niño de meses y estaba en una cuna. Miraba una ventana muy parecida a ésta de mi celda. Del otro lado se sacudían las hojas de un bananero como las alas de un pájaro gigante. Podía recordar con profundísima nostalgia una balsa y una playa en Yucatán, unos rostros sonriendo mudos bajo el sol, unas casitas blancas sobre el mar Mediterráneo, el pantano blanco que rodea el Mont Saint-Michel, un camino que se pierde en un bosque. Sentí que había sido atrapado en un nuevo cuerpo, en una nueva conciencia. Sentí que esa conciencia nueva pronto llegaría a dominar todos los rincones de mi alma vagabunda y eterna, hasta terminar en el olvido de todas esas cosas extrañas que recordaba por última vez. Quizá llegue el día, el instante, en que otra vez algún residuo de la eternidad vuelva a presentárseme en una visión fugaz. Y otra vez no comprenderé nada.

II

Pude haberme vuelto loco esa misma noche de no ser por los guardias. Esta gente tiene la costumbre de golpear las puertas con un fierro, así, sin previo aviso. Comienzan a media noche con ataques histéricos. Luego, cada media hora, con mayor cuidado, de forma, que, hayqueestaratentoparanotarlo! En el fondo comprendo tanto odio. Debió ser un insulto para ellos medirse con un ejército de indisciplinados con barba. Y aunque ellos ganaron, al menos por el momento (qué triunfo humano fue alguna vez definitivo?), aún les queda el resentimiento. Porque no me vengan con eso de "La Patria". Hasta el más mongólico sabe que difícilmente un ejército defienda más a un país que a su propio orgullo. Y es por esta misma soberbia y orgullo por la disciplina por la cual, en el fondo, todo ejército es conservador. Por otra parte, un militar sin guerra es un ser irrealizado, algo así como un abogado sin pleito o un bombero sin incendio.

Los franceses dicen que rebeldes y revolucionarios no son la misma cosa Y es cierto, pero basta con pertenecer a cualquiera de los dos grupos para ir a la cárcel. Este lugar está lleno de esos ejemplos. Yo pertenezco a los del primer grupo. Creo que de haber nacido en Rusia hubiese corrido la misma suerte, con algunas variaciones: en vez de morirme de calor como ahora, estaría temblando de frío en algún rincón de Siberia. Mundo de mierda. Russell dijo alguna vez que los hombres no podíamos ser felices sin pugna, recordando que los cazadores de cabezas habían perdido el gusto por la vida cuando las autoridades blancas le prohibieron su deporte favorito. Considerando que el horror tiene tan profundas raíces, se podrá profetizar que el Paraíso en la Tierra tardará aún una centena de siglos más en llegar.

Mientras tanto, habrá que soportar cada noche esos golpes en las puertas, en el umbral del sueño. Deberé sublimar el odio, otra vez, en serena soberbia. Como la que me permite a veces mirar la puerta sacudiéndose en la oscuridad. Mirar como si nada, sin que se me mueva un pelo de fastidio. Yo sé que lo peor no es este tipo de tormentos que me imponen, sino eso peor que viene desde adentro. Pero, ¿cómo no pensar cuando la soledad lo obliga a uno? Será por esa misma razón que los golpes tienen un efecto inverso en mí al supuesto: no me ponen nervioso; me distraen. ¿Quién les dijo a esos cosos que la noche se hizo para dormir? Enanos. Todavía deben creer que uno lleva una vida normal aquí adentro. Mucho peor que eso golpes de mamarracho es soportar el silencio repetido de las tardes, es descubrir un día, con todo el vértigo del miedo, que Uno está solo, que Uno es Yo y nadie más que Yo; es mirarse a las manos y asustarse de sí mismo.

Años enteros he pasado así, sin soñar, o sin recordar mis sueños que para el caso da igual. Mis sueños se fueron destrozando de a poco, como todo aquello que no me recordaba a mí mismo. Al principio me encontraba siempre intentando escapar de la cárcel. Y siempre fracasaba. Venían a verme mis padres, Victoria R. y unos amigos, algunos con sus rostros infantiles, otros con barbas nunca vistas. En sus rostros yo leía que nada podían hacer por mí. Claro, estaban todos muertos! Sabían que yo iba a ser ejecutado y callaban. A veces desfilaban delante mío como quienes se despiden de un cadáver. Luego los rostros comenzaron a aparecérseme como carcomidos, se transformaban en seres irreales como cerdos con rasgos humanos, entre los cuales yo podía distinguir aun personas conocidas. Hasta que fueron desapareciendo de a poco. Hasta que todo desapareció.

III

Alguna vez sentí nostalgia por este infierno —la celda, los pasillos con sus pilares de piedra, el patio del tamaño de una plaza pública sin árboles, la fuente en el centro, el sonido de las llaves en la cerradura, los días repetidos. Alguna vez, caminando por el pasillo, supe lo que es la eternidad. Pero la eternidad solo dura un instante.

Los días se repiten iguales, desde hace ocho años. Puedo estar en el lugar debido casi sin proponérmelo. Rara vez, como ayer, una rutina se me adelanta. Era viernes y no lo sabia. Toda la mañana estuve ausente, y no sé dónde porque no recuerdo nada. De repente escuché que alguien me decía:

—¿Qué me mira así?

Solo entonces me di cuenta que había estado mirando la puerta durante horas. El sudor me corría por los ojos. Tuve que parpadear varias veces para distinguir la imagen del guardia que acababa de abrir la puerta. Estaba encandilado por la luz excesiva que a esa hora de la tarde llena mi celda.

—Qué está esperando! —gritó el guardia.

Él también sudaba; unas gotas gruesas le corrían por las mejillas.

No es normal un calor de estos en invierno. Todo se altera. Durante toda la semana haba pensado hablar con Matías sobre los misteriosos gritos. No había imaginado la posibilidad de que él no los hubiese escuchado, y, ahora, a plena luz del día, todo aquello me parecía tan lejano como dudoso.

En el patio nadie mencionó nada al respecto. Alguien se quejó del calor y los otros se rieron como si se tratase de algo obsceno. La gente de aquí es vulgar. Recordé los gritos y pensé en una especie de confabulación de los reos en mi contra. Quizá suponen que mi desprecio por ellos es proporcional a mi presunta cobardía. No soportan que un macho tenga educación.

No pude escuchar nada más. Por costumbre, ya me había separado del grupo siguiendo las huellas de la semana anterior, de los años anteriores. Me dirigí hacia el rincón donde me quedo siempre con Matías y el Manco. Nadie contradice este orden riguroso. Un día alguien llegará hasta este lugar y se encontrará con una enorme ruina de piedra. Y no imaginará siquiera que fue un insoportable panóptico. Los primeros días pensé que llegaría a acostumbrarme a ser observado y vigilado; pensé que llegaría a acostumbrarme a todo y que todo un día me resultaría igual. Pero cumplir años, envejecer, ha sido todo un descubrimiento. Los recuerdos nunca son los mismos. No son una cosa estática y congelada; son una caja de sorpresas! Y para evitar que la vida pueda disolverse de a poco en la progresiva decadencia de los sentidos y de la inteligencia, la creación procedió por incrementar las torturas propias de la naturaleza cansada: enfermedades de todo tipo, físicas y sociales. Todo para que de esa forma la muerte sea el Gran Acontecimiento, el único suceso absoluto y definitivo. Como una gota que cae en el mar, así: plop! Para que no pensemos en una simple metamorfosis, como Lucrecio, sino en un alma que fue condenada y liberada.

IV

De a poco y con fuerza me fui haciendo la idea de que los gritos de las noches anteriores habían sido solo alucinaciones. Me quedé aplastado contra el muro, como alguien que es informado de una grave enfermedad. Pensé en escribir estas páginas,

relevar con cuidado y detalle mi naturaleza mental; quizá así un día podría advertir si hubo cambios importantes o no. En el fondo es un intento un poco ingenuo: si pierdo la razón, como el Manco, no podré apreciar esos cambios, y todo habrá sido inútil.

Pensaba en esto mientras Matías dibujaba en la tierra.

—Ahora sí que estamos fritos, viejo —dijo sin desconcentrarse de sus figuras.

Momentos antes Matías había ayudado al Manco a sentarse contra el muro y este lo había confundido con alguien llamado Bogliachini. No se sorprendió; está acostumbrado. Luego comentó algo a su mujer, Lourdes da Silveira, siempre sentada a su lado, invisible y silenciosa. Él le habla de los tiempos buenos y de los actuales, de un sueño obsesivo que regresa cada noche para torturarlo: hay una corcel de muros altos, en medio del desierto y afuera de todos los mapas. En una de las celdas está él. Fue condenado a un lugar del mundo que nadie conoce y a donde nadie irá nunca. El sueño se repite: entran cientos de murciélagos en su celda, revolotean y chillan a su alrededor hasta que la desesperación y el asco lo despiertan. Entonces se siente aliviado; sabe que esa tarde vendrá ella para cebarle unos mates. "A veces miro por la ventana —le comenta a Lourdes— y temo que las horribles criaturas no vuelvan, porque si no lo hacen, no podrá despertar, y me quedará en aquella corcel para siempre". Matías lo mira con lástima y un poco de ternura. Yo siento algo demoníaco en la locura y me aparto. El pobre viejo ya no es aquel que nos daba ánimo y nos contaba historias: el Graf Spee, el Zepelín, los campeones del 30. Ahora deja caer su cabeza hacia adelante como si se hubiese dormido y se queda pensativo. Matías insiste en corregir sus triángulos y sus círculos en la tierra. Luego dibuja un sol, una luna y una cruz en el medio. Borra el sol, pone un cuadrado, borra el cuadrado, pone otra luna. Borra las dos lunas, la cruz y se queda pensativo con una rodilla apoyada en el suelo. Mira las figuras geométricas, una dentro de otras como en un mandala. ¿Comienza Matías a entrar en su mandala? El Manco ya está dentro del suyo, como un yogui de una escuela tántrica. Mira a alguien que está delante suyo, a dos metros de distancia. Las cejas blancas y largas le caen sobre los ojos azules, acentuando el parecido que siempre tuvo con el último autorretrato de Leonardo. Tal vez tenía su misma piel, pálida, brillante por el sudor, enfermiza. No sonríe, apenas mueve los labios. Habla con Lourdes pero no dice nada. A veces se le escucha algo: "una cárcel con un patio rodeado de pasillos".

Adivinó que pensaba en él y se me acercó. Sonrió nervioso y dijo:

—Alekhine, sabe, no se vaya, Alekhine ha muerto. Lo sé, lo sé. Mire que había vuelto. Pero esta vez es para siempre. Yo le decía, maestro, y quería conocerlo, quería ser su amigo. Ya no hay campeón mundial.

Dije sí, con la cabeza, y le sonreí un poco. Quería dar un paso hacia atrás, quería salir corriendo.

—No sabe lo que fue en Buenos Aires —siguió diciendo después de retirar su mano fría de mi brazo; sentí alivio —Capablanca era bueno, sí. Era bueno, era. Un mago, pero el doctor era el mejor. Y justo ahora que había vuelto. Pero yo sé que esta vez es para siempre —abrió grande los ojos y miró hacia su interior—. Él me lo dijo; me lo dijo, sí, cuando lo llevaron para que se pudriera afuera. Estaba sobre la mesa del fondo, con la cabeza para un costado, y yo me acerqué. No mucho. Quería decirle que no se muriera ahora que era mi amigo. Pero él me miró, me miró así —hizo un gesto de enorme cansancio—, y dijo, no puedo, ya estoy muerto. Me dijo que ya estaba muerto, sabe?, entonces no podía quedarse, no poda, no. Me dijo, ya estoy muerto. Eso fue lo que dijo. Y se lo llevaron de los pies, de arrastro. Después salí a buscarlo y me dijeron que estaba muy oscuro. Ah, no se puede salir con lo oscuro.

Tenía una lagunita verde en una pupila. Según la posición de sus ojos, brillaba. Cuando terminó de hablar sus pupilas se dilataron enormes, como si hubiese visto un hongo atómico.

—Pobre doctor —murmuró, y se alejó de nuevo a su lugar. Volvía a ponerse nervioso. Miraba el horizonte y su rostro se desfiguraba en una expresión de terror. Qué doloroso es el miedo de los locos. Parecen indefensos, abandonados a sus fantasmas, sin la ayuda de su propia razón o del consuelo ajeno. ¿En qué mundos invisibles estará perdido el Manco ahora? Invisibles ¿para quién? ¿No es este universo que me rodea a mí invisible para los otros? La Creación nos hizo con una carencia fundamental: la imposibilidad de ser Otro; de poder sentir el mundo desde otro cuerpo, desde otra conciencia. Esta carencia me ha llevado a pensar mas de una vez que en realidad estoy solo, que los otros no existen y, si existen son algo muy distinto a mí. La existencia humana está dividida en dos clases de seres: en Yo y Otros. Hubiese podido comprender mejor una existencia en donde uno es un personaje de una novela, luego otro, luego otro mas. Llevaría una existencia menos caprichosa e inexplicable. Podría ver el mundo desde dentro de cada personaje; sería Otro. Pensaría y sentiría de múltiples formas.

Solo al escribir y al leer tengo vagas noticias de esa forma de existir que pudo ser; trasciendo mi propia unicidad, me convierto en otro.

El hombre desde siempre ha procurado formular una respuesta al enigma de su propia existencia. A los que se ocuparon de estos temas generales se los llamó filósofos. Sus procedimientos, por lo general, procuraban las respuestas desde dentro de lo que ellos consideraban la realidad. Por supuesto, no fueron malos intentos. Pero hay otras formas. Por ejemplo, ¿por qué no procurar una visión exterior a esa realidad? Para tener una percepción más global de esta existencia que nos ha tocado a los seres humanos, no hay nada mejor que imaginar alternativas, realidades que pudieron ser y no lo fueron. Esa forma de hurgar en el destino del hombre se ha llamado desde siempre arte o ficción.

V

Allí, contra el muro y rodeado de “semejantes”, sentí que la fractura que me separaba del resto se había abierto como nunca. Tanto que ya no era posible divisar las otras orillas que alguna vez estuvieron en mi horizonte. Mucho más horrible que esta soledad de mi celda, es la que se siente en el patio, entre los otros presos. Aquí a veces conservo alguna esperanza de abolirla; en el patio simplemente estoy allí, verificando la inutilidad de ese sentimiento positivo.

El Manco seguía repitiendo en su locura: —No voy a quedarme en esta tierra del demonio. Quiero que me prendan fuego. Yo sé que puedo subir con el humo.

Matías dibujaba unos caballos en la tierra. De a poco me fui convenciendo que los gritos de las noches anteriores no habían sido más que alucinaciones. Ahora ni siquiera los recordaba con claridad.

—La luna ya está aquí —gritó el Manco—. Ay, y me quema los ojos!

Se tapaba los ojos mientras apoyaba la frente contra el muro. Matías quiso calmarlo pero lo alejó con manotazos temblorosos. Después, cuando se calmó, murmuró: —Yo también tengo que morir. Pero no quiero quedar en esta tierra del demonio. No quiero estar aquí afuera; ellos nos están mirando ahora.

No podía decirle a Matías nada sobre los gritos de la noche. Tal vez él los había oído, pero ¿cómo saberlo? Aún no había comentado nada, pero también es cierto que cada semana habla menos. Ya no queda nada para decirnos.

Pensé toda la tarde cómo sería la locura. Creo que el mismo temor de terminar como el Manco me debilitó los nervios. Sentía que debía hacer un poderosísimo esfuerzo para mantener la lucidez y que de a poco iba perdiendo la conciencia. “Es el calor”, me decía buscando tranquilizarme. Tenía la fuerte impresión de que la corcel era una casa de muñecas y que en cualquier momento una niña gigantesca asomaría su cabeza sobre el muro. Una grieta se abría debajo mío y yo caía al vacío. Estaba inmóvil y al mismo tiempo caía. Hice un esfuerzo por despertar de aquel estado. Y desperté; desperté a una forma de conciencia poderosísima, como si la vigilia no fuese más que un estado intermedio entre esa nueva forma y los sueños. El pensamiento se detuvo y los sentidos se abrieron a una percepción inefable del mundo. Quedé solo y mudo ante el maravilloso abismo donde las palabras resbalan como en una catarata, donde se guardan los secretos de la eternidad que provocan el éxtasis y la locura. Pude ver el muro a mis espaldas, una mosca en uno de los barrotes de mi ventana, pude sentir la frescura y el aroma de un aire marino corriendo por los pasillos. Maravilla y terror. Seguí cayendo hasta ver el mundo desde arriba. Atravesé el tiempo y volví a detenerme contra el muro, pero diez años atrás. Las imágenes perfectas seguían golpeándome en la retina. Un hombre tomaba cerveza en un bar de pueblo (quizá el bar de La Estación), una mujer entraba al mar con un sombrero amarillo y un paño azul en la cintura, alguien descansaba en mi celda y parecía agotado, abandonado a un sueño complicado. Recordé mi celda, la corcel, mi historia de condenado y volví a la realidad del patio. Quedé paralizado: era cierto, estaba preso.

Caí en la tierra, temblando de frío.

VI

Imagino el universo de un demente como uno de esos estados alucinantes que deberán suceder a este orden, y que lo preceden, según la doctrina del Eterno Retorno. Para mí, un universo regido por el Caos sería harto mas comprensible que el nuestro, dominado por la fatalidad de lo irremediable. (Aunque en ese estado no sería posible la inteligencia).

Hay un primer gran interrogante: ¿Qué sentido tiene nuestra existencia? Como es fácil de advertir, una interrogante de ese tipo es imposible de responder. Una segunda se deriva de la primera: ¿Acaso tiene un sentido? Con timidez respondo: “y sí, debe tenerlo”. Pienso en el Caos. Así como para que algo posea significado debe poseer un orden subyacente, es necesario que cierto orden (visible por cualquier lado) posea un significado. Basta con reconocer algunas diferencias: Colón no llegó al Empire State Building, ni llegará nunca.

Como sugerí antes, podemos comenzar a mirar el problema desde afuera. Imaginemos lo que sería una existencia carente de cualquier orden. Podríamos pensar en aquella corriente artística de principios de siglo que se llamó Dadá y precedió al surrealismo. En una obra dadá está explícito el intento de eliminar cualquier vestigio de significado. Su intención era mostrar el absurdo básico de la existencia humana. Ausencia de orden —ausencia de significado— absurdo. Podríamos decir, restringiéndonos a una obra concreta, que “eso” sería un modelo para una existencia sin significado, sin sentido. Pero también el dadaismo, como cada obra que surgió bajo su

bandera, fue una forma de *expresión*, y toda expresión conlleva al menos una intención, es decir, un significado. Expresar es significar afuera lo que está adentro.

Los números que se suceden por azar en la lotería no significan nada. Pero si advertimos la repetición consecutiva de un mismo numero, seis o siete veces, enseguida nos detendremos a interrogarnos sobre el fenómeno. El fenómeno tiene un significado: la máquina de números se descompuso, o estamos ante un fraude. La repetición en la diversidad, el orden sutil, confieren un significado. Si el significado nos devuelve al azar (máquina descompuesta), el fenómeno no tendrá sentido. Si nos revela una intención (fraude en el juego), tendrá al menos un sentido. Intención + Significado = Sentido. En el primer caso estaríamos en un universo materialista; en el segundo, ante el Creador.

Si el mundo no es una organización lógica y armónica, como lo quieren mis hermanos masones (si la lógica es incapaz de trascender las reglas arbitrarias del ajedrez para conferirle un sentido a la partida), tampoco es un acontecimiento caótico. Para mí esta existencia que nos ha tocado a los seres humanos tiene un significado trágico. La vida está dominada por lo Irremediable. Todo termina algún día, todo pasa y se pierde. Y al final, el fenómeno invariable: la muerte. Ante la insoslayable tragedia del tiempo, uno recurre a mil formas de negación: el olvido, la frivolidad, el engaño, el hedonismo nihilista, la Tardadez Suprema.

Recuerdo una conversación de dos hombres en la Casa de los Azulejos en México. Discutían sobre el progresivo hundimiento de El Zócalo. Uno de ellos, poseedor de una de esas cabezas olmecas que se ven en la gente del sur, lo comparó con el destino de los hombres.

Después de algunos desacuerdos uno de ellos, que acababa de comer y encendía un cigarrillo, dijo: —*Hay que gozar, manito, que la vida es corta*.

El de la cabeza olmeca lo miró un instante y dijo: —*Y si la vida no fuera corta, qué? ¿Habría que comenzar a pensar en serio?*

El otro se quedó indefenso con su frase de cumbia.

—*A mí* —continuó el olmeca—, *como la existencia me parece suficientemente larga la dedico a pensar un poco. Siguiendo con lo que le decía, mire a los cuates por todos lados. Se toman fotos en los casamientos, no en los funerales (hacen lo que pueden). Y vea, compadre, la escandalosa desproporción de amigos asistentes a uno y otro evento. Al final, los recuerdos de una boda terminan en la tristeza (uno de los dos se muere primero, o se separan). O, en el mejor de los casos, en la nostalgia (un guante blanco en una caja de zapatos). ¿Cuándo el recuerdo triste de un funeral pasó a ser motivo de carcajadas?*

El paso errático del hombre por el mundo no es la imagen del caos, de la casuística; más bien parece la búsqueda o la convivencia con ese sentido desconocido.

¿Y por qué una tragedia y no una comedia?

No lo sé. Yo no inventé esto. Si fuera por mí, habría otros mundos, menos trágicos. Hasta sería más comprensible un mundo caótico, o por lo menos desprovisto de uno o dos irremediables básicos. Un mundo a salvo del Yo y la muerte, regido por la casuística, por esas simples leyes lúdicas que maneja un niño cuando está jugando. Un mundo donde hasta la fantasía más delirante funciona, es comprendida y no se transforma en duda metafísica. Para eso sería necesario (entre otras medidas a tomar) acabar con el tiempo lineal, esa invariante trágica: siempre hacia adelante, como un río. Verdad que Einstein acabó con aquella continuidad monótona, indiferente a la energía y a la materia. Pero el tiempo (por lo menos el tiempo humano), aun sigue corriendo hacia adelante, y matándonos... naturalmente. En nuestro nuevo universo tampoco sería necesario el precepto estético de tiempo circular. Bastaría con el aniquilamiento de causas-efectos. Un día el Manco se muere; casualidad mediante, otro día está en

Montevideo, mirando cómo explota y se hunde el Graf Spee. Pero como el caos es absoluto y las combinaciones infinitas, también será posible que su memoria registre a alguien que aun no conoce (yo, Matías, alguno de los guardias). Entonces sí, podría decirle a Lourdes, mientras contempla aquel crepúsculo de diciembre y la columna de humo que se hunde: "Estuve en una cárcel con un patio rodeado de pasillos". Ante la muerte, ante todo lo inevitable sólo habría que esperar el reencuentro casual, la verificación del caos, del absurdo. No nos interrogaríamos acerca del sentido de la existencia, de por qué la gente nace y se muere. Un mundo de esa naturaleza no podría tenerlo.

Pero una existencia donde todo fuera remediable, si bien no por la voluntad humana por lo menos sí por la casualidad, no podría inspirar ningún respeto. Un universo regido permanentemente por la casuística seria, eso sí, siempre original. Dios sería Picasso. Un dios que pensara como Picasso encontraría ridículo y hasta una muestra de mediocridad el hecho de que los Reyes de la Creación fueran siempre la misma cosa: dos brazos, un tamaño standard, una psicología más o menos parecida, y hasta una consistencia similar: carne y huesos, uñas y pelos, lágrimas y sangre, glóbulos y fibrinas, guaninas y citosinas, moléculas y átomos de carbono, y los mismos electrones orbitando siempre igual. El Caos sería más "lógico", y la Lógica apenas un accidente contemporáneo a la especie.

No es de extrañar que San Agustín se haya disgustado con cuestiones como éstas. Para él, Jesús es la *vía recta* que niega el *círculo*. Para mí es el tiempo rectilíneo (el tiempo de los modernos), y no el circular, la esencia trágica de la vida. En el desarrollo de la Historia, de los acontecimientos individuales (medidos y registrados por fotos y documentos), en la memoria de lo que pasa, cada vez más minuciosa, está la conciencia del fin, de la muerte: lo irremediable.

Pero la falta de infinitas combinaciones que aqueja a esta existencia, no es un indicio de la mediocridad del Creador. Por el contrario, es la expresión de Su grandeza. Cuando el Creador decidió no ser un Tipo frívolo, inventó lo Irremediable. Las Grandes Interrogantes no tienen respuesta, pero quizá el conjunto de interrogantes sin respuestas sean, al mismo tiempo, La Respuesta. Las realidades del arte y la locura hablan de lo que quizá somos, a través de lo que no somos o no pudimos ser. Cuando Dios terminó de crear el mundo y ya se disponía a descansar el séptimo día, descubrió que aun quedaban infinitos universos por crear. Entonces facultó al hombre con el poder de los sueños y la imaginación, para que completaran Su Obra.

Pero es mejor evitar las cuestiones teológicas. Entiendo la teología como la critica de arte, con la pequeña diferencia que para la primera el artista no es nada más ni nada menos que Dios.

VII

Agosto/setiembre.

La mujer del sombrero amarillo era Victoria R. La reconozco. Por una increíble coincidencia la vi esta tarde cruzando la plaza mayor del pueblo. Mejor dicho, *creo haberla visto*. No me engaño, cualquier turista (si los hay) me hubiese parecido a ella. Muchas veces imaginé, con vértigo, cómo reaccionaría yo si un día me pudiera encontrar. Con su voz de niña temida me preguntara: "¿Cómo te metiste en esto?". Y yo, para ocultarle un incomprensible temor que desde hace años se instaló en ese rincón de

mi imaginación, le respondería con rabia: "Para que seguir fingiendo!" (o algo así). Pero la verdadera respuesta es que *no lo sé*. De repente comienzo a recordar cosas después de mucho tiempo. Pero ninguna es suficiente para responder a esa pregunta. Otros recuerdos son ilusiones, lo sé. No recuerdo haber ido a la playa con ella, y tanto el sombrero amarillo como el paño azul en la cadera me parecen demasiado ridículos para ser ciertos. Tampoco estuve nunca en un campo de batalla. Atravesé cuatro desiertos, pero creo imposible haber tropezado con un esqueleto de ballena cubierto por las arenas.

Recuerdo sí (perfectamente), cundo en mayo de 1973 dejé Buenos Aires. Apoyado en la baranda del barco contemplaba cómo se alejaba el puente Avellaneda, la ciudad borroneada esa mañana por la humedad. En algún lugar de aquella inmensidad, reducida entonces a una manchita horizontal, el cuerpo de mi padre, frío y cada vez más solo en un nicho de hormigón. También recuerdo (no con la elocuencia de la realidad, sino con la angustia de una pesadilla), las pocas flores que, con discreción, dejaron sus compañeros del sindicato metalúrgico. "La triple A", había dicho alguien a mis espaldas, como quien habla de la meningitis o algo parecido.

Yo iba a Montevideo a encontrarme, sin querer, con los rostros de la infancia, rostros felices de veranos antiguos. Los imaginaba como los había visto la última vez. "Primero Perón —había dicho la tía Hélèn—, y ahora ese Castro! ¿O no caés porque tu cuñadito se dejó la barba?". Hasta me sorprendo de recordar detalles tan sutiles como la expresión de su rostro y el tono de su voz, irónico. En estos casos uno nunca sabe si la memoria brilla con fidelidad o deduce e interpreta sobre el material heterogéneo del que dispone, así como es posible entender un discurso escuchando la mitad de las palabras. Y aquellas palabras las escuchó un niño, que aún no podía entender su significado. Pero los niños tienen una memoria aparte, una memoria capaz de retener hechos insignificantes en principio pero que luego se le presentarán al adulto portando mensajes reveladores.

En lugar de mi antigua casa había un edificio de por lo menos diez pisos. Reconocí el lugar, los árboles todavía intactos. Me quedó un tiempo mirando el edificio, impecable y reluciente como sus moradores. Quise reconstruir de memoria el techo de tejas, el jardín profundo (ahora ocupado por un hall de entrada, amplio y bien iluminado). Hasta que el portero, con celo profesional, me advirtió con una pregunta:

—¿Qué está haciendo?

Lo ignoré, pero insistió con más autoridad:

—¿A quién busca?

—A nadie —dije, y me alejé.

Debía evitar problemas de cualquier tipo. Tomé bulevar Artigas al sur, en dirección a la casa de Victoria. Estaba abandonada. Las rejas que la protegían estaban tapadas por chapas en algunos tramos. Aun así, se podía ver las partes más altas de la casa. Una casaquinta con ventanales amplios, estilo art nouveau. La había mandado construir el abuelo de Victoria cuando Pocitos era un balneario y la clase alta vivía en francés.

Cuando volví por primera vez, el portón de entrada estaba abierto, el patio de entrada invadido por los yuyos y hojas de palmeras secas. Los ladrones habían saqueado la casa, pero quedaban misteriosamente (pensé entonces), un sillón, una cómoda y un espejo viejo en una de las habitaciones de arriba. Me senté en el sillón, miré mi rostro en el espejo, después los jacarandá sin hojas. Esa habitación había pertenecido a Victoria. En noviembre los jacarandá echaban flores y toda la habitación se teñía con una luz azul violeta. Luego las flores caían y formaban una alfombra en el

césped. El viejo Ortega cuidaba muchísimo ese fenómeno anual, y se ponía furioso cuando le caminábamos arriba. “Los amiguitos de la niña —gritaba—. No pasen por ahí, carajo!”. Recordé la última vez que la había visto. Fue en el 59, creo. Yo tenía catorce y ella uno menos. En esa misma habitación le dije que me gustaba y ella se echó a reir como loca. Se sentía muy superior a mí. Lo supe y desde entonces la odié.

La primera vez entré a la casa porque la vi abandonada. La segunda vez no sé, pero tuve la desgracia de encontrarla allí.

VIII

Un verano intruso reposa sobre la región y llena cada gota de aire con su silencio extraño, como si de repente miles de pájaros hubiesen dejado de cantar, como si miles de personas hubiesen dejado de gritar al mismo tiempo.

Añoro los días cuando planeaba escapar de la cárcel. Aún tenía alguna esperanza. Pensaba: la cárcel es un invento humano, por lo tanto es imperfecta. Bastaba con encontrar la imperfección y proceder luego al experimento mental que hace el ajedrecista antes de mover una pieza. Cuánto tiempo, cuánta energía dediqué a esta búsqueda! Todo fue inútil. De nada servía fingir enfermedades o dejar de comer. “De aquí vas a salir con los pies para adelante” decía el guardia y cerraba la puerta. Llegaba a delirar: me veía caminando por los pasillos, abriendo y cerrando puertas; trepaba el muro, como una mosca; saltaba del corredor al patio y volvía a subir como un pájaro. Me transformaba en insecto, en langosta, y me arrojaba desde la ventana.

Puedo imaginar universos tan absurdos como esos en las otras celdas. En alguna (en la del Manco) se sucederán calles, ríos, ciudades, rostros, promesas, melodías antiguas, sin ningún tipo de orden. Algo parecido a la Eternidad. Celdas como la mía, pero con sutiles variaciones que significan cambios absolutos. Alguien mira el recorte de una revista pegado en la pared. Es una playa de Maldonado. Ese hombre alguna vez pudo escapar por ese rectángulo de papel. Ahora lo mira sin verlo. Había estudiado con cuidado y placer los detalles de la fotografía. Comprobó cómo la vida se nos da en excesiva abundancia, segundo a segundo, cómo una fotografía posee la virtud de rescatar y conservar algo del derroche vital, para que luego podamos sorberlo con cuidado, sin apuro, hasta agotarlo. Pero un día esa ciudad, esa playa con sus árboles y sus sombras, con sus olas brillantes y sus veleros, con sus nubes y su gente, con toda la gente que pudo abarcar la perspectiva, se convirtieron en una simple mancha contra pared. Ahora, figuras abstractas de la celda, de su presente, ya no del pasado. Como el sol erosiona los colores, el presente continuo habrá vaciado de alegría aquellos rostros que le sonríen al fotógrafo. Así la celda terminará por deglutirse a su habitante, como al resto de los objetos que le fueron añadidos. Quizá un día el hombre de piedra mire las manchas del papel en la pared, en apariencia insignificantes, y piense en un año, en un verano. Sentirá o presentirá una calle, una ciudad, una playa con sus árboles y sus sombras, unos veleros y unos rostros llenos de incomprensible nostalgia, como la nostalgia por lo que nunca se ha vivido. Pensará perplejo, no podrá reconocer los rostros que lo miran desde las profundidades del tiempo, aunque haya sido él mismo el fotógrafo, el padre y el esposo. Triste belleza del tiempo. Y todo habrá sucedido en un instante fugaz. Inverosímil.

IX

Esta ola de calor es un fenómeno extraño. Sólo recuerdo algo igual en el invierno de 1973. Fueron los días que siguieron al golpe de Estado. Yo atravesaba a pie los interminables campos del norte, procurando alcanzar una frontera que desconocía. Tal vez esto mismo explique las pesadillas que he vuelto a tener los últimos días. Ayer no pude dormir por el calor. Como siempre, el insomnio vino de la mano de ciertos pensamientos obsesivos. Cuando al mediodía caí rendido en el catre, soñé con Chabalgoity y Selva Wittenberger. Esta vez yo era el asesino que los mató en un hotel del centro, en Montevideo. El sueño comenzaba con un hecho real (con las mínimas variaciones necesarias para distinguirlo de un simple recuerdo): yo caminaba por una calle de la Ciudad Vieja hacia el puerto. Habíamos quedado en encontrarnos en una esquina de la calle Rincón. Era de madrugada. Antes de llegar a la esquina señalada me había cruzado con dos mujeres que mantenían el siguiente diálogo (Lo había olvidado completamente):

MUJER I: —¿Cuánto estás cobrando, che?

MUJER II: —Cuatrocientos. Antes valía un huevo! Hacía Bulevar.

MUJER I: —Qué suerte, che! Yo nunca pude hacer que me levantaran ahí. Esos hijos de puta.

La mujer de los cuatrocientos pesos era tipo eslava, con las correspondientes arrugas que azotan precozmente ese tipo de piel; el vientre hinchado, dividido en dos por un cinto muy apretado. Parecía nerviosa, pero debía ser a causa del frío. Inmediatamente yo entraba a una habitación desconocida y, con una especie de facón, mataba a golpes a dos personas. Eran Selva y Chabalgoity. Al descubrir sus rostros ensangrentados desperté angustiado.

La realidad seguía de una forma más complicada y menos simbólica: Chabalgoity y Selva no llegaron como estaba previsto. Los esperé casi dos horas, cruzando de una vereda a la otra, dando vuelta a la manzana, una y otra vez. Molesto, me fui a calentar un poco en un bar de por allí cerca. Pedí un café, y mientras lo esperaba me puse a ojear uno de los libros que llevaba para no andar con las manos vacías. Era un libro sobre perros que había comprado al azar (fue una sugerencia de Chabalgoity; ☐l siempre cuidaba esos detalles). Un segundo después de que el mozo me trajera el café, un hombre de ojos colorados se acercó a mí y, como si estuviera insultando, dijo:

—La calle es la mejor universidá.

No contesté. Tomé un poco de café, debí hacer algún gesto con las cejas, o me encogí de hombros. No sé, pero algo lo molestó aun más. No aceptó que le diera la razón.

—¿Acaso lo duda? —insistió. Contra el mostrador un pinscher miniatura observaba divertido. Más atrás, con un vaso en la mano, un san bernardo hacía lo mismo. Me habían confundido con un estudiante. Y es lógico; un título universitario es una larga historia de vanidades que se cuentan solas, mientras que un pobre diablo como aquel seguramente debía recurrir a la incómoda tarea de enumerar cada una de sus pequeñas haza—as para cotizarse un poco.

—No —respondí, distraído—, creo que no lo dudo.

—Ah, tás de gracioso, tás —casi gritó—. Lo que pasa es que ustedes sólo saben lo que está en los libros, estudian entre cuatro paredes. Ah, y lo reconoce? (—yo no sabía si estaba molesto con el desencuentro de esa mañana o por el atrevimiento del borracho—). Debería darle vergüenza. Hay que andar en la calle para saber lo qué é la realidá.

El pinscher esperaba lo divertido. Perdí la paciencia y dejé de mirar la tacita de café para contestarle:

—Mire, no tengo nada contra su Universidad de la Calle, pero por el momento no pienso inscribirme, sabe? No tengo vocación de linyera ni de prostituta. Esos son posgrados, no? Además hay otras formas de aprender algo. Recuerde que la bomba atómica y los viajes espaciales nacieron entre cuatro paredes. Las grandes decisiones políticas se toman entre cuatro paredes. O, mejor dicho, entre CINCO paredes. Usted sabe. La realidad también puede ser el producto de la imaginación de algún *führer*.

—Yo no sé nada. Usted puede decir las gansadas que se le ocurra, pero realidad hay una sola.

—¿Como la madre, no? Pero sabe lo qué es eso que usted llama "realidad"? —el pinscher y el san bernardo ululaban bajito: uuuuh- Bueno, es cierta idea que por algún motivo u otro un día se le clavó a usted, entre ceja y ceja. No pudo concebir otras y pasó a considerarla Universal e Incuestionable. —(Realidad es eso que un día pasará a formar parte del folklore, una nueva leyenda o un nuevo mito para las generaciones futuras. Un gótico o un sumerio son personajes irreales, más próximos al género fantástico que a la psicología del hombre moderno. Aun dentro de lo que se llama Aldea Global (que de global solo tiene la Coca—Cola) existen estas diferencias, notablemente ignoradas. Los occidentales, por ejemplo, consideran que un pobre sin aspiraciones económicas y pasivo ante su pobreza, carece de espíritu de superación. Y los desprecian por ello. En India y Nepal ocurre estrictamente lo contrario. Para ellos, un *renunciante*, alguien que ha abandonado todas las comodidades del mundo material y que no aspira a más que a unas limosnas, es un hombre con *"espíritu de superación"*. Y los aprecian por ello. La ciencia ficción es un conglomerado de trozos del pasado con las ilusiones y supersticiones del presente. Para la "gente de la calle", como para Hollywood, el siglo XXV es la escenografía del foro romano con un japonés vestido de kimono y sentado en la silla de Amenofis III, un montón de plástico y computadoras con un poco de canto gregoriano de fondo. Cuando la gente habla de "realidad", lo que quiere decir es "realismo". *El realismo es el sueño de la realidad*, es la *voluntad de aproximación* a una concepción particular y paradigmática del Universo y la existencia humana en una determinada época. Por el contrario, la ficción fantástica es la *voluntad de alejarse* de esa misma concepción paradigmática. En cualquiera de los casos no podemos saber nunca cuál es verdaderamente La Realidad. Sólo realidades hay.

—"Universal e Incuestionable" —repitió en tono de burla—. No me hable difícil. Usted habla así porque no tiene los pies en la tierra.

—Los pies en la tierra (otra frase célebre). Puede ser —dije tomando otro poco de café, para molestarlo aun más—. Siempre hice el esfuerzo por mantener los pies en la tierra. Pero esa extraña condición de ser humano me ha llevado a veces a despegarme unos centímetros del suelo. Yo siempre admiré a las vacas que pastan todo el día en el campo. Esos animalitos sí que tienen los pies en la tierra!

El hombre de los ojos colorados me tiró la mesa por encima. Se armó un escándalo que no vale la pena detallar. Más tarde me avergoncé de mi actitud de adolescente. En la logia siempre se me enseñó a someter las pasiones a la razón, al cálculo, a la armonía. Libertad, igualdad, fraternidad. Por mi cuenta descubrí que la humildad siempre es grata entre los hombres porque les evita el dificultoso trabajo de rebajar al prójimo. Siempre es más cómodo, más simpático, que el otro reconozca por sí mismo que es un tarado.

X

Comienzo a recordar cosas que las torturas habían echado al olvido. Vuelvo a soñar, aunque pesadillas. ¿Qué clase de nuevo hombre producirá este renacimiento?

En mi último sueño yo mataba a Selva y a Chabalgoity, bajaba corriendo las escaleras, cruzaba una 18 de Julio vacía y volvía a subir las escaleras de otro edificio conocido. Llegaba exhausto a una puerta señalada con el número 902 y entraba. Era el apartamento de Selva, en el Once. Ahora ella y Chabalgoity estaban sentados en el living, hablando con alguien más. Un hombre fumaba de espaldas a mí. Primero era Ramón, un amigo de la infancia; después Facundo B., el uruguayo amigo de Chabalgoity. En la conversación repitieron las mismas cosas que dijeron una vez en el apartamento de Facundo, en Pocitos, aunque con deformaciones.

—Sobre todo a partir del crack del 29 —decía Chabalgoity, hundido en las sombras de un rincón—. Cuando las profecías de Marx parecían cumplirse. Las comadrejas rojas festejaban y las yanquis corrían histéricas. Un año después, aquí más abajo, los lagartos derrocaban al Peludo. Comenzaron a tomarle el gusto al juego y repitieron en el 43.

—¿Los industrialistas?

—Sí. Aquel principio de autoabastecimiento dejaba ver la hilacha germanófila.

—Pero la marina, en cambio, prefería a los ingleses, no?

—Claro, claro. Pero lo que preocupaba a las comadrejas del norte eran los gustos de los cabecitas negras. Al fin y al cabo, la Democracia Subdesarrollada seguía existiendo. Eso se puso en evidencia con la amenaza de la chusma peronista (que antes era la chusma radical) cuando comenzó a gritar, “Braden o Perón”.

Selva tenía un montón de papeles sobre la falda. Los miraba con atención mientras los otros hablaban. Ella como yo conocíamos de mucho antes las ideas del vasco. Muchas veces habíamos oído esas predicciones de golpes de estado en todo el continente.

El otro ahora era Philip Agee, el agente de la CIA que un colaborador de Chabalgoity había localizado en Montevideo, en 1964. Yo lo había visto solo en una foto, junto con el general Aguerón.

—En ese momento —seguía Chabalgoity con más agresividad— las comadrejas del norte decidieron asegurarse la Casilla del sur, la retaguardia. Nosotros gramos el patio trasero.

—¿Cómo supone que procedimos? —preguntó Agee, con calma.

—Quisieron conquistar a los lagartos. Pero pero! había que contener a los cabecitas negras consolidando la vieja oligarquía. Entonces inventaron una nueva elite dentro del ejército argentino: los gorilas. ¿Conoció alguno?

—Cómo no.

—Era la época de la paranoia macartista.

El lugar de Agee volvía a ser ocupado por Facundo B. Selva no dejaba de leer informes.

—Las comadrejas gritaban: “O se está con las comadrejas yanquis o se está con las rojas”. Y los gorilas repetían: “O se está con las comadrejas yanquis o se está con las rojas. Muera la comadreja roja y sus pichones!” En el 61, recuerda?, la Gran Comadreja

Roja anunció que después de Cuba seguía la Argentina. Los gorilas apoyaban los puños contra el suelo y golpeaban con los pies. ¿Recuerda el encuentro con Fidel?

Por momentos soy yo mismo el que está sentado frente a Chabalgoity. En las manos tengo la foto de Frondizi con Fidel. Frondizi sonríe.

—Y luego: Frondizi con el Che en la residencia de Olivos. Los gorilas hipaban y se golpeaban el pecho. De nada le sirvió al presidente inaugurar un cursito de guerra contrarrevolucionaria en la Escuela Superior de Guerra; ni que se declarase públicamente anticomunista. "A papá!", se decían los gorilas. Usted sabe que para un neurótico obsesivo todo indicio en contra es una prueba a favor. Como para la Inquisición, como para los macartistas. O se estaba con las comadrejas yanquis o se estaba con las rojas.

Para Chabalgoity, el maniqueísmo político de la Era Moderna era una herencia de la Inquisición (como los actuales juicios). O se estaba con Dios o se estaba con el demonio. O se era comunista o se estaba a favor del imperio yanqui. Los métodos similares utilizados por la Inquisición del siglo XIV y los Conservadores del orden en el siglo XX parecían confirmar su teoría. Decía: la democracia nace en Grecia (no olvidar que hoy también hay esclavos); si un día se descubriese que fue otro pueblo el inventor, ese pueblo sería como el griego: politeísta y un poco escéptico. Entre los antiguos egipcios convivían el politeísmo y el poder absoluto del Faraón. El conflicto estalló con el surgimiento (natural) del monoteísmo: con el dios Atón. Egipcios, judíos, cristianos y musulmanes son conducidos por un Caudillo. En Varanasi, a orillas del Ganges, un hindú me hacía notar que su religión poseía varios dioses y aceptaba los dioses ajenos. "Es una religión democrática —me dijo riéndose, y luego, señalando a un grupo de musulmanes—. En cambio ellos..." Pero el espantoso sistema de castas (me respondió Chabalgoity) pertenece a una sociedad que desde siempre creyó en la reencarnación. (Según el *Bhazavad-Gita*, Krisna creó las cuatro divisiones. Sudras y brahmanes son obra suya. La sociedad hindú es tan democrática y tolerante que hasta un *intocable* puede alcanzar el ideal de todo hombre: convertirse en un *sannyasa*, es decir, en un mendigo. De esa forma, un apestoso despreciable puede convertirse en Venerable Apestoso). Luego volvía a insistir: El absolutismo hunde sus raíces en las religiones monoteístas. Nuestra tradición masónica siempre se opuso al poder absoluto de la monarquía. Los jesuitas, la policía religiosa de la época, luchó contra nuestros propósitos, buscó reimponer el poder del Papa. Nosotros nos alejamos de aquellos dogmas para construir una sociedad racional, científica y tolerante. Quisimos un altar para todas las religiones. Integramos en nuestras logias al Islam, al cristianismo y al judaísmo. Construimos la mente del hombre moderno, lo que quisimos que fuera y lo que no quisimos, también: el individuo libre, pero también el capitalismo a través de los templares; la democracia política y la tolerancia, pero también el pensamiento marxista a través del Iluminismo y el positivismo científico. Luego el comunismo derivó en una forma de absolutismo contra la cual siempre luchamos. Conservó nuestros principios de Igualdad y Fraternidad, pero abandonó nuestra lucha por las libertades individuales. Negó las grandes religiones, pero reprodujo lo peor de ellas: su sistema monárquico y absolutista. Ahora, en nuestro continente la lucha es contra las dictaduras militares, contra la CIA, contra ese gran país del norte que nosotros mismos fundamos: los Estados Unidos de Norteamérica.

—¿Se acuerda de Musich? —había preguntado el Chabalgoity del sueño, aunque también en el apartamento de Facundo se había tocado el mismo caso.

—No —había contestado Facundo.

—Economista y empresario de la ultraderecha. Lo acusaron de marxista. Imagínese.

—Habría leído *El Capital*.

¿Y los sucesivos cross de derecha: 1955, 1962, 1966, *K.O., and O.K.*

Los uruguayos llamaban a la Argentina “L.P.” (33 revoluciones por minuto). Todavía no sabían que el disco de la CIA iba a tocar en casa. También recuerdo unos graciosos argentinos, unos periodistas de cuarta que jugaban a desestabilizar a Illía. Para ellos, los dibujitos de Landrú iban a derrocarlo. Hasta que llegó Gorila Onganía y les cerró La tía Vicenta por un chiste que no le gustó. Según Chabalgoity y G.N., la CIA había puesto en manos de Onganía la doctrina del West Point, o doctrina de la Seguridad Nacional. Doctrina copiada y recitada luego de memoria por todos los generales del continente. La serie de golpes —decían Ch. y G.N.— será como un juego de dominó y comenzará ahí, en Uruguay. De eso podíamos estar seguros. Agee, Robert Hill y otros infiltrados en los puestos más estratégicos están al tanto de este proyecto, desde hace una década. La misma resistencia que está en la calle y las comadrejas rojas que venían detrás serían la excusa, parte fund-da-men-tal de ese proyecto americano. Una de sus mejores habilidades políticas consistía en hacer confundir las causas con los efectos. Después de diez años la gente no sabría si primero estuvo el huevo o la gallina. Recordar lo del Cordobazo, la Noche de los Bastones Largos, Onganía, Levingston, Lanusse. La mejor estrategia contra un poder oculto, es actuar en secreto. Como lo hicimos nosotros, desde hacía siglos.

XI

Entro al caserón pensando que está vacío, pero enseguida advierto a alguien que se retira de una ventana. Una muchacha de pelo castaño sale corriendo sin mirar hacia donde estoy yo. En el patio se detiene un instante, duda, finalmente parece reconocerme. Digo su nombre, tratando de confirmarlo:

—¿Victoria?

Me disgusta haber encontrado a alguien allí, y más que ese alguien sea ella, precisamente. No la soporto, a pesar del tiempo. Levanta las cejas y sonríe. Es tan bonita como cuando niña. No sé de qué me habla. Estoy un poco tonto; no soporto los reencuentros con viejos conocidos; ellos siempre hacen preguntas, abruman. A ella le debe pasar algo parecido porque de repente unas sombras rosadas se hacen visibles en sus mejillas blancas. Con una mano acomoda un mechón de pelo, brillante, detrás de una oreja. Yo le pregunto algo a lo que ella responde con una explicación: con frecuencia viene a la casa. Estudia arquitectura y ahora está preparando una monografía sobre las quintas montevideanas de la Belle èpoque. Y debía hacerla ahora que estaban por demolerla. Ahora soy yo el que hace las preguntas y ella que

—¿Cuál?

—Ésta —dice—, van a levantar una torre aquí.

Se muerde los labios que aun sonríen y mira hacia la casa, pensativa. La sonrisa cambia a otra expresión de preocupación. Responde preguntas que no le formulo, lo que prueba su posición desfavorable en este momento. Hace dos años que se casó con Raúl Williman. Papá está en Montbéliard.

—Vos lo conocés.

—¿Raúl?, Raulito —me viene a la memoria—, el de las ara—as, ¿no?

—El mismo.

—Caramba... —digo yo. Parezco tarado. Rectifico: soy un tarado. Ahora me mira un poco desconfiada. El encuentro ha caído en un pozo y no se me ocurre nada que lo arregle. Así es mejor; nos despedimos de una vez y cada uno por su lado como siempre. Es ella la que viene al rescate: sonríe, me invita a su casa.

—Esta noche no puedo. Tal vez mañana.

Dice que mañana tiene una fiesta, pero yo puedo (o debo) ir.

—¿Por qué?—, porque es la fiesta de una amiga que yo conozco, aunque no me acuerdo.

—Vamos, primito— me dice con una ternura desconocida. Después vuelve a hablar con esa soltura estúpida y fingida, común en ella.

Selva y Chabalgoity sugieren que vaya. Selva me habla de fulana y fulano que son así y asá, la hija del embajador, la hembra del ministro. Todos juntos en el Carrasco Lawn. Están todos y estoy Yo, sustancias incompatibles. Entre los Otros y Yo hay algo, una interfase. Mi cuerpo. Está muy bien vestido de blanco y negro, se baja de un taxi, una mujer lo mira a los ojos. Ese cuerpo me representa, pero no soy Yo exactamente. Ahí está Victoria con un vestido azul o negro. Me presenta a Raúl. Le extiendo la mano. Raúl acaba de molestarse conmigo, creo. enseguida se dio vuelta para saludar a otro que pasaba. Admito que tuve la culpa; otra vez estaba distraído. Hay que estar más atento, gil. El ruido y el whisky van a empeorar las cosas. Así no se puede estar atento; es imposible pensar cuando hay tanta concentración de gente. El razonamiento se entorpece y se embotan los sentidos. El Yo se diluye unos gramos. Baco vomita, los bacanes comienzan el baile, la fiesta se anima con el Murciélago de Strauss. Todos hablan al mismo tiempo. Una mujer de labios rojos y gruesos acaba de preguntarme algo, a lo cual yo contesto que soy amigo de la novia. Pone una mano sobre mi brazo y elogia el vestido de Victoria (Siempre Victoria). Parece tonta. Me habla de la reencarnación y me detalla sus gustos: prefiere el Johnnie Walker negro al rojo, Chanel Nº 5, Palito Ortega y los cuadros de Salvador Dalí, sobre todo ese de los relojes. Miró también es un gran pintor.

—Y usted —pregunta acordándose de mí—, ¿qué músico prefiere?

—Wagner.

—¿Wagner?

—Sí. Alguien me dijo una vez que cuando sepa apreciar como se debe a Berlioz me dejaría de gustar Wagner.

—¿Y?

—Sigo sin apreciar como se debe a Berlioz.

En frente, un hombre calvo y de bigotes blancos, se esfuerza por hacer reír a una mujer un poco más joven que está a su derecha:

—Ahora las mujeres se casan menos que antes. En lugar de buscar marido, como en mis tiempos, se preocupan más por conseguir un empleo.

(Risas y risitas).

—La culpa no la tienen las mujeres —responde otro desde la cabecera—. Si hoy en día hay tan pocos matrimonios y la tasa de natalidad es tan baja, la culpa la tienen los cada vez más perfectos Sistemas de Seguridad Sociales. Si no fijate, Tita: ahora se hacen aportes a la caja de jubilación y quedate tranquila. Antes se hacían hijos. Fijate lo que pasa en Europa.

Y allí Enriqueta Etchegaray. "Podés creerlo o no —le dice a la mujer de los labios rojos—, pero es un hecho que el rock'n roll ha pasado a ser la coronación oficial de la ceremonia religiosa (del casamiento). Una curiosa incursión del vudú en el cristianismo".

Que New Orleans y que Marie Laveau. Vieja conocida y remaquillada. Por suerte no me reconoció. Profesora de música. Seguro se jubiló y no tiene más nada que hacer que esto. Ahora discurre (como el alcohol por sus venas) por nuevas y fantásticas deducciones: para llegar hasta Fabini, completa y plenamente, hubiéramos necesitado un Nietszche, mientras que para el candombe basta con un psicólogo, hecho que demuestra la existencia de diferentes niveles y, por supuesto, la superioridad de *Campo* sobre la bámbula.

Típico: Enriqueta es una representante de una raza moderna que no sabe otra cosa que sacar deducciones disparatadas de elementos insólitos; como la relación que puede haber entre las aguas del Nilo y los fluidos vaginales (Moisés por Freud), entre el número cinco (tres más dos según los neo-alquimistas) y la cópula heterosexual, entre la simetría del palacio de Versalles y la homosexualidad (a lo Bruno Zevi), entre los ojos de Edipo y sus testículos, entre el pato Donald y el Imperio Yanqui, entre un pararrayos y un rollo de papel higiénico. En fin.

Y hablando del Imperio, seguro ese es Diego No, el que se acerca al mozo. Pobre muchacho; con barba y sin corbata es como llevar la bandera cubana a un meeting del Ku Klux Klan. Y, Rosita! Estoy frito. Ahora Enriqueta me reconoce y —beso-beso. Cierto, era un enano de jardín y ahora mido uno ochenta. Pero cómo iba a olvidar a Rosita? Usted la llamaba Rosa Sinfonía, porque su parto había sido allegro-adagio-largo y andante-minué y (por fin) vivo molto allegro.

—Pero qué memoria muchachito!

Qué memoria nada. Sólo recordaba aquel absurdo que luego deduje buscando alguna relación entre esas expresiones italianas y el nacimiento de mi amiguita.

—Pero ahora no sé, Gervasio, por qué la nena me salió una dodecafonía.

Ya sabía. Ahora tengo que aguantar esto. Y todavía esa forma horripilante de hablar: barroco, tipo adjetivo a mansalva. Bueno, nos sentamos, al fin. Por lo menos una mesa entre la profesora y yo. La mujer del perfume Chanel ya está pasadita. Caminando, caminando, ese Johnnie se la llevó hasta el séptimo cielo. Podría disimular al menos. Justo ahora que en esta mesa me reconocieron. ¿No digo que los conocidos son gente incómoda? Todos están un poco pasados a esta altura. Están tocando el tema de un tipo, amigo de una que está en la otra mesa, que es marica. Este tema es una costumbre de sobremesa entre gente medio-conocida. Muy significativo. Rosita iba a hablar de una amiga que -por suerte la movida rockera la interrumpió y salieron todos a bailar, menos Enriqueta. Pese a la amenaza de tal compañía, yo tampoco salí. la mujer del perfume me agarró de una mano, pero debió irse sola al no poder vencer mi resistencia. Bailaba y echaba cada mirada que cualquier hubiese adivinado que terminaríamos en esto. Levantaba los brazos, movía las caderas, una vuelta completa y volvía a mirar. También Enriqueta comenzó a mirarnos cuando advirtió el jueguito. Mal candidato para tu dodecafonía era yo. Si la champaña no me engañó, también Victoria me había hecho una señal para que saliera a bailar. Como me negué, me sacó la lengua, como cuando gramos chicos. El olor a Chanel se hace insoportable. Se debió bañar con medio frasco y ahora duerme muy cómoda.

XII

Noviembre.

Es sorprendente la cantidad de pelo que perdí en los últimos días. Me miro en el espejito; parezco más viejo, como si el tiempo estuviera acelerado. A través de la imperfección del bronce pulido puedo ver las arrugas profundas que cruzan mi frente, cierta debilidad en las cejas que caen rendidas sobre los ojos. Sentí vergüenza esta tarde al bajar al patio. Vergüenza o pudor; no quería que me vieran así.

Esta tarde, al pie de las escaleras, poco antes de salir al patio, ocurrió un pequeño incidente. Gregorio se separó del grupo y encaró a uno de los pasillos que conducen al segundo patio o a la salida. Los guardias tardaron en reaccionar y creo que hasta él mismo se sorprendió de su osadía.

—No, yo no! —gritó con sus enormes ojos llenos de miedo. Herían lo miró con desprecio. Gregorio temblaba perdido en medio del pasillo. Después de un tiempo incomprensible, los guardias corrieron hacia él y lo empujaron contra el grupo de presos que miraban en silencio. Alguien gritó "suelten, carajo", pero hicieron como si no hubieran escuchado nada.

Recordé las palabras de Matías: "En el fondo nos tienen miedo". Parecía absurdo, pero allí estaba el guardia del pasillo, pálido y sudando frío, con la mandíbula petrificada.

Contra el muro Matías no hizo ningún comentario. Ayudó al Manco a sentarse en su lugar, me anunció algunas nubes que no llegaron y se durmió a lo largo de la sombra estrecha del muro. Unos años antes hubiera dicho que aquel incidente del pasillo era otro anuncio del inminente levantamiento armado. "Van a venir por nosotros —decía— y por ello hay que estar alerta. ¿Cómo? Prestando atención a cada uno de sus gestos, de sus movimientos. Ellos (los guardias) lo sabrán antes que nadie. Saben que cuando llegue el día deberemos hacerlo". Pero, ¿por qué no nos matan antes?, le preguntaba yo, y él se encogía de hombros o respondía: "Son lo suficientemente sádicos para no hacerlo". Yo me daba cuenta de que de haber un segundo levantamiento armado, el último lugar donde buscarían los revolucionarios sería aquí. Teníamos diferentes opiniones sobre la ubicación geográfica de la prisión. Matías decía que nos encontrábamos en suelo uruguayo, sobre la frontera norte, quizá en la región que reclaman para sí Brasil y Uruguay. Para el Manco estábamos más allá de Misiones, posiblemente en el límite con Paraguay. Según mis cálculos, el más realista era el Manco, aunque creía (y aun lo creo) debíamos estar en territorio brasileño. Matías prefería su hipótesis. Quería seguir esperando un segundo levantamiento. No tenía en cuenta que los únicos involucrados con el MLN y otros grupos subversivos gramos él y yo. Ambos de formas muy diferentes (siempre le oculté datos que lo hubieran dejado completamente solo).

Me duele imaginar su infinita espera de la señal exterior. Lo veo sostenido de los barrotes de su ventana, mirando las otras ventanitas del pueblo, controlando el orden invariable de las campanadas de la iglesia, el movimiento monótono de los paisanos, el rugido siempre igual del camión que llegaba cada fin de mes, en la misma ausencia inquietante del camión, desde hace ya ocho o nueve meses. También lo veo recibiendo la esperada se—al y ocultándomela con prudencia y temor. También tenía terror al delirio del Manco. La tarde cuando el viejo salió al patio con la mirada perdida, sentimos que se había muerto. En su rostro cansado se notaban aun los restos de un terrible tormento y, al mismo tiempo, una especie de alivio o liberación, como la que se tiene al despertar de una pesadilla. Creímos que había sido torturado de nuevo, después de muchos años, quizá en el Pozo. Nunca hablamos sobre eso. No quisiera imaginar si un día bajo al patio y me encuentro a Matías alertándome de la presencia cercana de nuestros camaradas, porque sé que jamás vendrán. No quisiera imaginar el momento en que descubra que

todos perdieron la razón, que soy el último ser del planeta que no se ha dormido aun y que está despierto para presenciar la danza final de los demonios.

Sin embargo debo reconocerlo: algo los preocupa. Suben a la torre, miran con largavistas, bajan, vuelven a subir. Por menos falta que la de Gregorio, antes lo enviaban al Pozo. Ahora están blandos (¿por el miedo?).

Pocos conocieron el Pozo; otros lo imaginamos y lo sufrimos en sueños. El pozo fue el castigo que tocó al Manco por intentar escapar, meses antes de que yo llegara a la cárcel. Abrió una puerta, otra, se perdió en los pasillos de la cárcel una noche y fue descubierto al amanecer. Lo arrastraron como a un perro hasta una pequeña puerta metálica y la cerraron detrás suyo. Se quedó de pie sobre una cornisa, delante de la nada. Eso era el Pozo: una cueva oscura y húmeda con una rampa. Se cree que la rampa baja hasta un pantano lleno de cadáveres. El viejo estuvo ocho días, soportando el hambre y el frío. Otros más fuertes no salieron, y los que salieron quedaron atrapados en una semimuerte alucinante.

Casi al terminar la tarde vi dos personas desconocidas caminando por el pasillo superior. Iban de la torre a una de las celdas. Parecían gente del campo. (¿Uno de ellos era mujer?). Apenas pude verlos. Esperé que volvieran a salir para mostrárselos a Matías. Pero se los tragó las sombras.

XIII

Soy consciente de que este tipo de encierro (hermético e injusto) tiene sus consecuencias en la salud. ¿Dije lo terrible que es descubrirse de repente atrapado en uno mismo? En ocasiones tropiezo con una extraña idea, siempre al acecho: los Otros fingen la realidad; no hay nadie allí donde yo veo cuerpos y caras. Y si los hay, sin duda son seres extraños a mi naturaleza, una suerte de actores moviéndose en el gran escenario del mundo para hacerme creer que no estoy solo. Me pongo a dar vueltas en la celda y caigo sin sentido. Camino por el pasillo, bajo las escaleras y me veo por un instante desde arriba. Pienso en la obsesión de Munch para no sentirme tan solo. Otras veces pienso si no fui una especie de invento fracasado al que abandonaron finalmente, y la Creación se olvidó de disolverme en la inexistencia. Miro mi celda; estoy rodeado de cosas: el catre, el peine, el jabón, el espejito de bronce, la letrina, la frazada con su agujero en el centro, una revista vieja con una mujer rubia y de perfil mirando al futuro consumidor de una Coca-Cola bien helada, Susana Jiménez dándose vuelta para decir: SHOCK! Todas esas cosas están rellenas de presente y, al mismo tiempo, poseen un movimiento sutilísimo. Todo cae. El Universo entero está cayendo y me doy cuenta qué es eso: es el tiempo recorriendo mis venas, mi cerebro. Puedo verlo en la actitud inmóvil de las cosas, como se lo puede ver en el disco de un reloj sin segundero. Todas esas cosas han permanecido ahí, rodeándome por años, con un único objetivo: *mantenerme con vida*. Para qué! ¿Para qué esa lógica al servicio de un objetivo desconocido? Todas han cumplido su función: alimento, abrigo, higiene, pasatiempo. Son como las cosas indispensable que un viajero pone en su maleta antes de un largo viaje. Objetivo: hacer que el viajero llegue hasta la última estación. Pero aquí...

Diferente a los tigres y a las garzas, el hombre es un ser fallado. Ha nacido con el defecto de poder formularse preguntas que no podrá contestar jamás. Un ser eternamente insatisfecho, resentido por su propio defecto, como un niño enojado con una realidad que nunca termina por aceptar. Y la realidad más fuerte quizá es eso: todo lo que el joven Siddharta descubrió al salir del palacio donde todo era posible, al

abandonar la niñez donde era aun eterno. Fue aplastado por el horrible espectáculo de las desgracias humanas. Aplastado, como un mosquito (que una vez fuera un dios) por la invencible muerte. Pero el mosquito no se resigna a la realidad. Inventa el arte, las religiones, organiza sociedades, las destruye, escribe poemas, acumula riquezas y conocimiento, laboratorios, fama, monumentos.

XIV

No quedan dudas, están aquí. Siento que los había estado esperando desde siempre, desde aquellas interminables tardes mirando por la ventana, desde la primer noche de insomnio.

Estaba tendido en el catre cuando volvieron. Quise incorporarme y descubrí que no podía moverme. Inválido de pies a cabeza. Miraba la grieta de la pared. Aparecía resaltada por la luz rasante de la luna. Parecía el río de un planeta devastado por una sequía mortal, una especie de Nilo sin agua. Todavía podía mover los ojos, pero no podía dejar de mirar la grieta. El tam-tam del tambor sonaba como un corazón agitado, cada vez con mayor fuerza. "Vienen por mí", pensé sin desesperación. Los caballos golpeaban sus patas alrededor de la cárcel. Una y otra vez, como una ola que se acerca y se disuelve en la arena, los gritos agudos de guerra.

Los había estado esperando. Me había quedado despierto hasta muy avanzada la noche, siguiendo el recorrido de la luna en las paredes, entre algunas inusuales nubes de tormenta. Otra vez en el misterioso y fascinante silencio de las sombras. Cuando uno desafía al sueño y la intimidad de la noche, está violando alguna ley. Mantenerse despierto es atravesarla, como se atraviesa un túnel, un río desconocido, un bosque lleno de una mezcla misteriosa de crímenes y secretos, de sexo y religión.

Aparecieron justo cuando comenzaba a vencerme el sueño. Primero me alarmó el ruido de unos pies arrastrándose por el pasillo. Luego desaparecieron y me dormí sin poder reaccionar. Hasta que sentí una explosión, algo semejante a una bomba de silencio, como si hubiera quedado sordo y comenzara a escuchar los alaridos furiosos y desesperados de las primeras noches. Abrí los ojos y vi mis pies y mis manos levantándose en las sombras. Todo mi cuerpo se estiraba en el aire, con dolor. Estaba a punto de reventar; yo era Tupac-Amaru. Esa era mi muerte, absurda, inimaginable, desconocida. Al fin llegaba como lo había previsto: de sorpresa.

Pero no. Hubo una última gota de lucidez, y, sin saber lo que decía, dije: "*Aun no debo morir*" (¿Qué significado puede tener un deber semejante?). Entonces, todos mis músculos se relajaron, obedeciendo la orden o la plegaria. Me desplomé en el catre, agotado hasta el límite, como en aquellas noches infernales de la frontera. Sudaba. Tal vez logré dormir dos minutos más. Luego sí, pude ponerme de pie.

Esta vez sí, *pude verlos.* Habían encendido una hoguera y danzaban alrededor, formando un círculo de movimientos mecánicos. Uno, fuera del alcance directo de la luz, tocaba el tambor. Dentro del círculo, el brujo hacía señales mágicas, pretendiendo atemorizar a quien estuviese mirándolo. El brujo, aunque austero y rústico, se distinguía del resto por sus ornamentos, propios del que ostenta poder. Dando vueltas a la cárcel, cuatro jinetes, rápidos como diablos, arrastrando por el aire larguísimas colas de caballo, negras o rojas de sangre. El centro no estaba dentro del círculo; estaba en un grupo de mujeres desnudas a un costado. Se movían como algas marinas en las profundidades. Entre ellas, una mujer blanca. (Creí reconocerla, pero sin duda me

equivoqué). Estaba desnuda, y aun así no reflejaba la agresividad que produce la pérdida de pudor, el cambio del elemento femenino por el de hembra.

Pronto advertí que el motivo de la ceremonia era yo mismo. Todos miraban hacia mi ventana, y a pesar de la distancia, cada vez se me hizo más evidente.

Mi falta de credulidad, de temor y de respeto, debió obligarlos a replegarse. Mantuve la mirada fija en la mujer blanca. Por su condición de hembra y de diferente, por su fuerza centrípeta, debía representar la fuerza del grupo. Ella fue la primera en detener la danza, la primera en rendirse a la vergüenza. Luego los otros cubrieron a sus mujeres con mantas y se retiraron como sombras. La tierra comenzaba a distinguirse del crepúsculo.

Procuro aclarar el significado de este misterioso ritual. Si descarto una *farce* con un mensaje político, debo recurrir a mis antiguos estudios sobre mitología. Trataré de analizar en detalle la superstición del santo mártir, la calavera en la piedra, la peregrinación anual. (Estamos en noviembre, mes trágico desde los orígenes del tiempo. Los persas lo llamaban el Mes del Ángel de la Muerte. Para los antiguos anglosajones era el mes sangriento, y similares connotaciones tenía entre los celtas, entre los indios de toda América y hasta lo tiene hoy entre los primitivos australianos. En noviembre ocurrió el Diluvio, y en noviembre terminó para comenzar un nuevo mundo. En este mes se recuerda en todo el mundo *le jour des morts*. Tampoco descartaré la actuación de un grupo de Templarios. Los conozco; obsesivos de las reconstrucciones simbólicas, serían capaces de llegar hasta este grado de peligros ridiculez. Y no olvido que fui *Master Mason*, que defendí y refuté el gnosticismo y la intriga, el orden subyacente del Universo que le confiere un Sentido y las ceremonias payasescas de las logias, el Gran Arquitecto Ordenador y las preocupaciones superficiales del simbolismo numérico. Gran Maestro o Aprendiz; los masones de estatura menor siempre se las arreglaron para consumar algún sacrificio, la reconstrucción eterna del asesinato de Hiram Abiff).

XV

Thomas Becket fue asesinado en la catedral de Canterbury reconstruyendo la muerte de Hiram Abiff de Tiro, arquitecto del templo de Salomón. También el capitán William Morgan, por revelar altos secretos masones. La lista es extensa y no vale la pena entrar en detalles. Hay sí, un caso de gran trascendencia.

El 21 de noviembre de 1963, J.F. Kennedy hizo una breve travesía por Jornada del Muerto. Luego visitó el hotel Rice (Temple Houston). El día 22, el primer presidente católico de los Estados Unidos fue asesinado en Dealey Plaza, con un disparo en la cabeza. Una misteriosa fotografía muestra, en ese momento, a tres “vagabundos” desfilando en el escenario del crimen (Hiram fue muerto por tres mediocres artesanos). En una esquina de la plaza, en el siglo XIX, estuvo la casa del venerado maestro John Bryan. Oswald, y su diminutivo Oz, significa “Poder Divino”. En gaélico, el nombre Kennedy es *Cennaideach*, y significa “*ugly head*”, o “*wounded head*” (cabeza herida). J.F. Kennedy fue baleado en la cabeza, cerca de un roble. La insignia de los Kennedy en Eire es un roble. Un golpe en la cabeza había acabado con la vida de Hiram.

De los primeros templarios, en el siglo XI, se derivaron varios grupos secretos. Aquellos nobles que dominaron Jerusalén por noventa años, absorbieron en Medio Oriente dos influencias, decisivas y contradictorias: la tolerancia de los musulmanes, en contraste con los sangrientos cruzados, y la estrategia del complot terrorista de Hassan-I-Sabbah (o Hassan Ibn al-Sabbah). Su secta, los llamados *Asesinos*, por regresar al

paraíso revelado por las drogas (asesino, del árabe *hashshishin*, que significa “tomadores de hachís”), eran capaces de matar y suicidarse. Los cruzados lograron arrasar y ocupar Jerusalén gracias a las luchas internas que provocó Hassán entre los árabes.

Los Masones promovieron levantamientos libertarios en Rusia, en Francia, en Norteamérica; unificaron Italia. (Las huellas secretas están por todas partes: en los francos franceses puede leerse “*Liberté, Egalité, Fraternité*”; en el billete de dólar americano, el Great Seal, el ojo en el triángulo sobre la pirámide). Fueron masones Goethe, Mozart, Kipling y Breton, Garibaldi y Churchill, Voltaire, Diderot, Montesquieu y Rousseau, Benjamin Franklyn, George Washington, Simón Bolívar, San Martín, José Martí y Salvador Allende.

La contradictoria historia de los Templarios se prolonga con otros oscuros descendientes. La sociedad *Vehmgericht* (holly Vehm o Sainte Vehme) de Westphalia, a través de la tradición de los Asesinos de Hassán. Esta cofradía poseía sus propias leyes (como los Templares y los Jesuitas), y su propio sistema de jurisprudencia. Castigaban a los que infringían las leyes “cristianas” con la tortura y la muerte. El acusado no podía defenderse; sólo se limitaba a escuchar el veredicto. Podía ser declarado *Vogelfrie* (libre como pájaro) o ser dejado en libertad para luego cazarlo como un perro. Sainte Vehme aportó el modelo para la SS (Schutz Staffel). El propio Hitler no era ajeno a esta tradición. Fue miembro de la secta Thula; intentó recuperar el Santo Grial por intermedio de conocidas familias escocesas, descendientes de los templares que huyeron al norte. Restauró por completo el cuartel general de los templarios teutónicos en Marienburg.

(No olvidar las supersticiones locales: el santo mártir del pueblo, cierta leyenda que desconozco o no puedo recordar).

XVI

La mujer blanca de la danza estuvo hoy en la plaza mayor. Ayer por la noche había llegado al pueblo un auto blanco, modelo antiguo, probablemente taxi porque se marchó enseguida. Y esta mañana la vi. Con camisa blanca y pantalón negro, atravesó la plaza hasta el roble seco. Apoyó una mano en el tronco y se quedó mirando hacia el pueblo, quizá hacia la calle principal que pasa por la plaza menor de la iglesia. Nadie camina por esas calles de arena. Cuando el sol calcina, la gente desaparece de los toldos y las campanas de la iglesia dejan de tocar. Sólo los perros van de una sombra a la otra.

Hubiera jurado que la mujer de la plaza era Victoria R. A pesar de la distancia y de mi vista debilitada, reconocí su rostro, la forma de pararse y de inclinar la cabeza hacia un costado cuando estaba pensando. Era su retrato perfecto de aquella época, es decir, no podía ser ella. Ahora tendría ocho años más, treinta y cinco. No es ella. Prefiero que así sea.

Ya nada me preocupa. Ni siquiera ese mal que en poco tiempo me ha dejado sin pelos y sin cejas. Me están envenenando.

Cuando nuestra civilización haya terminado (completamente, ya que aun deben quedar restos), cuando haya pasado mil años de polvo sobre el mundo y Nueva York, y Tokio, y Moscú sean el subsuelo de alguna granja, de alguna nueva prisión, de algún nuevo campo de concentración, o de alguna imprevisible selva o desierto, cuando la superficie terrestre se encuentre arrasada por la basura humana y los hombres deban

cambiar de casa, recluyéndose en las profundidades del mar y de los hielos, cuando los hombres abandonen el hemisferio de los continentes por el hemisferio de los océanos y el centro del mundo sea lo que fueron las Malvinas o el Congo, alguien volverá a descubrir estas ruinas que se levantan cada día más sobre una inexplicable llanura de pasto seco, de árboles enanos, de caminos abandonados, y encontrará esto, unos escritos extraños, seguramente fantásticos para los nuevos hombres, y quizá tendrán con ello una muestra de lo que fue nuestro mundo vergonzoso, porque tal vez yo sea un buen ejemplo de la decadencia de una especie que supo ser grande, que supo ser la joya de la creación. Alguien (que ya presiento del otro lado de mis palabras) interpretará estos signos. Habrá otra ventana distinta a la mía, otras paredes, otros murmullos de olas arrastrándose en la arena, un banco de plaza, un sol extraño o parecido a éste. Habrá alguien que me devuelva a la vida (a su vida). Estaré muy lejos de aquí, soñando con lo que fui mil años antes. Seré libre y seré Otro, al fin.

Algún lugar del mundo, noviembre 1981.

CUADERNO SEGUNDO

I

Diciembre

Ayer vino a verme. Cuando me llevaron a la sala de visitas pensé en lo peor. Nunca había estado allí antes y desconocía el Camino. Tardé una eternidad en llegar; tenía los músculos adormecidos, quizá por mi abandono de los últimos días tirado en el catre. Al entrar a la sala lo primero que vi fue el reloj enorme en la pared. Indicaba las cinco, pero debía estar descompuesto. Una luz muy difusa entraba por las ventanas, estrechas y a la altura inalcanzable del techo. Parecía una de las salas medievales del Mont Saint-Michel en medio de la Pampa caliente.

Luego la vi a ella. Estaba sentada del otro lado de una mesa, grande como para doce personas, contra el rincón más oscuro. Cuando la miré agachó la cabeza. Acomodó el velo negro que le cubría el rostro y, endureciéndose, dijo: "¿Por qué estás acá?". De la sorpresa pasé a la rabia. ¿Me subestimaba? "¿Cómo podés pensar que soy tan estúpido? —casi le grité, aunque con una voz muy débil. —Pudiste mentirle a un pueblo, jugar con mucha gente, pero no era probable (ni útil!) engañarme a mí". Bajó los ojos con timidez. A través del velo negro pude ver sus párpados cansados. Cada vez que me atrevía a mirarla, reconocía, con una mezcla de sentimientos ambiguos, el pliegue de sus labios, la expresión triste y risueña de su mirada leonardesca.

Falsa. Siempre fue una gran actriz.

Entiendo que no podía hablar de muchas cosas con cuatro guardias vigilando. Quizá por eso se ocupó de temas irrelevantes. La soledad misteriosa de los hoteles, su gusto por los taxis blancos, los restoranes. Estaba de acuerdo con que hay algo (o mucho) de impresente, de irrealidad, en lo extraordinario. Por lo menos en ese tipo de situaciones nuevas donde el presente no urge. Un viaje, perderse en algún lugar del mundo.

No ha cambiado en nada. Ni siquiera fue capaz de envejecer un poco. No me sorprende. Siempre me fue imposible imaginarla de otra forma que no fuera ésa: eterna adolescente. En mi vida he visto muchas de esas niñas que un día se despiertan convertidas en mujer. Bastaba mirarlas a los ojos para advertir los cambios notables, los contrastes (acaso grotescos), lo que fueron y lo que pasaron a ser. En aquellos ojos aun se podía distinguir a la niña ahora recubierta por células y glándulas que se duplican ante la mirada atónita de la víctima, aturdida por promesas amenazas de placer. En cambio ella, Victoria, siempre fue lo contrario. Una mujer, una inteligencia madura (pero sensible) dentro de un cuerpo siempre adolescente, sin las marcadas exageraciones de la voluptuosidad y la decadencia.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Un amigo.

—¿Del ejército?

—No puedo decirlo.

—¿Ontaneda, Riccetto?

—No me dejarían volver.

—Prefiero que me lo digas.

—No seas cruel. Ya me voy.

—¿Faraone, Debenedetti?

—Algunas cosas están cambiando en el país.

—¿Qué país?

—Podrías salir.

—”Por eso dio al hombre la esperanza, que es el peor de los males, ya que prolonga el tormento de los hombres”. ¿Quién?

—Nietzsche.

—Tienes amigos en el ejército. ¿Sabías que me quieren muerto?

—¿Qué querés?

—No verte nunca más.

Me miró a los ojos un instante. Luego su mirada se perdió hacia adentro. Se levantó, me besó en la mejilla, dos veces como en Francia, luego en la boca. Y se fue a paso lento hasta desaparecer por un puerta del fondo. Dos de los guardias la siguieron.

Pensé seriamente que verdaderos cambios políticos estaban ocurriendo en la región. La visita de Victoria R. era la señal más clara de los últimos diez años. La tan esperada señal de Matías. Debía comunicárselo. Y debía vencer de una buena vez por todos mis temores, hablarle de lo que había presenciado las noches anteriores.

No dormí en toda la noche. Pensaba qué haría al día siguiente (viernes). Reconstruía de memoria el encuentro con Victoria, una y otra vez hasta el infinito. Hice algunos apuntes rápidos en la oscuridad (Velo negro. La cruz de oro colgándole sobre el pecho. Un amigo. “Algunas cosas están cambiando en el país”. “Podrías salir”).

No descuidé en ningún momento los movimientos en el pueblo. Ningún auto ha vuelto a entrar o salir. La FORD A del almacenero permanece en su lugar de la plaza menor, bajo los paraísos, y los carros debieron salir esta tarde para los campos, mientras estábamos en el patio.

II

Esta tarde bajamos al patio. Hubo un nuevo incidente. Esta vez se la agarraron con el Turco (ignoro por qué lo llaman así; su primer apellido es Miraballe, y juraría que su madre era polaca o algo por el estilo). Sin motivo alguno comenzaron a gritarle que no se saliera de la fila. Los mismos gritos lo asustaron. Retrocedió y se recostó contra una columna. Le descargaron una lluvia de palos en la espalda, hasta que cayó sangrando en el piso. Le volvieron a gritar, le ordenaron que se levantara, y, aunque se deshacía por hacerlo, no pudo. volvieron a patearlo. El resto de los presos seguimos caminando. Nadie dijo nada esta vez. Oímos al oficial que aprobaba la paliza.

Desde el patio podían verse movimientos extraños en el pasillo. Dos hombres con ropa de campesinos se deslizaban de una celda a la otra. ¿Se escondían?

Estuve un rato vigilando, luego me ocupé de Matías. Con sorprendente rapidez, había dibujado en el suelo un sistema complicado de arabesco, basado en la estrella de ocho puntas.

—Hay noticias —dije sin pensarlo más.

Contempló un momento la estrella más grande, y dijo: —La mujer del carrero está preñada —sonrió y miró con fanatismo su obra— ¿Y sabés quién lo jodió?

No tenía la menor idea de que la mujer del carrero estuviera embarazada. SÍ había visto alguna vez luz en su casa hasta muy tarde, alguna noche en que su marido estaba en el campo.

—Bien hecho —dijo y se concentró en una nueva estrella.

Matías debe odiar al carrero. Es el que trae las verduras a las cárcel desde que el camión dejó de venir. Alguna vez también trajo corderos, pero vivos. Hasta hace poco, nadie más ha entrado a la cárcel; debe ostentar ese honor entre los imbéciles del pueblo. El privilegio de los sacerdotes: la violación del tabú. El resto debe conformarse con mirar el Templo desde lejos. Los que más se acercan son los peregrinos, una vez al año. Suben hasta la mitad por el camino que conduce a la entrada desde la plaza Mayor, se desvían por la ladera del cerro, y se pierden por el otro lado del edificio. Caminan con la cabeza gacha para no mirar hacia las ventanitas donde están los demonios, pálidos por la falta de sol.

Matías vigiló al carrero, con cuidado, y el carrero lo decepcionó. Durante toda la tarde hizo lo mismo: dibujar estrellas de ocho puntas y reírse como un estúpido.

Varias veces tuve miedo de mí mismo. Me imaginaba corriendo hasta el otro extremo del patio y penetrando en el pasillo que conduce a la salida. Por momentos estuve por hacerlo, realmente. No soportaba más aquella situación. Quería gritar insultos de todo tipo, morirme.

Ahora intento dormir y, cuando lo logro, me encuentro enfrentado al mismo tablero de ajedrez de otros tiempos. Puedo ver a mi rey en jaque mate y, aun así, no renuncio a una movida salvadora. Insisto. Veo el alfil, la torre (inútiles), quiero quitar a mi rey de la casilla amenazada de muerte, y no puedo. Jaque mate, y no renuncio. Mi adversario espera, mide el tiempo absurdo. En una mano un reloj, en la otra un cuchillo de punta fina. Segunda oportunidad: descifrar los signos de un papel rugoso (sánscrito o hebreo sobre papiro). No puedo; el papel se aleja. Tercera oportunidad: sobre la pared de mi celda, dos paralelas dibujadas con un clavo. Debo continuarlas hasta que se corten, antes de alcanzar el techo. Cincuenta centímetros, cuarenta, quince, dos centímetros (las rectas continúan tan separadas como antes), medio centímetro, tres milímetros. Quebrar la recta, romper el muro. Imagino el despertar del hombre a la conciencia de modo similar: el conflicto psicológico, por la interacción de instintos opuestos, no provocan la reacción inmediata y automática como en el resto de los animales, sino la percepción del problema en la in-acción. (En las profundidades del tiempo, este conflicto debió surgir de un deseo prohibido).

Despierto.

Miro por la ventana, aliviado. ¿Qué sutil tortura ensayan ahora? Y por sutil no será menos terrible. ¿No es sutil la gota china? Los guardias se muestran impredecibles; temerosos, ante situaciones como la de Gregorio; crueles, como cuando apalearon al Turco. Aceitan los engranajes del terrorismo psicológico. Recordar que los judíos condenados a muerte por los nazis soportaban mejor su desgracia que aquellos otros que esperaban la decisión de sus verdugos con alguna esperanza.

Apenas adivino los efectos.

Ahora temo dormir. Sé que los problemas siguen ahí, y volverán con el sueño. Y en ese angustioso estado de semiconciencia, se complicarán. No podré descender a las profundidades del sueño, ni podré despertar completamente.

III

Abro una revista de 1962. En la segunda página, Marilyn Monroe sobre una leyenda que anuncia una de sus películas. *Thereís no business*, 1954. Permanece en una pose frívola, de pie, trágicamente repetida por cuatro espejos verticales. La miro y no puedo evitar el presentimiento de la eternidad. Todo está ahí; el tiempo es un eco lejano, pero se escucha, triste y dulce como una melodía. Ella está ahí, en algún lugar del Universo, en un instante de 1954. Sonríe. Mira algo, pensativa. Entrecierra los ojos; está recostada en un diván. Sonríe, en qué patria del silencio?, indestructible, cristalizada para siempre. El título de la tapa anuncia su muerte. En la primera página, con Tom Ewell, en la segunda con Groucho Marx. ¿Cómo puede ser Nada esa sonrisa si puedo verla? A sus espaldas una lámpara alumbra aun con luz eterna. También están las flores grabadas en la pared, y un tela oscura que cuelga haciendo cuatro o cinco pliegues, y unos grabados geométricos en los espejos, y su presente repetido cinco veces en el espacio. La estoy viendo; está sentada a una mesa junto con otras personas. Al alcance de su mano, una botella que pudo tocar cinco veces; en el mantel blanco, una mosca que quizá nadie advirtió. Un hombre cruza detrás con una fuente llena de copas. Ella no puede verlo, sólo yo. Hay además infinitos detalles que nadie pudo ver, detalles que el celuloide registró en centésimas de segundo. Cuánta vida derrochada! La vida está por todos lados, corriendo como un río incalculable. Ella se desespera, quiere tomar entre sus manos cada gota de agua, y no puede; es imposible. El río es de lágrimas y champagne. La embriaga, se multiplica en un delta de universos probables que no fueron posibles. Otros universos fueron vencidos (por el azar, por la lógica y el absurdo) en la lucha por materializarse. La luz pudo apagarse, pudo fallar el tocadiscos y otras hubiesen sido las reflexiones del silencio, otras cosas se hubiesen dicho. Cambios sutiles y radicales fueron abortados en la lucha realizadora. Cualquier insignificante alteración en el curso de los hechos habría modificado la eternidad que contiene ahora a Marilyn. No daría la Eternidad misma para repasar toda la vida que pasó a nuestro lado, inadvertida. Ni mucho menos para imaginar (como el surrealismo y la ficción) variaciones y alternativas a nuestra existencia, sensata y razonable. Unas páginas más adelante: Marilyn cuando niña. Tiene una muñeca entre las manos y mira hacia aquí. Está asustada, como si supiera su destino, destino de mujer, de mujer violada. La miro con tristeza, como un dios contemplativo e impotente. Yo conozco su futuro, sé que la vida la arrastrará por placeres y dolores, hasta reventarla en un cuarto para que se muera, sola. Sola: 1962, será el muro que la devuelva a todas las tardes anteriores, a ese día, ese instante de 1950: ahí está, recostada sobre la rodilla de Louis Calhern. Y vuelve a sonreír, pero esta vez su sonrisa es trágica. ¿Dónde estaría yo en ese preciso instante? ¿Qué relación material me uniría a ella? Ninguna. Ambos estábamos en planetas distintos, en universos remotos. Universos que se rozan ahora; su pasado pertenece a la reciente invención de mi presente). *The Asphalt Jungle*, 1950. Recuerdo cómo miraba la gente a Neil Armstrong cuando regresó de la Luna. De igual forma la miro y a Marilyn ahora. Ella ha cruzado el umbral tan temido, ha cumplido con algo que tantas veces me angustió, que tantas veces imaginé y proyecté sin valor: morir. Cómo no mirarla con asombro si ha logrado algo infinitamente más trascendente que pisar la Luna? Esa mirada, esa sonrisa deben contener ALGO del misterioso camino que ahora recorre. Porque "algo" ya está implícito en nuestro destino inevitable, desde que nacemos. Qué grotesca su pretensión de entonces por la calidad del vino, por la demora del mozo, en

un ser que habría de trascender los límites metafísicos de la existencia. Qué desproporcionada es la vida de un ser humano!

En 1962 yo era aun eterno. Luego uno debe enfrentarse con la vida. Uno comienza a morir, en el momento que la gente llama "despertar (nacer) a la vida". (Por "vida" quieren significar "conciencia, Pecado Original, pérdida del Paraíso"). Se refieren a cuando una niña tiene su primera menstruación, cuando un jovencito sale de un baile nocturno o de un prostíbulo, cuando a uno de ellos le tiembla por primera vez el pulso al llevarse una copa a los labios. 1962: veo veranos y otoños perdiéndose en un mar profundo y blanco. Me veo a mí mismo, a María José, a Victoria caminando por una vereda alfombrada de hojas secas. ¿Adónde van? Cruel hermosura del Eterno Retorno. En algún lugar estamos escuchando *Vereda Tropical, Raindrops Keep Falling On My head, The Summer of '42*. Camino por Katmandú y Nueva Delhi, Por Tiro y a orillas del Nilo. (Viajar tanto, acostumbrarme a que a una realidad fantástica seguía otra, me han dejado la inquebrantable idea de que esta vida no es la única, y que después de la muerte *continuará el asombro*). Estoy debajo de una sombrilla blanca y azul, en un restaurante al pie de la Acrópolis. Unos niños pasan corriendo. Entre ellos, yo soy el único mortal. Como todo hombre que ha abandonado su infancia para comenzar a convivir con su propia muerte, ya comenzaba a embriagarme la idea de no morir del todo. Sobrevivir 2400 años, como Yctinos a través del Partenón. O mucho menos. Treinta o cuarenta años después son suficiente eternidad como para aplazar un poco la muerte. Entonces yo era un joven reinventando (descubriendo) la vida, esa vida que a su vez habían reinventado mis padres, y mis abuelos, y los padres de mis abuelos... Siempre con la natural sorpresa y asombro del verdadero inventor. Para mí el futuro ya amenazaba con convertirse en presente. Para aquellos niños, no; el futuro continuaba siendo una referencia vaga y lejana, como las estrellas: se sabe que están ahí, pero son inalcanzables. Como la muerte, que es siempre futuro. Cuando un niño tiene diez años, diez años son toda una vida, una eternidad. Más tarde diez años son solo un poco de tiempo, y luego casi nada. A los diez años nada pasa; los padres, los tíos tienen siempre la misma edad, la han tenido siempre y no cambiarán. Tanto, que la gente siempre se sorprende al descubrir que sus familiares tienen más edad de la que suponían. (Siempre calculan mal porque el tiempo humano se acelera con los años. Sólo el misterio del Tiempo, la nostalgia, lo salvan de ese vergonzoso encogimiento). Pero un día, los amigos de la infancia comienzan a mostrar sutiles (pero terribles) cambios. De pronto aquella compañerita de colegio es una mujer. Sus senos se fueron hinchando de a poco, y luego de golpe, el día del descubrimiento. Un día comencé a advertir el gran Fraude existencial: los inmortales se convertían en adultos, en padres y madres, para luego cumplir con el fatal proceso que los llevaría de padres a abuelos, y de abuelos a la muerte. El mismo proceso había llevado a mis compañeros de colegio a ocupar aquellos lugares sólo reservados para adultos. Lo que sólo podría ser futuro, ahora estaba ahí, rodeándome. Recuerdo un día cuando entré al Banco Nacional para hacer un trámite. El cajero era Luis Bertoche, un antiguo amigo de secundaria. Cuando me atendió casi me muero de risa. Sentí que jugaba; estaba tan gracioso con una corbata azul y sus expresiones burocráticas. No podía ser en serio. Estaba jugando otra vez, y su juego era similar a los que inventaba para divertirnos: fingir seriamente la realidad. Cuando niño admiraba a esos señores que detrás del mostrador conducían el destino de nuestro país. Ahora yo conocía al señor bancario, no podía engañarme: la realidad era una broma de mal gusto, y se alimentaba con esa eterna y criminal serie que lleva a los vivos a ocupar las ciudades de los muertos. Ciudades con calles indicadas con lápidas de muertos célebres, con fechas de nacimientos y defunciones, de acontecimientos sangrientos. Los

vivos repiten las tareas y las pasiones de los viejos, mientras los critican por sus graciosas FORD T, por sus televisores y sus publicitarios ingenuos, por sus corbatas un poco más anchas o más angostas que las más de moda, por sus ideas y esperanzas ya "definitivamente" superadas por una nueva generación de "vivos". También recuerdo cuando mis primas dejaron de ser mis primas para convertirse en madres. Era sorprendente ver la naturalidad con que lo tomaron. Casi diría, como si no hubiera pasado nada! Tanta tragedia era resuelta con la eficacia de los inconscientes. Yo me quedaba mirando aquellos niños. El tiempo no corría por sus venas. Son eternos. Sólo cuando comienzan a escribir poemas uno puede comenzar a pensar que han dejado de serlo. El fundamento de toda poesía (el tiempo) les sugiere que hay algo más allá. Y se lanzan a la búsqueda de la eternidad perdida. Descubren el arte, la literatura. Esos lugares (o, mejor dicho, anti-lugares) donde están las realidades intangibles, construidas de pasado y futuro, en tiempos donde el cuerpo y la materia toda están ausentes y sólo quedan los elementos que conforman el espíritu: recuerdos, esperanzas, dioses, utopías.

Espero alcanzar un día todos esos rumores, cuando la fiebre que mantiene despiertos mis sentidos acabe con ellos, haciendo el silencio necesario.

IV

Tenía la impresión de que alguien se había apoyado en la puerta, y no sabía si ese débil crujido lo acababa de escuchar o era parte de los rumores irreales que se suceden en la noche entre pensamientos y recuerdos. El silencio estaba poblado de voces lejanas, voces que suplicaban, remordimientos que me torturan.

Pensé que el crujido se había producido en uno de esos momentos remotísimos. Después me acerqué a la puerta para tantear:

ESTABA ABIERTA

Salí.

Sentí un olor intenso a yuyo seco, multiplicado varias veces cómo se multiplican los olores en la noche. Con extremo cuidado me acerqué a las otras celdas. Parecían tumbas. Un silencio profundo había clausurado todos los movimientos (adentro, en el pasillo, en los corredores). Al principio sentí miedo. Miedo por mi destino, no por la oscuridad. Creo que el miedo de los hombres a la noche, a la aparición de una especie fantasmagórica, es el miedo (no declarado) a su propia psiquis. La prueba está en que dicho temor desaparece con la compañía de otra persona, aunque esa otra persona sea un inválido total. La gente no le tiene miedo a los fantasmas cuando no está sola.

Abajo estaban dos campesinos. No eran los mismos que había visto las tardes anteriores por los corredores, pero vestían igual y se movían de igual forma: en secreto, como sombras, murmurando palabras indescifrables. Se oía sus pasos arrastrándose sobre la piedra lisa. Hablaban portugués, luego una especie de español con acento alemán o sueco. Los escuché escondido detrás de una columna.

VOZ I: Están ahí, estoy seguro.

VOZ II: Bueno, tranquilo, tranquilo... Ya se fueron.

VOZ I: Pero volverán! Están esperando, siempre estarán ahí.

Una tercera voz se acercó a las otras dos.

VOZ III (agitada): Vamos, vamos, por Dios. ¿No se dan cuenta de lo peligroso que es estar aquí?

VOZ II: Bueno, no fue nada. Todos a sus lugares.

Miré con cuidado buscando un lugar para salir. No me había despegado de la columna cuando escuché que alguien me hablaba:

—No puede estar aquí.

Miré. No podía estar muy lejos. Examiné con cuidado cada rincón. El hombre estaba a dos metros de mí, en el umbral de una gran puerta de piedra labrada, como una estatua.

—No puede estar afuera —repitió. Entonces vi con claridad. Era uno de ellos y me indicaba que entrase.

pasamos a una pequeña salita, después a otra más grande donde había mucha gente, quizá diez o quince personas. Unos dormían sentados en un banco largo contra una pared, otros en el suelo. Nadie se sorprendió al verme entrar; es más, creo que ni me vieron. Casi todos estaban dormidos, o adormecidos, menos dos que miraban por una ventana, subidos a una escalera de madera. Cuando vi el reloj en la pared, caí en la cuenta de que aquello era la misma sala de visitas en donde había estado antes. Faltaba la mesa. De inmediato pensé que mi próximo objetivo sería atravesarla y salir por la puerta por donde había salido Victoria. Era lo más lógico.

HOMBRE I (sobre la escalera): Ahora sí, volvieron! Ahí, ahí están. Rápido, rápido!

HOMBRE II (tratando de subir junto al primero): No puedo verlos.

HOMBRE I: A la derecha, del otro lado de los arbustos!

HOMBRE II: ...

HOMBRE I (con voz ahogada): Del otro lado de los arbustos.

Un viejo tosió y otro lo hizo callar. El segundo hombre bajó de la escalera y se sentó en el suelo. Su expresión era de profunda preocupación o cansancio. Tenía un bigote escaso sobre una boca de labios gruesos y apretados; parecía mirar muy lejos. Por la oscuridad, no podía decir si era blanco o mestizo; tenía una piel pálida al extremo, quizá amarillenta, y los rasgos de un hombre oscuro (la frente, los labios, los pómulos configurados por los pliegues espesos y escasos que caracterizan a ese tipo de raza).

Este contraste me desagradó. Pensé en una grave afección hepática. Algo así como un cáncer acuoso y amarillento. Sentí ganas de vomitar.

HOMBRE I (ahora con voz resignada): Sé que están ahí, puedo verlos. Están esperando. Siempre estarán ahí.

Tenía ganas de vomitar y más miedo aun de hacerlo. La gente despertaría alarmada y me descubrirían. No dejaba de mirar el reloj: efectivamente, estaba descompuesto; seguía marcando las cinco sobre una esfera de bronce carcomido (como aquel que se detuvo a las 8: 16 en Hiroshima, el día de la explosión). Miraba el reloj y no dejaba de asociarlo a cuerpos despedazados, intestinos expuestos, rostros quemados y sangrantes, alaridos y carcajadas, holocaustos en masa, genocidios; no podía dejar de asociarlo al pecado, a la vergüenza. No sugería simplemente que algo horrible había ocurrido, *sino que algo peor debía ocurrir en el futuro*, para borrar por fin todo lo anterior que no había sido borrado aun.

Casi desmayándome, intenté salir. Pero el hombre del umbral me lo impidió.

—¿Adónde va? —preguntó tomándome del brazo. Me desprendí de él y retrocedí. Era clarísima su superioridad física; yo apenas podía apoyarme en la pared para no caerme de nariz.

—¿Qué le pasa?

—Nada —dije y me incliné para vomitar. No pude.

—Llévenlo a su celda —ordenó alguien, tal vez la segunda voz del pasillo.

Tenía náuseas. Sus voces me llegaban desde muy lejos. Estaba aturdido; no podía pensar. Ni siquiera me daba cuenta de que ya no podría escapar, y que era mucho peor haber tenido la oportunidad y haberla perdido, a no haber tenido nada...

Me arrastraron hasta la celda. Tuve pesadillas durante dos días. Caía en el catre, agotado, y me levantaba sudando, algunas veces sonámbulo. Miraba por la ventana durante horas (no recuerdo qué pensaba), rechazaba la comida por debajo de la puerta.

Ahora que no he comido por dos días me siento mejor.

V

Esta noche se parece al resto de mi vida. *Imagino algo tan exagerado como ser feliz*.

VI

Si no me equivoco, la última vez que vi a Chabalgoity y a Selva Wittenberger fue en la librería de 18 y Yaguarón, en Montevideo. Hablamos usando metáforas, como en otras ocasiones. En cierto momento Selva comenzó a emplear figuras complejísimas. Pensé que podría estar tratando de ocultarle algo a Chabalgoity, y yo no alcanzaba a comprender. Pero el mismo Chabalgoity hablaba con una oscuridad desconocida en él. Fingía entenderlos, mientras lo que hacía era memorizar sus palabras. Recuerdo especialmente algunas citas a Borges, fáciles de retener:

CHABALGOITY:
Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
Nos sirven como tácitos esclavos,
Ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido;
No sabrán nunca que nos hemos ido.
SELVA:
De estas calles que ahondan el poniente,
una habrá (no sé cuál) que he recorrido
ya por última vez, indiferente
y sin adivinarlo, sometido
(...)
Si para todo hay término y hay tasa
y última vez y nunca más y olvido
¿quién nos dirá de quién, en esta casa,
sin saberlo, nos hemos despedido?

Pasaron por caja para pagar dos libros y se perdieron en el río de gente que a esa hora fluía por la 18. Yo hice lo mismo. Sólo cuando me senté en un café advertí que había comprado el libro de la desdichada Gabrielle Russier, *Cartas desde la prisión*. Selva había seguido su caso de cerca, y lloró cuando Le Monde anunció su suicidio. Ella misma, Selva, había puesto aquel libro en mis manos. Tenía una página marcada con un pliegue, la que correspondía al 30 de mayo. Sabía, entonces, el día de la reunión. Quedaba por descifrar el lugar. Descarté de antemano el mismo templo de la logia; no era el estilo de Chabalgoity.

Durante los días que precedieron al 30 de mayo manejé varias posibilidades. El 29, a última hora, angustiado a esa altura, se me reveló la pista más firme: continuando el poema recordado por Selva, se descubre la descripción de una casa "*en el Sur, de un portón gastado/ con sus jarrones de mampostería/ y tunas...*" La descripción correspondía a la antigua casa de Victoria, al sur de bulevar Artigas, cerca del Río.

Estaba claro; el 30 de mayo en la casa de bulevar, a la hora del poniente. Sin embargo, otras palabras inquietantes quedaban sin aclarar (sólo ahora las entiendo): "*No sabrán nunca que nos hemos ido*", "*y sin adivinarlo, sometido*", "*quién nos dirá de quién, en esta casa,/ sin saberlo, nos hemos despedido?*".

El día 30 salí temprano por la tarde, desde el hotel en la Ciudad Vieja. Debíamos llegar a horas distanciadas. En la sala principal, cerca de la estufa a leña, había cinco sillas viejas y dos sillones (siete lugares). Ocupé las horas que faltaban para el atardecer reconociendo la casa. Preferí empezar por el sótano. Allí se conservaban muchas cosas aun. Una caja con revistas de 1960 a 1965, libros, collares y pulseras de juguete, la casilla de Gurkas (el perro de la casa), unas latas con yuyos medicinales, frutas resecas de hacía años, dos roperos que los ladrones no habían podido subir, los barriles donde el abuelo de Victoria hacía el vino casero, treinta años atrás.

A las siete de la tarde, a la hora en que se ponía el sol, llegaron Raúl y Victoria. Yo aun estaba en el sótano leyendo cartas viejas. Los oí llegar con tanta claridad que pensé estaban a dos metros de distancia. El efecto acústico era producido por una insospechada red de caños podridos que encontraban en el aljibe una excelente caja de resonancia. A su vez, el aljibe estaba comunicado con el sótano por un boquete.

Quedé inquieto, pensando que se iba a frustrar la reunión. ¿Cómo haríamos después si yo desconocía el lugar donde se alojaban Selva y Chabalgoity, y ellos tampoco sabían la dirección de mi hotel? Esas medidas extremas de seguridad, esa obsesión histórica por el secreto jugaban en nuestra contra.

Raúl estaba molesto. "¿Podés decirme qué buscás acá? Fotos, fotos y más fotos. Fotos de día, fotos de noche —ella no decía nada; se oía sus pasos lentos sobre el piso de madera—. Parece mentira que esto haya sido nuevo alguna vez. Claro que debió ser otra cosa, pero..."

—Pudiste quedarte —se limitó a decir ella. Tenía una voz ausente, reflexiva, indiferente. Tomó algunas fotos más, caminó hacia el balcón, luego por el pasillo hasta la escalera. Raúl la besó en la espalda; ella debió sonreír.

—A veces me hacés sentir inseguro —dijo él—. Sos tan difícil de entender. Cuando no te encuentro en casa, imagino que estás acá. Entonces vengo corriendo. Estoy media hora buscándote, o esperando a que llegues. Hasta que pienso que todo eso es ridículo, que el loco de remate soy yo...

Se cortó de golpe, consciente del lapsus. Ella también lo advirtió pero no dijo nada.

—No quiero decir que estás loca —trató de corregirse—, lo que digo es que...

Tartamudeaba. Victoria se burlaba de él: —Me vas a recomendar a ese amigo tuyo que es psicoanalista recibido, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Enrique.

—Ah, sí, el pequeño Enrique que participó ¿en cuántos congresos?

—Bueno, terminala, che.

—Ay! El pequeño Enrique está convencido de que cuando una mujer no anda bien, es porque tiene algún problema en el útero. Mientras que ustedes no. No, señorito, si un día se levantan con el pie izquierdo, es porque cargan con un pesado problema de origen metafísico. Enrique es uno de esos machos que creen que el Coeficiente

Intelectual se mide con una cinta métrica alrededor de los testículos. Será por eso que por ahí anda tanto genio suelto que justifica su intrascendencia por su propia "boludez". Uno de esos machos que encontraron dos centímetros menos de perímetro craneano en las prostitutas de Rusia y de ahí dedujeron la superioridad del macho cabezón. Como decir la superioridad del hombre de Cro-Magnon sobre Santa Teresa.

—Está bien, querida. No hay que calentarse por nada —dijo Raúl. Caminó unos pasos, y agregó: —Hay que salir para adelante, querida.

—Adelante, querido, ¿para qué lado queda?

Un silencio prolongado que se destruye con una exclamación de Raúl: —¿Qué hacés? Me vas a dejar ciego!

—Perdón, querido; una foto para el recuerdo. No te pongás así.

Lo besó.

—Esperé.

—Acá no -se quejó Raúl.

—¿Por qué no?

—Estás loca. Este lugar... Vamos al Búho.

—Como quieras.

VII

Se apagaron las luces y la oscuridad volvió a rodearme. Desapareció el reflejo pálido en el pelo de Victoria, las últimas luces de la tarde en el balcón. Subí a la cocina, recorrí el patio del fondo, la sala principal, controlé el movimiento de la entrada. Todo estaba en silencio, ya definitivamente sumergido en la noche.

Subí a la habitación en donde habían estado los dos. Desde allí arriba se tenía una mejor perspectiva de la calle y de la entrada. Aun podían llegar; había que esperar.

Hice fuego con una hoja de diario. La habitación se iluminó de golpe por un instante. Reconocí el escenario, la foto que ella le había tomado, momentos antes. "¿Qué hacés? Me vas a dejar ciego!". Raúl había mirado como si lo hubiesen apuntado con un revólver. En realidad, era una expresión muy común en él. La usaba cuando las ideas no le fluían, y entonces recurría más a la memoria que al razonamiento. Tenía la fuerza de los animales irreflexivos. Me lo había hecho ver una vez que coincidimos en el Búho, unos días después de la fiesta. Había ido a esperar a Victoria, que salía de Bellas Artes a esa hora, y suponía que yo hacía lo mismo. (Nada de eso. Caminaba por la rambla y decidí entrar a un café. Cuando me di cuenta de que estaba a media cuadra de la escuela, ya era tarde. Raúl acababa de entrar). Se había sentado a mi mesa, quejándose de la lluvia.

—Tiempo de mierda —dijo—. Uno no sabe si salir con paraguas o con equipo de playa.

Hablaba y no dejaba de mirar el tránsito por la ventana. Hacía largos silencios revolviendo el café. Criticó (insultó) a los Tupamaros, la inseguridad que había en la calle, Bordaberry, el F.A. Después, de a poco, se descargó sobre los compañeros de Victoria, "aquellos pendejos que se la tiran de genios de la plástica". Tenía celos de todo el mundo. Era comprensible.

—Yo también quise ser artista —dijo—, pero por desgracia no tuve trauma de chico. Una infancia feliz y una juventud frustrada.

—Entiendo —le contesté—. Por eso estudiás psicología en tus horas libres.

Se rió un rato, luego comentó: —¿Sabés en qué consiste tu ironía?

—No.

—En decir cosas inteligentes como si fueras un tonto.

No sabía si molestarme o darle las gracias. De todas formas no se podía esperar de él algo sincero.

No me dejó darle las gracias. Enseguida salió con el tema del buitre en Leonardo, la cola golpeando la boca del niño. Raúl era uno de esos tipos que confunden a Esquilo y a Nietzsche con el sadomasoquismo. Se sentía feliz demostrando lo tonto que eran los demás (desde chico fue así). Se recostaba un poco hacia atrás, colgaba un brazo al respaldo de la silla y, con la mano que le quedaba libre, dibujaba figuras con el humo del cigarrillo. Sonreía con facilidad, sobre todo cuando el tema de la discusión lo superaba y pretendía demostrar lo contrario.

—Pero hay casos —seguía después—, digamos, ehmmm: Lautréamont, Horacio Quiroga, Munch, ehmmm, Frida Kahlo, Francis Bacon, los cuales no conviene tratar. Hay que dejarlos que produzcan! Pues claro, hay alternativas mucho, ehmmm, ¿cómo diría?, mucho más saludables. Digamos un Andy Warhol, un Palito Ortega, en fin. Incluso Dalí. Miralo, bó: un genio, el tipo. Si hasta supo cómo inventarse él mismo los traumas que le faltaban (cosa que yo no fui capaz). Y aparte, ladrón. Estoy seguro de que le robó el efecto "buitre" al Leonardo del Louvre. ¿Sabías que era freudiano el vivo? No, Leonardo no! Salvador, era.

Miraba por la ventana y fumaba con ansiedad. Yo agradecía al cielo que no me haya comentado lo de la oreja cortada de Van Gogh.

—¿Qué sería del arte sin los traumas infantiles, qué de la filosofía sin las manías paranoicas, qué de las religiones sin las neurosis obsesivas?

—En un todo de acuerdo —agregué—. Y hasta es posible que un día Dios mismo termine por darte la razón (a vos y a Freud), y reconozca, de una buena vez por todas, que es sólo el producto de la neurosis colectiva del género humano. (Raúl compartía la misma escala zoológica de Enriqueta, un humanoide de ese último minuto de la especie que se llamó Modernidad. Siempre dispuestos a responsabilizar a Lutero y Calvino del Rockefeller Center, de la bomba atómica y de la Coca—Cola, olvidan cierto principio de "necesidad": *A puede ser la causa de B, pero la consecuencia no es necesaria ni unívoca*. Ignorar esto último es aceptar un destino fatal, es negar la libertad en el género humano. Libertad y libre albedrío que no se la negaron ateos como Sartre ni siquiera el Creador que, supuestamente, conoce el futuro).

—No se puede hablar con vos —dijo exhalando el humo y poniéndose serio—. Vos esos uno de esos que todavía no reconocen la existencia del inconsciente.

—¿Yo? —dije, realmente perplejo, tratando de imaginar el disparatado laberinto de deducciones socráticas que lo habían llevado a tal afirmación. —¿Yo? Desde el primer día reconocí la Independencia de ese Estado Soberano.

Pero él siguió sordo: —De esos que miden un metro cincuenta y siete y creen haber tocado el cielo (raso) del conocimiento. Te digo que soy capaz de soportar la Teoría de la Relatividad sin entender un carajo, si sé que al final "eso" va a terminar en la bomba atómica, algo harto más contundente que el *cogito* de Descartes. Pero nunca una cantinflada de esas, que para peor se revienta de cabezas en la Nada. "Es decir, en tanto que ser que es lo que no es y no es lo que es, que pos ándale compadre, no hay derecho...". Estoy seguro que Mario Moreno había leído *El ser y la nada* cuando inventó sus monólogos. Pos, claro que sí, manito.

—Bueno —dije—, pero así como otros "disparates" filosóficos dejaron grandes obras de arte, el existencialismo unmetrocincuentaisieteista debió dejar algo, ¿no?

Raúl estaba eufórico: —Más bien! —dijo recostándose para mirar el techo—. Te digo que *L' être et le néant* es a *Les chemins de la liberté* como el Panteón de Roma es a la Plaza de San Pedro. El petiso era habilidoso, no se puede negar. Pero hasta es obvio! Sartre siempre termina demostrándote que lo-que-parece-ser, ES, efectivamente. Y siempre por los caminos laberínticos del verbo, que es lo que más calienta; con esa manía-de-los-guiones (que le debe venir de un sentimiento narcisista, ya que él también tiene un nombre con-guión, particularidad que debió impresionarlo en la infancia). Marx, Einstein, Freud, por ejemplo, son verdaderos brujos: muestran el esqueleto humano, ponen al descubierto lo que no se ve, sorprenden. Pero el amigo Sartre (con la cara que debió poner Diógenes en su momento cuando le dijeron que el hombre era un animal bípedo e implume y se imaginó un gallo desplumado), mira pasmado y exclama: Caramba!, "eso" no es un hombre. Hombre es eso otro que anda caminando allá abajo, o está desnudo ahí enfrente. Claro, el petiso se resistía a las "reducciones". El ser puesto en claro se evidencia irreductible, decía. Él iba por el metro cincuenta y siete, y bajando, cuando terminó aquel libraco. Sartre pasó, en cambio Freud...

Yo no decía nada. Me limitaba a tomar mi café. Sabía que Raúl quería discutir conmigo o con cualquier otro. Estaba molesto. Recuerdo que en determinado momento se levantó sin decir nada, y se fue. Tal vez había visto a Victoria. No sé. En parte me daba lástima; no debía ser nada fácil ser el esposo de Victoria, soportarla, no ceder a sus encantos.

Quemé la foto; su rostro se deformó, semejante a la última mueca que hará ya sin alma. Dejé caer sus cenizas allí en el medio de la habitación, y bajé. Era más de las once de la noche.

El encuentro se había frustrado, definitivamente. Recordé las palabras de Selva por teléfono, el día de la fiesta: "Tené cuidado de tu prima".

VIII

Iba a salir de ahí, pero escuché gente del otro lado del portón. Esperé un momento sentado en un rincón del patio (viejos veranos cruzaron aquel escenario, como misteriosas ráfagas de viento). Después me levanté y espié por una ranura. Del otro lado, un grupo de niños juntaban sus fantasías en torno a la luz de un zaguán. De vez en cuando escapaban a zonas más oscuras, como la del portón de la casa embrujada, convertidos en hombres voladores y princesitas. Coqueteaban, con ese inocente erotismo que en las niñas precede a la pubertad. En sus casas, sus madres los habían estado esperando con la cena lista, con alguna rutina que disfrutaron con deliciosa precisión, como si todo estuviese destinado a durar más tiempo que un soplo. (¿Qué será de ellos ahora? ¿Qué será de ellos cuando se quiera acabar el milenio? Serán, si acaso, la Generación del Silencio. Nina, nunca comentés nada de esto en la escuela; vos no viste nada aquí. Ni se te ocurra decir que tu padre está preso por Tupa, Nico, la maestra no te va a querer más. Cuidadito, Carmencita, con decir que tu tío y papá son militares; y a Nina no la traigás más acá).

Regresé a la casa. Hice fuego en la estufa y me senté en uno de los sillones. Adentro debía haber cuarenta grados.

A las doce oí que alguien intentaba abrir el protón y luego desistía. No eran Selva ni Chabalgoity; ellos hubieran estado frente a mí antes de que yo me diera cuenta. Esa forma indiscreta de mover el portón sólo podía ser de un extraño. O de Victoria. SÍ, porque ella debía volver, como lo hacía siempre, a la hora menos esperada. Había visto

el humo y desistió de entrar. Presté atención; seguía ahí. No cruzó la calle, el motor de su auto no se encendió. Tuve una primera reacción: apagar el fuego. Antes, cambié de idea.

Agregué otros escombros en la estufa, hasta que ya no quedaron más. Ella volvería y yo la estaría esperando. Me descansé en esa aparente fatalidad.

Ella no volvió.

Las brasas se fueron enfriando, desapareció mi sombra inquieta de la pared, y volví a encontrarme solo, aturdido.

Llegó de mañana, cuando me disponía a salir en busca de un teléfono. Volví a subir sin dejarme ver. Entró, dejó su bolso negro sobre el sillón rojo y se puso a caminar por la sala. Parecía distraída, concentrada en algo. De alguna forma yo permanecía allí sentado, delante suyo. Persistía en la ubicación inusual del sillón, en el fuego apagado. Me superponía a los otros desaparecidos que habían grabado sus hábitos en las huellas gastadas de los escalones de mármol, en el orden de algunos cuadros (de los cuales sólo quedaban las sombras blancas), en el hueco de la estufa donde se deducía la costumbre de hacer fuego del lado izquierdo.

Miró por la ventana, se aseguró de que estaba sola y se fue al patio del fondo. ¿Qué hacía allí? Miraba por la boca del aljibe, con cuidado; luego hacia la enredadera del muro. Su mirada se había vuelto introvertida, profunda, lejana en la distancia y en el tiempo, quizá. Su cuerpo de eterna adolescente, sutil, se había recostado a la boca del aljibe y permanecía así, inmóvil. Por completo despojada de todos sus personajes, de su frescura seductora y (lo que era peor) democrática. El pelo le bajaba por detrás de una oreja sin alcanzar los hombros.

—¿Qué haces? —debí preguntarle antes de que me descubriese espiándola. Sin quererlo, pronuncié la pregunta con un tono de reproche. Se dio vuelta asustada.

—Ah, eras vos.

—¿Qué hacés? —volví a preguntar, esta vez rectificando el tono.

—¿No ves? —dijo—. Visito nuestra casa antes de que la demuelan. ¿Te dije que la van a demoler?

—Sí.

—Hay tantos recuerdos aquí. Nos mudamos cuando yo tenía diecisiete. La compraron los Figueroa. Ya no te debés acordar de los Figueroa.

—Apenas.

—La vieja murió y se volvieron a la estancia de Tacuarembó. No la cambiaron mucho. Casi nada, por suerte. Pero la dejaron caer. Después los gurises le rompieron los vidrios a pedradas. Mirá los famosos ventanales. Apenas si quedan algunos vidrios sanos.

—¿Cuando murió la vieja Figueroa? -pregunté, por decir algo. Ni siquiera escuché la respuesta. Miraba la crucecita de oro que conservaba sobre el pecho. Había pertenecido a su abuela; detrás tenía su nombre grabado: AURORA.

—¿El Bocha Martínez? ¿Cuándo?

—No lo sé, ¿quién me lo dijo? Creo que fue papá. Pero esos vidrios hace años están rotos. Volví acá en diciembre, después de mucho tiempo. Sabés que diciembre es mágico, como esos días de calor en invierno.

—El verano, el fin del colegio.

—Debe ser por eso. Te acordás de la casa que teníamos en la costa de Maldonado? Cada año abríamos sus puertas y el verano anterior se nos venía encima como una ola. Eso era el tiempo; había estado esperándonos para seguir corriendo. No podía ocurrir lo mismo con esta casa, la de todos los días. Aquí los recuerdos debían sufrir el doloroso

proceso de actualizarse cada día. Esta casa era el presente; la otra, la del balneario, era el pasado.

—Vivir fuera del presente es parte de la magia de los sueños.

—Sí. Entendés entonces ¿por qué me gusta este lugar ahora? Porque esta casa es el pasado.

Me conmovían esos restos de sensibilidad en Victoria, siempre más dispuesta a la frivolidad. Cuando la veía con algún compañero de facultad, riéndose a carcajadas por un chiste estúpido, me sentía profundamente defraudado. Quería matarla; pedía a Dios no encontrarla más. Y cuando la encontraba, como ahora, el juego se repetía. Volvía a conquistarme como a un estúpido enternecido por sus palabras.

—¿Estaba ocupada la casa?

—¿Cuándo? -preguntó sorprendida.

—Cuando viniste la primera vez —insistí sin dejarla pensar.

—No... —balbuceó—. De vez en cuando se meten intrusos, te imaginás. La empresa demoledora contrató a un sereno para evitar esas complicaciones.

—Claro, la empresa demoledora.

—No estoy segura. Tal vez la empresa que va a levantar una torre aquí. Pero de eso hace ya casi un año. Creo que ya ni el sereno viene.

Después salió con un fardo de preguntas. No eran espontáneas: Buenos Aires, ¿qué calle me dijiste?, unos amigos, algunos viejos conocidos que hacían preguntas sobre mí y ella no sabía nada. ¿Cuándo volvía? Onganía, no sé qué declaración. ¿Y los Montoneros? No me acordaba de Inesita. Pero debía acordarme, se ponía la ropa de la madre para que yo me enamorara de ella. Eso fue en, ¿en qué año? Bueno, no me acordaba. Ingrato!

Yo no quería demostrar mucha memoria; había recuerdos que me avergonzaban. A veces la infancia nos decepciona; no es tan ideal.

—¿Qué es de Inés?

—Se casó.

—¿Eso es todo?

Se sonrió asintiendo con la cabeza. Su hermano (Gian Carlo) había muerto en un accidente automovilístico.

—Y qué más quiere —dijo, desconocida—; lo ideal es morirse joven.

—No digas tonterías —le reproché. Uno le exige a los demás la sensatez que no se exige a sí mismo.

—¿Tonterías? —preguntó frunciendo con fuerza el ceño—. No sé de nada más espantoso que la decadencia de la vejez. Todo empeora. Hasta es una cobardía!

No podía verme. De repente palideció. Sacó un espejito de la cartera y fingió corregirse algo en las pestañas. Después de un prolongado mutismo, comenté que la casa era ideal para una reunión del MIR o algo por el estilo. No titubeó como la primera vez; se rió. "Es demasiado evidente", dijo. Miró el reloj como si se hubiese olvidado de algo importante. Eran las once; a las diez y media debió estar en facultad. Y algo más (caminaba mientras hablaba): a las cinco haría un relevamiento en Villa Muñoz.

—Vení conmigo, primito. Te voy a mostrar Montevideo por dentro. Y sabés, The forbidden city; conventillos, tugurios, No me mirés así; no soy de esa clase de demagogos que pintan a un tipo muriéndose de hambre y después venden el cuadro en Punta del Este. Bueno, ¿venís o no? Dale, decí que sí.

—No sé, estoy un poco cansado.

—Se nota! —dijo mirándome a los ojos—. Te paso a buscar.

—No, no —me apresuré a decir—, a las cinco estoy allá.

Me escribió la dirección: calle Emilio Reus y no sé qué.

Cuando se fue, bajé al sótano y revisé el aljibe. Con un palo de escoba sondé el fondo. Estaba lleno de desperdicios. Lo único que logré sacar, después de mucho esfuerzo, fue una cabeza. Sonreía con ojos alucinados; parecía viva por la llama inquieta de la vela. La recordaba perfectamente. La habíamos hecho para un carnaval. Nos divertimos mucho aquel verano. Yo me había enamorado de Victoria y no me había dado cuenta hasta que un incidente me lo reveló. La última noche de carnaval se disfrazó de marinero. En la calle nos encontramos con Inés y su hermano. Apenas se puso a bailar con él me volví a la casa, furioso. Era muy joven aun y me costó mucho interpretar esa conducta; estaba ciego. Cuando pude hacerlo, recordé otras escenas donde ya estaba implícito ese famoso sentimiento. Durante mucho tiempo procuré demostrarme que Victoria no era algo especial, único, sino el puro producto de mi espíritu enceguecido por la fiebre. Y no podía. Ella era el único Otro que existía de verdad. Miraba para atrás, y pensaba que *nada había ocurrido antes*. Y nada volvería a ocurrir. El mundo perdería su significado, ya comenzaba a parecerme hueco, otra vez; las cosas me rodeaban, inexpresivas, definitivamente absurdas. Estériles. Comparé tantos días y tantas noches llenas de risas, con es último momento. Comprendí que la risa es más común que el llanto, y que por suerte la gente se ríe más de lo que llora. Pero, a su vez, eso estaba indicando que el llanto está reservado para las ocasiones más importantes, quizá cuando verdades más profundas de nuestra existencia procuran expresarse: para el nacimiento y la muerte. Al otro día me iba, y no volvería por lo menos en un año. Durante muchos días me había lamentado por la proximidad de ese momento. Había imaginado una despedida dramática; pensaba decirle algunas cosas. Cuando llegó el momento, Victoria bajó las escaleras como siempre. Un beso en la mejilla, como si no hubiese ocurrido nada, selló el momento. Así es como se debe.

Regresé al hotel para dormir un poco.

IX

Los indios no pueden ser una amenaza para ellos. Si así fuera, no entiendo por qué no salen a reprimirlos. No hay razones, aparentes, para que estén nerviosos. Suben y bajan de la torre, vigilan. No salen de su propio encierro. El camión ya no viene, y tampoco vi al carrero esta semana. No vi a nadie. ¿Moriremos de hambre? La ración se hace cada vez más avara.

Esta tarde de sábado estuvo por llover. Aquí la lluvia es un fenómeno extraño. Los indios habían acampado muy lejos, pero aun así se podía advertir sus movimientos, un fueguito muy débil que cada tanto cambiaban de lugar. La amenaza de la lluvia debió alejarlos, quién sabe adónde. Cruzaron la cuenca del río Seco y se perdieron de vista. El cielo se oscureció y los truenos hicieron temblar los muros. Pensé en el río; se volvería a llenar y dejaría del otro lado a los tupí-guaraníes.

Soñé con una llanura inagotable, tal vez la Pampa. Llovía y las aguas comenzaban a subir, uniformes, implacables como el Diluvio. Busqué el lugar más alto, hasta que no hice pie. Las aguas comenzaron a correr como en un río. Vi grandes árboles sumergidos, viejas ruinas de piedra, Uxmal, Tulum, Biblos, Ur. Y la cárcel que me contiene. Podía verla desde afuera; al mismo tiempo, sentía que alguien esperaba por mí adentro. A mi pesar, procuré acercarme, pero la corriente me alejó hasta que dejé de ver la última torre. Entonces me descansé en la muerte. Desperté ahogado.

Sé que fuimos prometidos a la muerte. Y la muerte no nos apura. Siempre se toma su tiempo.

X

A las cinco menos diez estaba esperándola en la esquina de Emilio Reus. Era un callejón apretado por fachadas todas iguales. Aquella monotonía filantrópica me recordaba a cierto barrio obrero inglés. A las cinco, las sombras comenzaban a cruzar de una fachada a la de enfrente, ensimismando el barrio pobre.

Victoria llegó casi una hora después, quejándose del tránsito a modo de excusa. Nunca entendí a los uruguayos; le exigen a sus relojes precisión de segundos, pero llegan una hora tarde a cualquier cita.

Mientras caminábamos, me explicaba los detalles históricos del barrio. Noté cierta extroversión en sus expresiones; significaba que en los últimos días había estado rodeada de gente, pero también que eso no era lo más común en su vida. La escuchaba como si me importara la historia del pobre gallego constructor del barrio, fundido no sé cuantas veces por bueno. Los trastos colgaban de los balcones, las radios vomitaban mongolismos musicales (Si soy libre de expresar mis gustos musicales, podré decir que odio la cumbia. No soporto ese género o sub-género musical en donde la gastronomía y el sexo se conjugan para agotarse en un repertorio lamentable de diminutivos. En el botiquín de primeros auxilios tenía uno de esos discos. Lo usaba como vomitivo). A ella no le disgustaba la música.

Nos detuvimos frente a una puerta repintada de verde. Golpeó y se quedó mirando el piso. La observé con cuidado. Uno puede imaginar los efectos que causan en la psicología de un hombre defectuoso sus propios defectos. En cambio, no es tan frecuente pensar en los efectos que pueden causar la belleza física (los feos le atribuyen un efecto desfavorable en la inteligencia). Victoria era uno de esos casos. Desde niña debió sentir esa carga que podía ponerle el mundo a sus pies. Algunos años más tarde, quizá, fue consciente de ello. Y sabía cómo potenciar su belleza: su forma simple de vestir, su simpatía y cierto aire aristocrático conservado con discreción. *Pero también era víctima de su propia fuerza*. No caminaba sola de noche, tomaba prudente (y exagerada) distancia de cualquier hombre. Se sentía observada, deseada (todos la miraban cuando podían). ¿Cuántas tensiones se acumularon en aquella niña, rodeada de un mundo abierto a sus antojos y cerrado por una educación rigurosa que pretendía protegerla de su propia belleza? ¿Cuántos miedos y deseos habrán pasado por su cabeza, por su cuerpo intocable? Volví a fijarme en el lunarcito que tenía en el cuello. Parecía un puntito perforando la piel, blanca y delicada, para ir en la búsqueda de una fuerza violenta que lo reclamaba desde adentro. Llevaba el signo de su alma grabada en la piel. Una naturaleza incompatible en sí misma: cuerpo sutil, casi transparente, frágil rosa que reposa entre las garras de un tigre, dentro suyo latía una poderosa fuerza animal. Fuerza que no se expresaba a través de ningún gesto, en ninguna reacción furiosa. Se la adivinaba en sutilísimos detalles. Bastaba con mirar sus labios siempre desnudos, sin pintar, tiernos y con una vaga sonrisa, y luego mirar más allá: una puerta verde carcomida, un revoque caído, un tipo de aspecto nervioso que abría y le sonreía.

Por esa risa nerviosa deduje que el hombre de la puerta había estado espiando antes de abrir. Victoria le explicó en qué consistía el trabajo. El tipo no entendió un carajo, pero en todo momento había respondido que sí, con la cabeza. Hasta que entramos.

Por dentro era una casa oscura y complicada, de dos plantas, pero ella se movía como si la conociera. (Había leído los planos de todo el barrio y, según ella, había dos o tres “tipologías” que se repetían). Tomamos algunas medidas, apuntamos modificaciones: una puerta abierta en una pared antigua, otra definitivamente anulada, un baño improvisado en un rincón del patio. Todavía no sé porqué me presté a todo eso. Ella hacía comentarios ingenuos, en apariencia, que en realidad pretendían ser preguntas sociológicas. El tipo respondía agregando otros detalles como si lo estuvieran interrogando en la comisaría de Otero. “Vivo con dos botijas en el cuarto de arriba -decía- ahora ellos no están pero comparto el baño con ellos y los de abajo”. Cuando encendió la luz, una lámpara de unos 45 watts, las distancias se hicieron más imprecisas que antes. Luego, cuando subimos al cuarto, costaba creer que aun era de día. Aquello más bien parecía una reunión secreta, donde palabras como “tipología”, “referente histórico” y “tensores” eran las claves. El hombre debió reconocerlas, porque sin que se lo pidiésemos, nos hizo pasar a zonas más íntimas de su habitación. Corrió una cortina y dejó al descubierto una cama hundida y desarreglada. En aquel momento pensé que el gusto de Victoria por cosas así, debía ser como el gusto profesional de un estudiante de medicina por un metro de intestino. Recuerdo una silla rota al lado de la cama, una cocinilla, unas ollas negras, y un rayo de sol pobrísimo pero laxante, sobre una pared con retratos de niños. Eran unos niños gordos, en blanco y negro; tal vez uno solo, repetido cuatro veces en momentos diferentes. Típico: dispuestos como en un museo, con el orgullo triunfal de alguna abuela. Porque son éstas las únicas que se mueren con la esperanza de un futuro brillante para su descendencia. En parte es comprensible; el útero de una mujer es el tronco, en negativo, de insospechados árboles genealógicos; donde confluyen, como la sabia, pueblos enteros. Me preguntaba si el gordito multiplicado de la foto, no era el mismo flaco que acababa de abrir las persianas del balcón. En ese momento hablaba con Victoria. ¿Qué le decía? Lo vi sonreír nervioso. Le gritaba algo a su vecino de enfrente, algo sobre el volumen de la música. Mientras hablaba, sostenía a Victoria de un brazo, luego de un hombro. (Está bien; hay que colaborar con los pobres). Con el tiempo el tipo abandonó sus nervios y tomó esa actitud sobradora, propia de los rioplatenses.

—¿Así que esta casa es de 1888? —dijo, sin despegarse de ella. Yo no existía—. Mirá vos. Vivo en un monumento. ¿Querés ver la planta alta? Es por ahí, es.

Se refería a la azotea. Subieron los dos. (Me preguntaba cómo era capaz de soportar semejante escena). Lejos de preocuparlo, los gestos frescos de Victoria lo alentaban aun más. Subió a la azotea por una escalera estrecha de madera, pero no pudo abrir la puerta porque tenía un candado. Le alcanzó la llave tocándole la mano, y luego, cuando ella no pudo abrir el candado, subió hasta colocarse detrás suyo, fingiendo ayudarla mientras la abrazaba. ¿Pensaría que yo era un tarado, o un marica? ¿Qué debía hacer? ¿Acaso desarrollar un discurso que explicase porqué soportaba con tranquilidad algo semejante? (Me dan gracia esos personajes de novela psicológica que se ponen a disertar sobre los problemas de la vida cuando se encuentran en una situación insólita, donde la alternativa conocida es actuar o no hacer nada. Pero nunca distraerse con discursos). Decidí terminar con la escena cuando la noté nerviosa. Tomé al infeliz de un brazo y lo desparramé por el suelo. Antes que ensayara cualquier defensa lo rematé con un derechazo en la boca.

—*Oh, Venus* —recité con rabia—, *hembra cósmica, virgen y prostituta*.

XI

Di vueltas por la ciudad hasta altas horas de la noche. Perdido a propósito dejé transcurrir el tiempo en plazas, bares y calles oscuras. No recuerdo bien dónde, entré en un prostíbulo. SÍ recuerdo la casa, vieja, con un patio en el centro y claraboya. Entré en una de las piezas. En una cama amplia y desprolija estaba sentada una rubia. Estudiaba algo diminuto entre los dedos. Un anillo que dejó sobre la mesa mientras decía:

—Cómo te va, cariño. Pasá.

Volvió a observar el anillo, se lo probó y se miró al espejo.

—Desvestite —dijo, revisando un cajón de cómoda. Buscaba unos cigarrillos que devolvió al lugar al notar que le quedaban tres o cuatro—. Media hora son cuatrocientos y diez minutos ciento cincuenta.

—¿Qué son ciento cincuenta?

—Te la chupo y me la ponés —me miró por primera vez y se rió—. Ay, cariño, vas a ver que sobran diez minutos. Dale, sacate eso y acostate.

—Prefiero que no hagas eso —dije refiriéndome a la primera parte del trato.

—Pero el precio es el mismo, eh? Vos no quisiste. Bueno, dale. Dale! ¿Qué te pasa? ¿Querés el veintiuno?

Se arrodilló apoyando las manos en la almohada como un cuadrúpedo, separó un poco las piernas y arqueó la espalda de forma que los pezones rozaron las sábanas.

—¿Así que desconocías el veintiuno? No te puedo creer. Vas a tener que volver a la escuela. ¿No te enseñó esto tu maestrita? ¿Lo qué? Bueno, bueno, ahora ya conocés un numerito más. Pero qué maestrita burra te tocó. ¿No te tocó una burrita? Yo te voy a enseñar, chiquitito mío!

Se balanceaba como un botecito de calesita, como un reloj cucú. El mecanismo funcionaba, *áoh, das ewig Weibliche!*

—¿Ya está? ¿No? ¿Querés que apague la luz?

Apaga.

El reloj seguía su marcha: las cuatro, las cinco. Cu-cú, cu-cú.

—¿Qué hora es, linda?

—Pero ¿qué importa la hora? No s□, cómo puedo saberlo?

Enciende el velador y mira el reloj que tiene en el pulso.

—Las cinco —dijo—. Dios, qué tarde es. Pero todavía faltan tres minutos. Así que dale. Dale, soltala. ¿Te viniste? Dos minutos.

Comenzaba a hamacarse con mayor agresividad. Tanta que ya no podía coordinar, y el mecanismo cu-cú comenzaba a tener tropezones, soplos. Los pelos le caían sobre la cara; cada tanto apoyaba toda la cara sobre la almohada. Parecía que se iba a morir, pero no se moría.

—¿Querés que grite? —preguntaba preocupada a esa altura.

Sin que le contestara, comenzó a gritar quejidos en voz baja. Pedía por favor que no la violara.

—Un minuto pasado de tiempo —dijo al final—. Pero, ¿por qué no te venís?

Volvió a ensayar grititos, esta vez de menor calidad, como si todo su talento actoral se hubiese agotado en el esfuerzo inicial.

—¿Querés que acerque la luz para que me veas mejor?

Al acercar la lámpara, el óvalo luminoso dejó ver una sombra blanca en la pared. Un objeto había estado colgado allí, durante mucho tiempo; una cruz latina, de dos metros.

—Pero, ¿por qué no te viniste, cariño? Estás deprimido, ya sé.

Antes de que pudiese inventar alguna respuesta, ella misma se encargó del trabajo: —Una novia. Sí, una noviecita. Si sabré yo! La pendejita te dejó y vos pensaste que era la u-ni-ca en el mundo. Pero te equivocás, ¿sabés? porque hay muchas, muuuuchas. ¿Cuánto estuvieron juntos? Cinco, seis, ¿seis años? Ya vas a encontrar otra. Claro, tontito. Ay, qué debiluchos son los hombres. Una se los chupa todos y cuando los suelta se mueren. No vas a hacer ninguna locura, ¿no? Bueno. ¿Cuántos años tenía ella? ¿Veinte? Veintidós. Una pendejita, sí, sí. Como te dije. Buscate otra. Si te lo digo yo es porque sé. Yo sí que sé lo que es la vida, porque a los treinta años viví mucho ¿sabés?, mucho. Yo sí que tengo experiencia en la vida.

Se refería a que la proporción de existencia en el ser humano es directamente proporcional al historial clínico del sexo en cuestión.

La dejé encender un cigarrillo y seguimos hablando hasta que la conquisté para salir de allí. Se resistió un poco, pero al final cedió.

Salimos sin que lo notase la dueña. Detuve un taxi y la llevé al restaurante que estaba en 18 y Ejido (creo), frente al municipio. Me dejé llevar por un exhibicionismo de mal gusto. Cada tanto me daba. La puta era linda, pero no se veía bien. No le había dejado tiempo para arreglarse un poco (no hubiese logrado mucho), y se sentía mal por eso. Incómoda, pero agradecida. La traté como a una gran señora. Y seguramente hubiese llegado a serlo, con un poco más de plata. Todo el mundo se daba cuenta del tipo de pareja que formábamos. Alguno de los miles que pasaron por allí debió reconocerla. La alojé en el Victoria Plaza, la vestí con lo mejor. Estaba feliz. Hasta la convencí de que estaba interesado por ella, lo que no hubiese sido novedoso en su oficio.

—Querés olvidarte de la pendejita —decía.

—Ya está —contestaba yo—, ya me olvidé.

De noche se arreglaba bien, como una Señora (había aprendido rápido algunos caprichos). Se acodaba en la ventana y decía: “Nunca había visto la ciudad desde aquí arriba. Quién diría; esto que estoy viendo sólo pueden verlo los ricos. La plaza desde arriba, el mar. El mar...”

El mar. Y hablaba de la luna. Nunca había oído cosas tan cursis sobre nuestro satélite. “Soy un demonio”, me decía. Ella se metía en la cama y se quedaba esperando. Yo me acercaba, la cubría con las sábanas hasta los hombros y me despedía con un beso tipo familiar. Con eso se quedaba muy feliz.

Una noche la aburrí en el Solís. “Qué bonito”, decía enternecida. Y en otro restaurante del centro: “¿qué hacés en Buenos Aires?”. A lo que yo respondía con un “No lo sé, exactamente”. Se divertía. Comenzaba a suponer oficios e historias que yo mismo iba guiando según su imaginación. De esa forma me enteré de que era hombre de confianza del general Perón.

Al tercer o cuarto día la llevé a Punta del Este y después al hotel Argentino de Piriápolis. Como siempre, lleno de porteños. Observando a ese tipo de gente, uno siempre tiene la desagradable sensación de que el espíritu humano es el invento de novelistas y dramaturgos. Pero, claro, basta con detenerse un instante para advertir algún misterio en esos rostros frívolos. Deambulan de un lado para el otro, borrachos de vida, quemados por veinte soles ya apagados, marcados por tantas noches de fiesta, pasadas. En esos rostros, soles y risas trágicas. Sombras que cruzan una sonrisa, y algo que les murmura al oído: *Mira, escucha; hay algo que está pasando... y es la vida*. Pero (¿por suerte?) casi siempre logran huir y entonces sus vidas fluyen entre lo real y lo imaginario. Combinación que logran en aquellos lugares infrecuentes (puertos, países desconocidos, lugares llenos de memoria, de pasado, de datos imaginarios y

enciclopédicos, escasos de presente, exentos de sudor y frío que convoquen al cuerpo, irrealidades de los rincones anónimos, asientos de ómnibus y de aviones, mesas solitarias de un café en Viena). Los turistas siempre se van de sus balnearios y es de esa forma como los salvan. Al marcharse antes del frío, evitan que la persistente conciencia termine por reconocerse en los lugares prometidos, a través del agotador ejercicio de los hábitos que todo lo allanan, que tarde o temprano terminan con el componente fantástico de la ecuación.

La pobre decía que sería feliz si pudiese quedarse en aquella playa para siempre. Me confió una historia. "Todo lo que le pudo pasar a una mujer —me dijo—, ya me pasó a mí. Tuve una experiencia horrible. Horrible. Una noche entró en la casa un muchachito, un encanto. Tan encantador era que (cosa que nunca) sentí ternura por él. Pero no era una ternura de comérmelo. No, más bien quería abrazarlo para que se quedase así todo el tiempo. Todo el tiempo. Venía como indefenso, titubeando, tímido, ¿sabés? Como todo el que debutaba. Yo quería protegerlo. Cuando se acostó lo abracé y lo besé de forma que nunca. Por primera vez en años volvía a sentir algo por un hombre en aquella cama, algo por un desconocido que venía a acostarse por unos pesos. El muchacho era tan inexperiente que tuve que agarrársela para que me la metiera. Después salí a investigar. Y confirmé mis sospechas... ¿Sabés que cuando pendeja un desgraciado me hizo un hijo? Y yo qué iba a saber que la vida me iba a joder así? Nunca antes había tenido un orgasmo en aquella bendita cama. Te digo, eh; la primera vez que Dios y el diablo se pusieron de acuerdo, inventaron el sexo".

Pobre infeliz. Ahora me sorprendo de no haber tenido piedad. En la playa le juré que la amaría para siempre, con esas palabras irresponsables que sólo se dicen en el colmo de la cópula. Y con el agua hasta la cintura la desnudé completamente. Al principio había puesto alguna resistencia advirtiendo que unos muchachos nos observaban. Pero no pudo negarme el espectáculo.

Fue esa noche, después de cinco o seis días de emociones y abstinencia, cuando la supuse capaz de algún placer en su oficio. Entonces sí, me acosté con ella. "En el fondo todos los hombres son iguales".

Le dejé algún dinero y antes de que despertase desaparecí.

XII

Imagino lo que se diría de mí si un día estos escritos cayeran en manos de tipos como Raúl. En el fondo, casi toda la crítica moderna se reduce al seudopsicoanálisis; o directamente al insulto, que es lo mismo. Al final siempre terminan por demostrarte que pensás "así" porque sentís de manera totalmente contraria.

Pero al final *nada importa*. Sé que moriré sin saber de qué se trataba todo esto, sin haber comprendido para qué vine a este mundo, como cuando entraba a una habitación en busca de algo y luego no podía recordar qué estaba haciendo allí.

¿De qué se trataba? ¿Fue un juego, un accidente, un experimento de los dioses? ¿Tragedia o comedia? ¿Ambas cosas o ninguna? No puedo dejar de ver a la humanidad como un rebaño de ganado que rumia impasible, apenas si algo molesta por un ruidito que en realidad es la *Inconclusa* de Schubert; como una multitud de chimpancés en la biblioteca del Congreso, peleándose por una birome. Cristianos o judíos, budistas o ateos; sólo uno de ellos podría no estar equivocado. Alguien dirá que "la verdad no existe". Bueno, pero díganselo a ellos. Cómo pudimos los hombres obrar correctamente si nunca supimos qué somos, *d'où venons-nous et où allons-nous?* O si creíamos saberlo,

estábamos equivocados. En esta ronda de Equívocos Cosmogónicos es posible considerar la más terrible de las posibilidades: que el Demonio exista, y que sea él el triunfador en el Fin de los Tiempos. Qué gran religión lo consideró seriamente alguna vez? Ninguna. Todas, de antemano, suponen el triunfo del Creador. Cuántos parásitos espirituales alimentó esta certeza! Seres débiles y corruptos, indispuestos a la Gran Lucha; pequeños santos y dudosos mártires, sometiéndose a injusticias diarias, a algún dolor(cito), mientras miraban con codicia el Paraíso, ese piso cinco estrellas que debían merecer. (Con aportes diarios de miseria, una jubilación de dioses). Claro, *¿quién iba a apostar a Perdedor?* Hasta algún ateo, por las dudas, se rezaba un padre nuestro. A todos les faltó la grandeza de Prometeo, que dudó de la invencibilidad de Zeus, o la de aquellos ateos que se hicieron matar por la libertad, la justicia e ideales parecidos, mientras no esperaban nada para Más Allá.

Sea como sea, vaya adónde vaya, este mundo apesta. Si fuera un ateo radical, diría que la Humanidad es por naturaleza corrupta, injusta y hedonista. Si estuviese convencido del valor histórico de la Biblia, diría que fue la Serpiente la única que ha cumplido sus promesas hasta ahora, lo que bastaría para seguir siendo pesimista. [El pesimismo es la condición psicológica básica del Cristianismo. Me aburrí de advertir cómo los creyentes en el Juicio Final se desalentaban cuando percibían alguna mejoría en la política internacional. Hitler y la Guerra Nuclear les renovó la fe. Así ha sido siempre, desde el gnosticismo hasta el siglo XX, pasando (naturalmente) por Martín Lutero]. La Serpiente prometió al hombre que llegaría a ser lo que es, y cumplió. Casi todas las proezas, los milagros que se cuentan en Las Escrituras como obras de Yahveh, fueron repetidas hasta no hace mucho por los hombres. Así, el hombre se asemejó a Dios; realizó maravillas científicas, aprendió a distinguir el bien del mal (abusando de este último). Sodoma y Gomorra fueron un poroto al lado de Hiroshima y Nagasaki. La gente comenzó a preguntarse, "¿por qué Dios ya no hace milagros?". ¿Y para qué?, digo yo, si ahora hasta la aparición de Cristo puede ser producto de los efectos especiales de Hollywood? Y podría seguir enumerando los plagios que se le hizo al Demiurgo: pestes de laboratorio para reconstruir, pero en mayor escala, la calamidad que otrora cayera sobre Egipto; la omnipotencia tecnológica, la omnipresencia de los satélites espías.

Desde esta perspectiva sólo se puede ver el fin del mundo. Si no por manos del Creador enfurecido, por manos del Demonio y sus aliados, los hombres. O por los hombres, simplemente, porque con ellos basta. Si no por una catástrofe devastadora y abrupta, por una forma imperceptible, imprevista, como un sueño lento que va atrapando al hombre cansado, sin que alcance a darse cuenta.

Digamos que ese sueño lento, esa muerte inexorable, ya está aquí. Los hombres reinan por última vez. ¿Quiénes son esos dioses humanos? Pongamos por ejemplo uno: el jefe del Pentágono, señor que no se diferencia mucho del dios mosaico. Moisés era un tipo realista: no prometió el Paraíso, sino un trozo de tierra cananea (palestina); no amenazó con el Infierno, sino con el dolor y la muerte terrenal. Para todo eso se sirvió de los mismos recursos de la *high tech* militar. Otros dioses: los grandes Ideólogos. Omniscientes en economía, profetizaron un nuevo orden, justicia social. Como los antiguos profetas, eran fatalistas: la Historia, como la tecnología y las ciencias, habría de avanzar, les guste o no a los seres humanos. Más dioses: los Grandes Gerentes de multinacionales. Estos casi realizaron el sueño cristiano-musulmán del Paraíso. ¿Cómo? Sencillo: cultivando la Estupidez Humana hasta el refinamiento. Con ellos, la especie se dirigió al estado final. (El único error fue pretender levantar el Paraíso en la Tierra, lo cual es una contradicción de principio). Les demostraron a los Ideólogos que la Humanidad no se dirigía hacia el logro de la justicia a través del sacrificio altruista, sino

hacia la Eficacia. La justicia no tuvo ninguna posibilidad cuando se comprobó que era incapaz de incrementar el PBI. Será por estas razones, por sus deficiencias económicas, que caerán los grandes regímenes comunistas; no por sus injusticias. El Imperio Capitalista, en cambio, no puede perder; él mismo es la perdición, el sueño lánguido de risa tenebrosa, el alucinógeno de la última carcajada. La justicia (para definirla un poco) es como lo ilustra la alegoría: una mujer con los ojos vendados; no puede ver un carajo, pero es capaz de levantar una espada en una mano mientras en la otra ostenta, descaradamente, una balanza de mercader. Una mujer lujuriosa y alucinada en un mundo materialista.

Si al Romanticismo del siglo XIX se lo asocia al corazón, si al racionalismo el cerebro, nuestro fin de milenio habrá que asociarlo al estómago. Recuerdo un cuadro de Warhol en el cual toda la composición se reducía a un conjunto de etiquetas de sopas Campbell, ordenadas con el rigor cartesiano propio de los supermercados. La sonrisa de la Gioconda reemplazada por la conmovedora expresión del estómago. Un eructo metafísico. Satisfacer necesidades y, por supuesto, crear otras nuevas. El proceso placentero exige permanentes cambios, nuevos estímulos incrementados de forma logarítmica o siguiendo la ley de Fletcher. Orgía del sobreestímulo anestésico! Taradez suprema y maravillosa! Los jainistas creían en los ciclos cósmicos. A lo más bajo se llega por "la serie descendente", la que termina en los hombres injustos y lujuriosos, en las peores tempestades, en la desolación. Y todo debía ser imperceptible.

Y así lo es porque la Estupidez y la Decadencia se nos aparece con un maquillaje de cultura e inteligencia. Esto es fácil de explicar: Estupidez Suprema no significa Ignorancia Total. Por el contrario, se trata de un *proceso evolutivo* que se logra con cierta práctica. La gente confunde inteligencia con mera acumulación de información. Para ellos, sus nenes son más vivos que los de antes sólo porque están más saturados de información (inútil) que ingieren de la televisión. El abombamiento colectivo se institucionalizó a nivel mundial. Se inventaron implacables métodos para idiotizar a un pueblo, como los llamados programas de "entretenimientos". Hasta se recurrió a la farsa de llamarlos "juegos de ejercicio mental". Todo bien estudiado.

Un productor de cine (Darryl) dijo en 1946 que la gente pronto se aburriría de ver cada noche una caja de madera. Se refería a la televisión. No se puede tener tan poca imaginación sin producir leche. Cómo no darse cuenta de que una cosa es mirar un objeto y otra es mirar a través de él. La televisión es un MEDIO, no de comunicación, sino de expresión. Lo que cada noche la gente ve en esa caja de madera es el "espíritu colectivo", usado y alienado por los dioses que oligopolizan el Poder. (Dioses oscuros que necesitan un pueblo estúpido para decirles que deben consumir más y pensar menos). Unas risas en off le dicen al pobre diablo que está mirando, cuándo debe reírse y cuándo no; una garra que golpea un piano indica que debe prepararse para comenzar a llorar. Lo Irremediable es sustituido por lo pseudo-remediable. Todo debe terminar en un espectáculo: una peste en África, un ciclón, una guerra civil, la muerte trágica de un deportista. El sentido de lo trascendental se sustituye por la voracidad del espectáculo. Recuerdo haber presenciado en una montaña un eclipse de sol. Conmigo estaban otras cien personas. El instante culminante fue recibido con aplausos y algarabía. ¿Qué aplaudían? ¿Qué los emocionaba? ¿Tal vez Dios, tal vez el mensaje armónico de la Naturaleza? No, nada de eso. No aplaudían a nada que estuviese más allá del fenómeno. Aplaudían el espectáculo, el mero espectáculo y nada más. También la Naturaleza formaba parte del show. La misma suerte corrieron las pirámides de Egipto, el Cañón del Colorado, los muertos del Ganges y la misma Jerusalén. El dinero, dios celoso y vengativo, impone en todos lados la cultura que lo diviniza. Las sociedades capitalistas

desparraman sus embajadores por todo el mundo: los turistas. Llenan el Taj Mahal, Abu Simbel, Chichén-Itzá. Lo que luego reproducen en sus propios países es el ego de cada uno, no las culturas que sirvieron de fondo a sus fotografías (los japoneses son expertos en este tema). En cambio, los habitantes del Nilo, lo único que pueden aprender de esos embajadores de la frivolidad, día tras día, es a vestir sus mujeres con pantalón corto, a usar lentes oscuros. Aquellos lugares que un día fueron el altar de los dioses, luego el objeto de la arqueología, finalmente acabaron en simples piezas del espectáculo. (¿Cuando el *Corán* o *El ser y la nada* serán el próximo objetivo de esta gente?). Y el deporte, que en Grecia fue honor de los dioses, del espíritu humano, hoy sólo es espectáculo. ¿Quién mató el misterio de las cosas? Seguro no fue el descubrimiento de la Verdad.

Para ciertos pueblos primitivos, el Orden cósmico estaba en mano de los hombres. Para los modernos, también. La diferencia está en que los primitivos creían que sus actos podían destruir el mundo. Los modernos no, pero *son capaces de hacerlo*. Los mayas y los aztecas preservaban este Orden practicando sacrificios humanos (como si existiese en el hombre un antiguo sentimiento de culpa). En este siglo, los sacrificios individuales, en vivo y en directo, se consideraron una aberración retrógrada. Se prefirió los holocaustos colectivos y a larga distancia, que además eran espectaculares.

Cerramos el círculo de la evolución: volvimos a un nuevo estado de irracionalidad. Por y para consumir. Las T-shirt del Che en la Quinta Avenida. Nuevos estímulos (drogas, monta—as rusas) no logran competir con el viejo y repetido sexo. Un lápiz de labio, un alfajor, una cubierta son promocionados con un culo famoso. En 1916, el señor Ben Thomas diseñó la botella de Coca-Cola. Lo hizo a imagen y semejanza de Mae West. Mujer, objeto-de-deseo. De la televisión nace un nuevo tipo de pensamiento que excluye la reflexión; es visual, onírico. Los niños aprenden rápido. Como los sueños, las imágenes electrónicas poseen su propio lenguaje. Naturaleza inmediata, fugaz. Los publicistas pasan a ser una especie de Freud invertido. Cualquier persona deberá comprender en treinta segundos un mensaje que a Mahoma le hubiese llevado más de las setenta mil palabras con las que se resumió el Corán. A un crimen puede seguir un beso; a una catarata que cae hacia arriba, una goma de mascar. Todo con máxima rapidez y vértigo (no sea que alguien se ponga a pensar). Para incrementar el vértigo, los estímulos deben ser incrementados según la ley de Fletcher. No es la velocidad estética de Turner, ni la velocidad conceptual de los futuristas de Marinetti. La nuestra es una velocidad VISCERAL. Ir de prisa, no se sabe adonde.

Sobrevendrá la lucha, el materialismo contra la antigua fe. Entre Oriente y Occidente, el nuevo oponente. El ciclo se repite; el materialismo conduce a la irracionalidad, y la fe a la razón.

XIII

Sólo puedo sentarme y esperar una tercera oportunidad para escapar; la segunda, la tuve ayer y la perdí. No tengo reproches para hacerme; me estoy muriendo y lo sé. Cada día que pase se me hará más difícil. Por momentos no puedo mover la pierna izquierda, y es un milagro que aun pueda escribir con facilidad.

Ayer, o mejor dicho, esta madrugada, volvió a abrirse la puerta. En compensación a la invalidez que me afecta, el instinto ha resucitado en mí, los sentidos son ahora más agudos. En medio del sueño pude oír pasos muy lejanos. Salté de la litera convencido de que alguien había abierto la puerta; esperé un momento, alerta y salí. No me sorprendió

como la primera vez. Bajé y seguí por el camino de Gregorio, después por el pasillo lateral del segundo patio. De repente recordé algo; entré por un pasillo, luego en una puerta a la derecha. La sala de torturas. O lo que fue la sala de torturas hace ocho años. Iba a salir de allí cuando miré hacia el pasillo; las columnas y las paredes parecían inclinadas hacia un lado, como las columnas del Parque Güell de Barcelona. Al principio sentí que me mareaba. Temía que me descubrieran, por lo que entré de nuevo a la sala.

Todavía estaba allí la mesa sobre la que fuimos torturados. Recordé, con tonificante odio, un día caluroso; aquel invierno. Un hombre de bigotes al que llamaban "doctor" controlaba las descargas. El arte consistía en aproximar el dolor hasta infinitésimos antes de la muerte. Me tocó en suerte un menú especial: alfileres en las encías y los pies, con cuarto kilo de amperios sobre rocío de agua salada. Querían saber no sé qué de los Tupamaros, una reunión en Parque del Plata, el Banco Transatlántico, qué eran los Cinco de Praga, si Chabalgoity sabía donde estaba el Santo Grial yo debía saberlo también, por qué tenía en el pantalón un pasaje de avión a París y no lo había usado. Yo les respondía que el agua estaba muy fría. ¿Qué le damos ahora, che? ¿La parrilla o el teléfono? El "submarino" es lo mejor. ¿Cómo, che? Que los argentinos prefieren el método francés, aunque los de Massachusetts sean más científicos: amorfine, para provocar náuseas; anectine, paralizante. O directamente la lobotomía, qué tanto joder! Esperá chino, que no tenemos un año. Mientras conferenciaban, Palito Ortega cantaba un tema de moda, "*la felicidad ja-ja-ja-ja*"; y después, "*yo tengo fe/ yo creo en el amor*", "*salí a la calle y regalá una sonrisa/ porque el mundo precisa/ un poco más de amor...*" En una pared, un cuadro con la paloma de Picasso. En ese momento advertí que estaba fechada el 28/12, el Día de los Inocentes. El "doctor" bajaba el foco sobre mi cara y decía que ahora yo le pertenecía. Los otros pedían más tiempo. Bromeaban: "Mire, doc., estas manos. ¿Usted diría que son las manos de un cañero? Pero, ¿qué son los Tupas, doc.?" "Según informes —decía uno con acento guaraní—, se trata de una escisión de El Federal, un ala del fascismo oriental" (Risas). "Criollos ignorantes! -se quejaba alguien con acento alemán. Jamás tendrán idea de cómo funciona el mundo" "¿Y cómo funciona el mundo, doc.?", decía el guaraní y me golpeaba en el estómago. Querían saber sobre un tal Horwitz o algo parecido, sobre Wittenberger, Ross y hasta sobre la familia Sinclairs (antes Saint Clairs). Pero yo no podía pensar. En mi cabeza giraban las palabras *anectine, amorfine, Massachusetts, anecfine amorfine Mass amor fine*.

Todavía estaba ahí la lámpara colgando del techo como un péndulo. Y un aparato blanco como una heladera, en un rincón. Todo parecía abandonado.

Alguien afuera preguntó: —¿Están ahí? (o, "¿Estaban ahí?"). A lo que siguió un murmullo que parecía preguntar lo mismo. Prevalecía una voz; como la vez anterior, ordenó tranquilidad.

Sólo cuando volvió el silencio me atreví a salir. Ensayé un camino: por el pasillo perpendicular al segundo patio se debía llegar a la puerta principal, la única salida conocida. Me aventuré por ese túnel oscuro hasta un débil resplandor final. El pasillo terminaba en un muro, y el resplandor provenía de una ventanita de un pie cuadrado, a una altura inalcanzable. A izquierda, había una puerta monumental, con un dintel de una sola piedra, sostenida virtualmente por dos columnas labradas. Creí reconocerla, aunque no estaba seguro; se me aparecía como el recuerdo de un sueño. Quizá había pasado por allí antes o después de la tortura. Ahora puedo recordar que era la misma puerta que vi en la alucinación del patio, la tarde que me desvanecí.

Fue cuando crucé el umbral que confirmé una vieja sospecha: *esta prisión fue una antigua estancia jesuita*. Se lo puede ver en los grabados de la piedra, en la forma y la

disposición de las celdas, en la fuente del patio, en la orientación solar de todo el edificio y del pueblo. La misma leyenda del Mártir se explica mejor con la historia de los Jesuitas que con aquella otra del sitio a la fortaleza (aunque no niego que luego haya servido de esa forma, como ahora de prisión). Esto afirma mi teoría de la ubicación geográfica: estamos a más de quinientos kilómetros al norte de la frontera uruguaya.

Crucé el umbral y entré en el templo. La gente estaba allí, y eran los mismos de las noches anteriores. Algunos más, seguramente. Unos caminaban de un extremo de la nave central hasta el otro, de forma lenta pero inquieta. Otros dormitaban debajo de las naves laterales, dentro de una oscuridad más hermética. La luz no era poca (provenía de las ventanas laterales, a la altura del techo, y de la linterna sobre el altar). Afuera la luna brillaba con gran fuerza.

Preferí esconderme detrás de una columna para estudiar el terreno. Desde allí, advertí algo que aun me intriga. Al mirar hacia la puerta, vi cómo el pasillo se extendía hacia la izquierda y no hacia la derecha. (Hacia la izquierda había entrado al templo). Desde entonces no dejó de incomodarme esa simetría. Me sentía más perdido aun.

—Caníbales —dijo alguien—. Son caníbales. Moriremos de hambre, o ellos vendrán a darnos el golpe final. Yo les dije, les dije a todos. Estas son tierras del Demonio.

La voz era la de un hombre viejo y enfermo. Apenas lo distinguía en la oscuridad. No le hablaba a nadie:

—Vendrán sus sirvientes y nos arrancarán el corazón.

Alguien le ordenó callarse, pero el viejo siguió hablando:

—No quiero quedarme en esta tierra del demonio!

Tuve un frío presentimiento. Me acerqué para mirar: quedé petrificado: *era el Manco*.

—Si no cierra esa boca —dijo alguien con voz de traqueotomía— se la voy a cerrar yo— y se levantó. Pero otros lo sujetaron a tiempo. Lo obligaron a sentarse.

—Dejalo quieto. Ya se va a calmar.

—Falsa alarma —entró diciendo un muchacho. Me impresionó las proporciones de su cuerpo—. Nadie afuera. La gente se pone nerviosa y ve cualquier cosa.

—¿Y “ellos”? ¿Siguen ahí?

—...SÍ.

—Dios. Hasta cuando!

—Quiero morir en la hoguera; yo s☐ que puedo subir con el humo.

No puedo recordar qué tipo de diálogo mantenían los otros. SÍ recuerdo al de barba, furioso. Quería formar un grupo de hombres para salir a pelear. “Son muchos, cientos!”, decían algunos. Se referían a los indios tupí que amenazan la cárcel. “Mejor morir peleando”, insistía el de barba. El Manco repetía lo mismo, cada vez con voz más apagada: “Yo sé que puedo subir con el humo”.

Se mencionó a un tal Tebarizé, o Tabirizá. Era un tupí civilizado que estaba entre ellos. El de barba no quería escuchar nada acerca de él.

—Nadie puede elegir un mártir —ordenó el de barba—. Ese farsante y el cura explotan el miedo de la gente, y la gente no tiene fe, sólo miedo.

—Que salga el cura —propuso uno.

—SÍ, que salga. Le haremos un monumento. Diremos que fue un mártir.

Pude deslizarme a la zona más oscura de la sacristía. Había un Cristo de madera con una mano apoyada en el piso y la otra en la pared. Un murmullo ensordecedor provenía de la sala contigua. De a poco se fue haciendo más claro. “*...ait ipse salvator: qui iuxta me est, iuxta ignem est qui a me, longe est regno*”. Entraron en la sacristía. Una

docena de hombres vestidos con camisas blancas o celestes rodeaban al cura y al indio llamado Tebarizá, el único de piel oscura. El resto eran exageradamente pálidos y nerviosos. Miraban al indio y se pellizcaban las uñas. Adelantaban las cabezas como lo hacen los perros que temen el castigo de su amo.

—Cuando el hambre sea más grande que Dios —dijo el indio, levantando las manos como un pontífice (luego advertí que este gesto se lo había copiado al cura)—, entonces se comerán unos a otros.

—Santo Dios! —exclamó el cura persignándose.

—Yo no creo! —se atrevió a decir un hombre alto y calvo.

—También Tebariza corre peligro —dijo el cura—, pero él ha preferido quedarse con nosotros -como el indio, el cura ponía las manos a media altura, como en aquellas reproducciones baratas de cristos rubios—. Tebarizá está con nosotros. Hay que tener fe en él. ¿Quién puede conocer mejor su pueblo? Pueblo infiel y salvaje.

—Mi pueblo se marchará, sólo cuando hayan derramado sangre invasora en tierra sagrada.

—Pero quién será el elegido, sólo Dios lo sabe.

—Los más viejos que ya no están, conocían al hombre elegido. Y volverán para matarlo.

—¿Quién?

—¿Quién es?

El indio levantaba los brazos para ordenar silencio. Me hubiera gustado tener un revólver para hacer un poco de ruido entre esos imbéciles. Odio las supersticiones y no soporto la presencia de gente cobarde.

Me harté de aquel clima de imbéciles y salí. Seguí explorando. Noté con inquietud que comenzaba a amanecer. Volvía a tener problemas con mi pierna izquierda. Estaba excitado; sentía que se me acababa el tiempo para escapar. Mis músculos no respondían con suficiente velocidad. De la sacristía pasé a otra cámara por un pasillo estrecho (tan estrecho, que debí caminar de costado para pasarlo; podía ser un doble muro). En la cámara siguiente no había nadie, pero podía sentirse en el aire que había estado ocupado instantes antes. Se sentían unos pasos débiles. Salí al pasillo y vi a tres mujeres que se alejaban. Caminaban de prisa, casi como si huyeran de alguien. ¿Huían de mí?

Una de las mujeres era Victoria. La reconocí cuando miró hacia atrás. Debió verme, pero no se detuvo. Quise decir algo y no pude. Junté fuerzas para correr, como si debiera saltar sobre un foso de cinco metros, y caí de rodillas. No puede levantarme. Sobre mis hombros sostenía al mundo. Ella seguía caminando, indiferente. “Me están envenenando”, pensé. Caí de espaldas y me quedé inmóvil, mirando una grieta en el techo. No podía dejar de mirarla. La grieta amenazaba abrirse y parecía que el techo caería sobre mí. Tenía los músculos tiesos, estaba a punto de entrar en un nuevo colapso, cuando sentí que alguien se detenía a mi lado y volvía a desaparecer. Luego regresaba con otras personas y me rodeaban. Una de ellas lloraba. Era una voz de mujer que decía “Qué injusticia”.

Vi a los guardias que se acercaban por un extremo del corredor. Intenté avisarles; “ahí vienen”, llegué a balbucear. La voz del cura repetía en voz baja una advertencia temeraria (recuerdo haberla escuchado antes en la abadía de Fontenay): “*Omnia quae visibiliter fiunt in hoc mundo, possunt firei per daemones (Todo lo que ocurre visiblemente en este mundo, puede ser hecho por los demonios)*”. Nuevamente los guardias se ocuparon de regresarme a la celda. Esta vez sin violencia.

¿Qué nueva forma de tortura ensayan ahora? No quiero sacar conclusiones apresuradas. Sólo registro con cuidado todo lo que se me ha dado presenciar. No pierdo

la lucidez. Mi memoria se recupera. Por momentos vuelvo a ser aquel memorioso que sorprendía a mis propios compañeros de la logia, con la evocación imposible de datos. Quizá pueda reconstruir momentos claves de mi vida, hasta ahora perdidos en la oscuridad.

XIV

Diciembre

En mayo de 1973, en Montevideo, se encontraban los dos agentes de la CIA, AVOID-9 y POURSE-2. Poco tiempo atrás habían actuado en Buenos Aires y, casi con seguridad, fueron los responsables del atentado a la Unión Obrera Metalúrgica. Algunos datos nos hacían pensar que estarían infiltrados dentro de las escuadras secretas de defensa del PCU. También era probable encontrarlos dentro del MIR. No era nada fácil ocuparse al mismo tiempo de estos dos grupos; los pro-chinos se movían en las zonas rurales. La especialidad de estas cucarachas de la CIA era el tráfico de información. El nombre del activista sindical llegaba a manos del comisario de turno, y la policía se encargaba de torturar al acusado para completar la información. En estas sesiones participaba, naturalmente, alguna de las cucarachas. Nunca dudaron que América les pertenecía.

En Montevideo, me hice amigo de un muchacho que se llamaba Vasallo. Lo conocí personalmente en la fiesta de casamiento del Carrasco Lawn, aunque ya tenía datos previos de él. Era un tipo pálido y de barba escasa (el único que no llevaba corbata). Pese a todo, discreto. Me hablaron de él, de Clara W., y de dos elementos más que no vienen al caso. En la fiesta me fue relativamente fácil entrar en contacto con él. Sin los datos previos lo hubiese reconocido. Desentonaba. Su romanticismo revolucionario se dejaba ver en cualquier pequeño gesto de aprobación o reprobación. Seguro estaba allí gracias a algún amigo de los novios y por consejo expreso de Vladimir Ilich Ulianov. Cuando fue en busca del mozo que servía los whiskies, me crucé con él. Mientras el mozo sacudía el *100 Pipers* sobre su vaso, lancé, entre él y el mozo, tres o cuatro adjetivos comunes en la literatura marxista. De esa forma me gané su confianza en el acto. En seguida, se desahogó burlándose de aquel *lumpenaje plusvalioso y pequeñoburgués que supervivía del Ejército Industrial de Reserva*.

Conocí el sótano donde se reunía con sus amigos. Me hice apreciar demostrándoles (con discreción) ciertos conocimientos sobre Montoneros, los peronistas y las organizaciones sindicales en Argentina. Recuerdo las reuniones del sótano: lo más sagrado y fascinante era la misma clandestinidad, la fuerza purificadora que significaba luchar contra el Tirano. Se reunían en torno de un farol a kerosene y leían las novedades. Yo los llamaba “poetas” y ellos se molestaban. Preferían el calificativo de “Científicos”, en el mismo sentido con que se había usado la palabra en el siglo XIX para distinguir a Marx de los utópicos. Una de las poetisas se llamaba Natalia. No escribía; usaba jeans gastados, combinaba la pasión hippie con la dialéctica hegeliana, compartía el queso y el pan, la misma penumbra. Como los cristianos que adoran imágenes, Natalia era una marxista hereje: creía en Dios. “Hay que tomar partido —decía—. Es imposible hacerse querer por todo el mundo. Ya hubo un hombre bueno, virtuoso que amó a todos por igual. En una palabra, ya hubo un Hombre Perfecto, —apretó el ceño, me miró y agregó: —lo crucificaron ¿no?”. Era exageradamente hermosa y nada revelaba en ella un apetito sexual oculto. Eran perdidamente adolescentes,

tenían esa capacidad superior para generar y recibir altas descargas de vida. Muchachos de clase media, insatisfechos por diferentes motivos. Para ellos la pobreza era un (viejo) camino de purificación. Un camino cristiano, aunque ateo. Jóvenes sacerdotes de una religión sin dioses. Por sus temperamentos, quizá, carecían de las condiciones que tienen los ortodoxos para no pensar. Podían tolerar cualquier expresión que cayera fuera del dogma. Yo les decía: jamás podría eliminar a un hermano aunque pusiera en peligro la Revolución (Había oído muchas veces la afirmación contraria en boca de ortodoxos) "¿Por qué habría de ser democrático con mis sentimientos?", les decía yo y se largaban reír. En otra oportunidad comparaba sus barbas con la de Marx, y de ahí deducía la frustración de los revolucionarios bolivianos, en su mayoría lampiños. Se divertían. También recuerdo un cuadro de Lenin, aquella famosa fotografía en la que el doctor se inclina desde una tarima hacia su pueblo. (En nuestro mundo materialista y ateo, las personas pueden poseer ídolos humanos a los que admiran y veneran. Lo malo de esta clase de divinidades es que no son eternas. Lo peor no es que se mueran, sino que nos defrauden o que nosotros mismos perdamos de un día para el otro la fe en ellos, sin el menor pudor espiritual. Por otra parte, los hombres que llegan a convertirse en dioses (estrellas del cine, de la música), se deprimen, se drogan y finalmente se suicidan. Son los únicos que llegan a presentir el error y no lo soportan).

Los muchachos tenían sus conexiones en Montevideo, como lo habíamos previsto. Un día Vasallo me informó sobre una Cumbre de organizaciones revolucionarias que se haría en Carrasco. La habían llamado, pomposamente, "Cumbre del Cono Sur", o algo parecido. Acepté la invitación.

Quedamos de encontrarnos en el Parque Rodó, frente a la estatua de Confucio, a las seis.

Una hora antes fui a esperar el ómnibus en una esquina cerca del Teatro Solís. Como de costumbre, mientras esperaba repasé los titulares de los diarios del quiosco. Casi lo primero que leí fue el anuncio de un crimen. PAREJA ARGENTINA ASESINADA EN HOTEL CÉNTRICO DE MONTEVIDEO. Móvil del crimen: robo. Pero todo era falso, incluso los nombres de las víctimas. Una foto sin eufemismos mostraba el rostro de Selva Wittenberger con los ojos clavados en alguna parte del techo y con una mancha oscura atravesándole la frente. Un poco más al fondo y de espaldas, el cuerpo de Chabalgoity.

Automáticamente, subí a un ómnibus que decía PARQUE RODÓ. Sin darme cuenta de lo que hacía, de pronto me encontré frente a la estatua de Confucio. No podía dejar de pensar en ellos, en el último encuentro, en la reunión fracasada. Pensé, recordé; Nietzsche nos había prometido que nos volveríamos a ver en aquel café de Viena, en el apartamento del Once. Todo por una pretendida finitud de los elementos que componen el Universo; antes del reencuentro, había que imaginar el vastísimo estado caótico que debía seguir a este tipo de orden, como un rompecabezas deshecho, como una Viena Confucio, pensar nos que Wittenberg Chabalger aVie yqu est dos rtO tzsch ta hasta que el tiempo nos rehaga nuevamente.

En la base de la estatua, una inscripción en chino y en español recordaba algunas intenciones de Confucio. Se refería a la igualdad y a los derechos del hombre. Más abajo, un graffiti decía:

MEJOR NO HABLAR
DE CIERTAS COSAS

XV

Miraba el río, hacia Buenos Aires y no podía dejar de pensar en ellos. Allá estaba La Boca, un café en una esquina de Aristóbulo del Valle. Tomábamos algo con el grupo de María José, hablábamos de antiguos viajes. Volvía a escuchar la voz de Selva en su apartamento del Once, sus discos. Chuck Bery, Jerry Lee Lewis, Sam Cooke, Bob Dylan. A mí no me gustaban; sólo me fascinaba la distancia en el tiempo que los separaba de nosotros. "La música triste —decía ella— es la geometría del llanto; la alegre, de la risa". "No me hablés de geometría —le decía yo, un poco en broma— Chabalgoity te tiene contaminado con el pensamiento masónico. ¿Qué pasa con una vieja rock'n roll que se muere de risa en la batería pero termina por volverse melancólica en la memoria?". No respondía. Exhalaba el humo del cigarrillo y se quedaba mirando por la ventana. Debía tener casi cuarenta y no perdía su figura de la juventud. Chabalgoity la adoraba, aunque nunca dejó que nadie lo supiera.

—Ocurre con esas revistas frívolas —proponía yo—, en donde un mono de la farándula aparece en la tapa haciendo alguna pavada, luciendo alguna nueva moda de verano, algo hecho para un tiempo efímero.

—Qué impiadoso es el tiempo con la frivolidad!

—Si la frivolidad tuviera una memoria, digamos una memoria proustiana, también sería trágica y profunda.

Mientras hablaba no dejaba de mirar a la ciudad. Su rostro se coloreaba con las últimas luces del atardecer.

—Quizá por eso mismo —decía—, hay gente que le tiene repulsión a ese tipo de publicaciones cuando ya tienen unos añitos y sus páginas se van poniendo amarillas. ¿Vos no?

—¿Yo? Por el contrario, las estudio en detalle. Me emociona la estupidez sentada al borde de una piscina, con un Martina en la mano. La miro a través de diez fatídicas vueltas al Sol y les digo no sabés la que te espera.

—En el fondo sos maligno —decía— y se ponía a buscar una revista en un cajón, como si se pudiese verificar objetivamente lo que le decía.

—Por piedad, ese tipo de publicaciones debería incluir un mecanismo de autodestrucción. Una célula termoeléctrica, por ejemplo, que se active con el primer frío del invierno. ¿No te parece?

—Fantástico.

Una mañana la encontraba en el Jardín Botánico. Se compadecía de los animales abandonados.

—¿Nunca viste a un perro revisando la bolsa de la basura?

—Claro.

—Apenas se dan cuenta de que lo están mirando, disparan asustados como miserables ladrones. Dan ganas de decirles, "no, la ladrona soy yo. Yo y el resto de mi especie que los ha condenado a esta incomprensible naturaleza de asfalto caliente y hormigón. Debemos ser los demonios que ellos veneran. Mirá, qué suerte decadente han tenido los animales en nuestra historia; de dioses totémicos a seres inferiores y sin alma.

Si en ese momento hubiesen aparecido Vassallo y sus amigos, los hubiese mandado al diablo. Sólo quería mirar el río, seguir el movimiento grave del sol que comenzaba a caer sobre Buenos Aires. Sentí aquella angustia, la soledad tomando su forma permanente, esa forma que sólo se logra con los años: la nostalgia. Nostalgia de la irremediable pérdida de los segundos. Como los barcos que recorrían el horizonte plateado: parecían manchas pálidas e inmóviles; y sin embargo, pasaban. Tiempo, mar,

movimiento estático, espíritu, canto del poeta. Inalcanzable lejanía, misteriosa profundidad. En el mar está la metáfora de nuestra existencia: el horizonte. Del otro lado Buenos Aires. Todo su presente era mi pasado. ¿Cuántos en ese mismo instante estarían mirando hacia Montevideo? ¿Cuántos estarían escribiendo en ese momento "*La isla desierta*" o inventando otra más perdida, en algún lugar del Pacífico (con una máquina de eternizar las apariencias, eso que tanto se parecería a la memoria si le quitáramos su capacidad de vivir y de cambiar)? ¿Y cuántos huyendo a Uqbar? No quería estar ahí. Quería ser pasado, el recuerdo de una escritura. Estar en el horizonte. (Tiempo y lejanía. Por esas dos condiciones del espíritu, Proust y Wilde llegan a ser trágicos; y Kafka, disfrutable).

Vassallo y sus amigos llegaron. Aunque intenté ocultar mi verdadero estado de ánimo, no debí lograrlo, porque Vassallo balbuceó, con timidez:

—Disculpe la demora.

XVI

Fuimos en ómnibus por la rambla. Casi no hablamos durante el camino. Los muchachos parecían nerviosos o descontentos por algún imprevisto. Yo tampoco quería decir nada. Seguía pensando en abandonarlo todo; lo que seguía era para mí como la carrera de un gallo degollado. Nada que hacer. Y no podía dejar de pensar en ellos. La imagen de Selva en la ventana volvía a repetirse con furiosa nitidez.

—Si mirás por la ventana —la escuchaba decir, con esa forma pausada y reflexiva tan propia de ella—, y ves un accidente, o un crimen, no podrás escapar a la escena. Por más lejos que te encuentres. Por más satélites que te separen de Viet-Nam, estarás comprometido.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—En el sentido que diferencia a Prometeo de Tupac-Amaru, a Alejandra Vidal Olmos de Ana Frank. La realidad cuenta con tantos tentáculos! Insospechados miembros pegajosos que te toman por todos lados. Sólo en el arte estos tentáculos no existen, o han sido cortados.

De a poco, iban apareciendo magníficos chalets, enrojecidos por el último sol, duplicado en el río. De vez en cuando Washington preguntaba: "Pero ¿qué hora es, che?"

—De otra forma —seguía diciendo Selva, encendiendo un cigarrillo y sentándose a medias en la ventana—, Hamlet sería una masacre muy diferente a lo que pretendió Shakespeare. Nadie desde su butaca ignora que los actores sobrevivirán a la última escena. —¿No te parece? Se reía y miraba hacia adentro con esfuerzo porque la habitación comenzaba a oscurecerse. —A la realidad sólo le queda una oportunidad para competir con el arte: que se vuelva pasado, símbolo distante, definitivamente impreciso.

—¿Que se vuelva mito?

—Eso es.

—Entonces tal vez sí Tupac-Amaru, Kennedy, Bob Dylan, Marilyn, Gardel y Evita se asemejen un poco o bastante a Prometeo, a Werther ¿no?

—Sí.

Selva se esforzaba siempre por ocultar su percepción romántica de las cosas. Estaba empapada de la bohemia existencialista: vestía casi siempre de negro, leía en francés a aquellos gigantes. No nos diferenciaba Dios sino la forma de no tener fe. Ella

era atea y yo dudaba de todo. "¿Cómo se puede vivir siendo tan escéptico —decía— mi pirrónico?" Pero al final logré infectar su indoblegable ateísmo con la duda.

—La escena, la orquesta, el ditirambo que le grita su verdad al público son el más allá. La verdad de la tragedia consiste en la expresión artística de la tragedia de la verdad. Una es el más allá, la otra puro y angustiante presente; es aquí y ahora.

—No sé para qué traje este buzo —se quejaba Washington. El amigo de Vassallo era un moreno de labios finos. El sudor le corría por todo el rostro. En frente a mí, un hombre había sacado un cigarrillo y jugaba con él. No se animaba a encenderlo.

El arte es el medio por el cual el hombre se evade del presente. Se bajaba de la ventana y se sentaba en el piso. Pero hay que reconocer que toda definición es una simplificación, un pecado del intelecto. Los libros que estaban en el piso eran los últimos que había leído, seguramente. El hombre se ha pasado la Historia inventando islas perdidas en tiempos remotos. Once upon a time there was a king who had a daughter... Y todo aquello que está en el horizonte, (in)justo allí donde la realidad pierde su elocuencia y se hace inalcanzable. Mitos, leyendas, historias fantásticas y sueños realistas. Allí donde todo es pasado o futuro (nostalgia y esperanza), pero nunca presente; allí donde pueden estar el Paraíso y la Tierra Prometida. Deduzco que el Infierno es el presente, decía acomodándose entre los almohadones. Para el Islam, el Infierno es de fuego, es decir, el sol del desierto, el presente. Habrás leído el Corán. No mucho. En el paraíso corren ríos de agua fresca entre deliciosas sombras. Si Mahoma hubiese nacido en Siberia, ¿qué sería el Infierno? Un témpano de hielo. Correcto. Se reía. Algo semejante al infierno que la KGB acondicionó en la llanura Artica para alojar a los infieles. ¿Te acordás del Patio de los Leones, en La Alhambra? Cómo no; lo recorrimos juntos. Ahí está esa recurrencia al agua, en las fuentes, en los canales (ríos geométricos) corriendo ente columnas esbeltas que terminan en capiteles como palmeras datileras. Todo un oasis simbólico, ideal, imagen indudable del paraíso entre los mahometanos. Arte, sueños, religión. La mirada del hombre puesta en el *más allá*, con dioses o sin dioses. Esperá un poco; démosle una perspectiva psicológica al asunto. Bueno. El pensamiento analógico, transgresor y asociativo rige tanto en el arte como en los sueños; la memoria recicla los recuerdos de la profunda infancia y hasta de siglos anteriores. Recuerdos prenatales. Ay, me encanta eso. Pero el existencialismo me lo prohíbe. En lugar de soles prenatales, como el flaco Bioy Casares, hablemos de *les images hypnagogiques*. Como una sombra, iba a la cocina y abría la heladera. Se quedaba un momento examinándola o pensando en algo, y finalmente sacaba unos cubitos de hielo. Cerraba y la oscuridad volvía con más fuerza. Yo descansaba yendo a ese apartamento que ella consideraba aburrido. Ella estaba rodeada de su presente y yo liberado del mío. ¿Qué hora es, ché? No llegamos más. El tipo del cigarrillo se animó a encenderlo poco antes de bajar. Pero la vida comúnmente se desarrolla en un escenario intermedio sin los paraísos y los infiernos imaginados por los hombres. El presente nunca será el Paraíso, eso es cierto, pero tampoco el Infierno. No, mientras incluya un horizonte, ese lugar en donde estarás vos un día cuando te recuerde. No hay imagen tenebrosa que incluya un horizonte. Miraba por la ventana; se hacía de noche. Podés recorrer los museos del mundo. Verás las imágenes más horribles que, como las pesadillas, la angustia, son un apretado Aquí. El Gehena es una mansión tenebrosa; el Infierno, un laberinto subterráneo: ambas expresiones de lugares cerrados. El significado más doloroso del horizonte (corregime si me equivoco) podrá ser la soledad, sí, pero no la peor de las soledades, ya que habrá un sueño, una esperanza: el más allá. Se levantaba y volvía a mirar Buenos Aires. La ciudad se extendía en millones de

lucecitas bajo un cielo violeta. Bajamos en un lugar de la rambla en donde había un médano. Subía de la playa hasta invadir la vereda; debía tener dos metros de alto.

—Tenemos que caminar un poco -dijo Vassallo después de examinar un papel doblado en cuatro. Un dibujo con algunas indicaciones ilegibles. Debían ser del "Ruso", el único contacto que tenían los muchachos con el MLN.

No me despedí de ellos como había pensado. Sentí lástima al verlos tan nerviosos por nada. No podía abandonarlos ahora.

XVII

Have more than showest,
Speak less than thou knowest,
Lend less than thou owest.

So we'll live,
And pray, and sing, and tell old tales, and laugh
At gilded butterflies, and hear poor rouges
Talk of court news; and we'll talk with them too-
Who loses and who wins; who's in, who's out,
And take upon's the mystery of things,
As if we were God's spies; and we'll wear out,
In a walled prison, packs and sects of great ones,
That ebb and flow by the moon.

XVIII

El lugar de la famosa reunión era un chalet de dos o tres niveles, con un juego soberbio de techos inclinados. No era el único de ese estilo; todo el barrio era una verdadera danza de pavos reales, en la que participaban dueños y arquitectos. Olor a césped recién cortado, a leña quemada, a barrio rico. Predominaba el tipo de mayor valor estético: rubio; gallegos o vascos, ario o judío, con preferencia por el sajón. En la clase alta (decía Chabalgoity) predominan las mujeres bonitas, porque es un problema de oferta y demanda. Los que vencen en la lucha darviniana son los más aptos: los que pueden comprarlo todo. (En una mujer ambiciosa, la inteligencia vale un carajo al lado de la belleza física). En la teoría de Darwin, como en la de Freud, se subestima a la mujer. Olvidan el parámetro Estética. Alguien se preguntaré qué pasa con la familia real inglesa y en el resto de la nobleza europea, en las cuales las princesas son las más brujas. Chabalgoity: Fácil; en la nobleza como en los sistemas de castas existe una situación monopólica.

También Washington estaba molesto. ¿Cómo se puede hacer una reunión de revolucionarios en un lugar como aquel?

—Sí, es esa —confirmó Vassallo en el papelito.

Nos atendió una morena con una enorme sonrisa blanca. Nos dijo que esperásemos allí, indicándonos una sala amplísima con sillones y almohadones blancos. Apenas nos sentamos, quedamos hundidos en una posición de astronautas. "Psicológicamente atrapados". Hablamos de nombres uruguayos. Washington se

avergonzaba como proletario de su nombre; debían haber tantos Wilson, Wilmar, William, Christopher, seguidos de apellidos gallegos.

—Cuando era niño —lo oí decir a Vassallo— quería escuchar decir a los ricos que de verdad eran felices. Necesitaba pensar que el Paraíso era posible en la Tierra.

De una puerta apareció un tipo con un cigarrillo en una mano y una vaso con whisky en la otra. Con un gesto papal nos evitó el inútil esfuerzo de levantarnos.

Buenas noches, señores.

Por un momento pensamos que nos habíamos equivocado de dirección. Nos extendió una mano flácida con una sonrisa del mismo género.

—Los otros deben estar por llegar —dijo.

Vassallo respondió en silencio con un gesto ambiguo de fastidio o de modestia. Washington intentaba disimular la turbación que le provocaba la sirvienta morena. Tenía los ojos húmedos y, de ser blanco, se diría que estaba colorado. Parecía una estatua que podía mover los párpados, inquietos cuando ella se acercaba. Era linda la negra. Es a ese tipo de situaciones embarazosas a la que están expuestas las minorías que resultan evidentes.

El tipo del vaso se llamaba Herman (con acento en la *e*, y con una fuerte concavidad en la lengua). No quería adelantar la reunión con presentaciones. De todas formas, aquella presentación servía para saber que allí se iba a realizar una reunión. Quedaba por saber si tenía algo que ver con el proletariado y la lucha de clases, con los santos mártires y la guerra santa.

—Pónganse cómodos, eh? —ordenó y se fue como un sonámbulo.

—Tiene un acento apátrida —dijo Vasallo. Cuando el sonámbulo abrió la puerta por la que había aparecido, volvió a escucharse un ruido divertido, como de fiesta. Se repitió cuando otro fue en busca de una botella de *Mumum Rouge*.

—Ah, hmmm —dijo al vernos—. Sírvales Paula.

Los tres rechazamos la oferta.

A través de una pared de vidrio se podía ver una piscina. Un microclima tropical, seguramente importado de las islas Fidji. Antes de oscurecer del todo, encendieron unas luces de mercurio que le dieron un aire cinematográfico a la escena. En seguida, dos mujeres entraron al agua. Al mismo tiempo, dos bichos raros salían por donde había entrado Herman. Nos dieron las manos y se presentaron con nombres vagos. Uno de ellos sacó unas fotos de una carpeta y se las mostró al otro. Discutían acerca de una publicación que había sido prohibida en Centroamérica. Después pasaron a los pormenores de otro periódico y al resurgimiento de no sé qué propaganda revolucionaria. (Efectivamente, era una reunión de organizaciones revolucionarias). Nos pasaron las fotos. En una, el tipo de la carpeta aparecía con Fidel, entre la multitud, en cierta posición que no hacía pensar, como se pretendía, en alguna relación entre ambos.

—Ni sabés lo que cuesta una entrevista con Fidel —dijo. Recuerdo con especial molestia sus uñas comidas. Las pellizcaba con obsesión. Sus manos, sus brazos y el resto de su cuerpo parecían flácidos, inconsistentes. Estaba seguro de que era homosexual; toda su cara, sus labios gelatinosos, sus manos blancas, parecían las víctimas de algún tormento psicológico que había barrido con toda fibra rígida. Unas visibles arrugas le caían del ojo izquierdo, lo que denunciaba alguna profesión de fotógrafo o agrimensor. Tenía un pelo cobrizo que acomodaba detrás de una oreja mientras seguía diciendo cosas como : —Claro, siempre está de reunión de ministros. Es imposible hablar con él. Llegar hasta allá arriba es una odisea kafkiana.

—¿Odisea kafkiana?

—De reunión de ministros, cuando no está con algún Tennessee Williams —dijo el gordito, con un gesto obsceno. Se refería a las costumbres del norteamericano, lo que, según él, justificaba la entrevista. De ahí siguieron con la ineficacia de las letras en el país *yankee* para nombrar ríos, de traducciones, etcétera. Se notaba que el pelirrojo era una autoridad entre ellos, o el gordito era un alcahuete por naturaleza. Hablaban para nosotros que no interveníamos en nada. Es muy cómico ver cómo en una reunión de cofradía la gente es capaz de ponerse de acuerdo aun sosteniendo lo contrario. Si alguien se tomara la molestia de escribir lo que se dice en esas ocasiones, vería en cuánto se parece a un diálogo de sordos.

En cierto momento, por alguna razón, el gordito le advirtió al otro que entre los convocados llegaría un tal Enrique, que era judío.

—No pasa nada —dijo, con obviedad—. No soy racista.

Cuando llegó el tal Enrique, se apresuró a darle la mano; luego le palmó la espalda. El pelirrojo debía ser uno de esos charlatanes que necesitan hacerse amigos judíos porque no los soportan en conjunto. Después, por alguna de sus expresiones más conocidas, le preguntan "¿Acaso sos racista?", a lo que descaradamente responden: "¿Yo? Para nada. Si hasta tengo amigos judíos". Pero después, entre los indecisos, dejan deslizar la conocida frase: "Si los judíos son tan odiados, por algo será". Reflexión insana que toma al propio odio colectivo como la consecuencia lógica y democrática de lo que se quiere probar. (He escuchado a algunos judíos argumentar de la misma forma al referirse a los conflictos árabes). Mientras tanto los judíos siguen repitiendo que también ellos son seres humanos. No advierten que repetir algo demasiado obvio es infectarlo de duda.

XIX

A ritmo lento y sostenido fue cayendo gente a la reunión; entre ellos, un grupo de conocidos de Vassallo. Respiró cuando los vio entrar; la atmósfera estaba muy espesa para él. Por un lado aparecieron los revolucionarios distinguidos y por el otro los más humildes; por un lado los que parecían obreros de la construcción y por el otro los que tenían menos de veinticinco. (Es una invariable psicológica y social: *los integrantes de una sociedad se identifican por sus diferencias*).

Uno de los amigos de Vassallo era un tal Martillo. Me lo presentó como a un compatriota mío (no podía con su acento arrabalero). El termo y el mate, y una barba más espesa no me dificultaron el reconocimiento. Fingí no conocerlo de antes, y él hizo lo mismo. Martillo cambiaba de apodo como de ropa, aunque todos tenían algo en común: sonaban a algo contundente, concreto y simbólico. Claro que lo conocía. Un muchacho extremista y lleno de entusiasmo; una víctima del maniqueísmo de las norcomadrejas. En aquel tiempo, Martillo nos tenía gran desconfianza. Lo recuerdo de su intervención en el "Cordobazo". Ultimamente estaba trabajando en el caso Brandazza. Pertenecía al comando Luis Pujals, del ERP. Con el secuestro del policía Colombo habían descubierto los nombres y apellidos de los asesinos del estudiante. Reconocimos un buen trabajo. Eso fue por noviembre del 72; en el momento en que nos volvimos a encontrar en el chalet de Carrasco, estaban por publicar la lista de los implicados, en Buenos Aires. "Pero hay novedades —alcanzó a decirme antes de que comenzara la reunión— Osinde y el general Iñíguez preparan algo muy gordo". No alcanzó a terminar porque el pelirrojo volvió a sentarse en su lugar, frente a nosotros.

"Después te cuento" —dijo, y nunca más volví a hablar con él. Días más tarde comprendí que se trataba de la matanza que los gorilas preparaban en Ezeiza, al regreso de Perón.

—Gran invento éste del termo —había dicho Martillo para cubrir los últimos ecos del asunto Iñíguez—. En una reunión como ésta, un lumpen me cantó que sólo tomaban mate los atorrantes. Pero resulta que casi todos tomamos mates. Es decir, no? Claro, los alemanes se chupan barriles de cerveza de una sola sentada. Y ¿qué hacen mientras toman cerveza? ¿Trabajan? Pero los alemanes son los alemanes, me dijo el careta.

El pelirrojo había seguido estas palabras con mirada sobradora, la que cambió cuando sonó el timbre. Dio un saltito alegre, como si hubiese reconocido al que llamaba por la forma de hacerlo. Y sí, era otro conocido suyo, otro de aspecto nórdico, con gabardina verde. Venía de Suecia, y en una hora debía irse porque tenía otra reunión no sé dónde. Desde que llegó no dejó de quejarse sobre lo difícil que era conseguir mujeres feas en Estocolmo.

—Aquí tenemos lo nuestro —replicó Herman—. Las de Bogotá son hmmm buenas, eh?

—No, no —insistía el Recién Llegado pasándose la mano por la frente hasta unas pelusas que le quedaban allá arriba, como si le costase un terrible esfuerzo mental explicarse—. Quiero decir que las suecas son per-fec-tas. Verdaderos cuerpos platónicos. Y qué culos, por Dios!

Herman se rió en silencio, mostrando las muelas de juicio. El pelirrojo miró para otro lado. Estaba molesto por algo, nervioso. Cada tanto miraba al R. Ll. y se comía las uñas.

—Creo que los astrofísicos llaman a eso un *Punto Singular*. Quien ha estado cerca sabe de lo que hablo: todo converge hacia allí; la luz no escapa, el tiempo no existe, se detiene, el espacio se curva y lo devora todo.

—Siempre mujeriego, Gaby —creo que Herman lo había llamado así— ¿No podés pensar en otra cosa?

—SÍ, yo pienso en otras cosas. Pero siempre veo culos. Y qué le voy a hacer? Un amigo en Berkeley me decía que yo (ab)usaba de un tipo de pensamiento que podría llamarse "hiperbólico". It's rather difficult to explain; creo que había desarrollado toda una Tipología del Pensamiento, basado en homología de estructuras. El hiperbólico, for example, es propio de la mayor parte del humor del siglo XX, del surrealismo daliliano, etcétera. Another example: Paradójico: conformado, a su vez, por otros géneros del tipo Latente, propio de los grandes cerebros de la Modernidad, de los revolucionarios del pensamiento: Sócrates, Descartes, Darwin, y el desconocido genio de Ulm. Una paradoja se produce cuando distintas concepciones se integran en una misma expresión. Por ejemplo, "relatividad de la simultaneidad", por citar un caso conocido y breve. El conflicto conceptual, más que semántico, se resuelve eliminando la paradoja. Pero es de ésta (de su propia voluntad!) que surge el nuevo Paradigma, por usar una palabra de mister Kuhn. Dentro del Paradigma (y en oposición al pensamiento Paradójico), funciona el Analógico, propiedad compartida no sólo por artistas, sino por científicos y filósofos. This is perfectly understandable. La dialéctica, decía este amigo de Berkeley, surgió del *Paradoxical Thought*. Pensemos en aquellos jóvenes de hace veinticinco siglos atrás, extasiándose ante la demostración de la inmortalidad del alma, razón mediante. Semejante al caso de nuestros adolescentes cuando descubren la física postnewtoniana. Están más dispuestos a "creer", cuanto más disparatada sea la proposición. Y cuánto le debe la ciencia a estos disparates! A los muchachos les fascina escuchar hablar sobre la dilatación del tiempo, sobre que un electrón es capaz de atravesar un mismo plano por dos puntos diferentes al mismo tiempo.

A esa altura, el Recién Llegado había capturado la audiencia de una docena de curiosos y de otros involuntarios. Hablaba cada vez con mayor rapidez. Herman lo observaba con una sonrisa.

—El hombre viejo, en cambio —seguía entusiasmado—, es más realista. Tanto como para afirmar, como un abuelo mío, que la llegada a la Luna fue un truco de Hollywood. Con los años, uno se va volviendo pragmático, es decir,

d
e
c
a
d
e
n
t
e, pero apto. De a poco, uno va vendiendo su alma al Diablo. Por aquí, un atleta se envenena a cambio de una medalla en una olimpíada; por allá, un Papa hace cálculos para ingresar al Paraíso con la teoría del mínimo esfuerzo. Bueno, pero no me aparto del tema. Como decía, mi amigo de Berkeley tenía otros tipos en su Encyclopædia. Monsieur Descartes: La distancia entre las paredes de un vaso lleno de vacío es igual a cero (P. P.). *Abstract Thought*: combinación de conceptos concretos a pesar o por su incompatibilidad; Latent T.: Freud, Marx... En fin, la serie es infinita, ya que para cada adjetivo existe un tipo, y para cada sustantivo también, pues posee su correlativa adjetivación.

—Hmmm, interesante, eh? —observó Herman, un poco cansado. Pero el R. Ll. con esa coma recuperó el aliento y siguió:

—¿En qué estaba? Ah, sí, en que hoy en día la gente normal sabe más de sí misma y de su pasado arcaico gracias a los neuróticos, ya que éstos fueron al psicoanálisis como las guerras a las ciencias físicas. Un hecho misterioso por demás, eh? Y: uno de los

—Sin duda, ah!

progresos de Jung, por ejemplo (lo decía él, yo me lavo las manos), consistía en haber superado el tipo de pensamiento positivista inventando otro que tal vez lo incluya en su Encyclopædia, dentro de *inductivo*: la demostración por el hastío. Consiste en la exposición de uno y otro caso clínico hasta que el científico logra convencerte por aburrimiento. Si el loco en cuestión se cura then la teoría es correcta. Parecido a esos modelos de química que permiten predecir resultados por caminos irreales. Al fin y al cabo, qué tanto joder, una teoría no es más que una concepción que vincula la hipótesis con la tesis, la intuición con la realidad. Claro! que de importar sólo los resultados habría que elevar a la categoría de científicos también a los curanderos que, como se sabe, también curan, aunque más barato. Y con la apreciable ventaja de que un brujito de mierda nunca arrinconará al inconsciente bajo la luz hereje del análisis. Yo, por ejemplo, he notado que desde que interpreto mis propios sueños, éstos se han vuelto más sutiles, sofisticados, semiológicos!

—Claro, hmmm —interrumpió otra vez Herman, siempre murmurando— hay que esconder tanta inmoralidad, nh?

El Recién Llegado soltó una carcajada y le puso una mano en el hombro. El pelirrojo se levantó furioso y se fue.

—Es incalculable... —siguió el R. Ll., cambiando de ánimo—, incalculable el prestigio que cedió la conciencia al inconsciente mientras invadía su territorio, como un

caballero... Como un caballero que entra en un prostíbulo recitando un poema de Bécquer.

Dejó el vaso en la mesa enana y se fue al barcito; se llenó otro, lo tomó de un solo trago y desapareció por una de las puertas del fondo. Herman comentaba sus ocurrencias. En realidad, el "amigo de Berkeley" no era otro que Souberbielle. Como era de esperar, se encontraba en la reunión. Yo mantenía con él una larga enemistad. "El mundo es cada vez más chico", había comentado Herman con poca originalidad, a lo que Souberbielle contestó:

—El tamaño del mundo está en directa proporción al I. Q. de cada uno y al *Q. I.* de cada una. El mundo puede ser tan grande como un pañuelo (pensar en una vaca) o tan pequeño como el infinito.

El Recién Llegado estaba con el pelirrojo, en un rincón del patio. Discutían detrás de unas plantas de hojas gigantes. El pelirrojo se apretaba la cara con las manos, volvía a comerse las uñas, ahora con desesperación. Finalmente salió corriendo por el borde de la piscina y cruzó delante de la pared de vidrio con el rostro cruzado de lágrimas. Estaba rojo como su pelo. Debió salir por los garajes, o quizá subió a alguna de las habitaciones. El R. Ll. volvió al bar para tomar otra dosis del amnésico etiqueta negra. Al rato ya estaba repuesto y pronto para seguir hablando de las suecas y otros culos.

XX

Una de las mujeres de la piscina era Victoria; lo pude confirmar cuando entró a la sala con el pelo mojado. Debió reconocerme desde el principio, ya que evitó acercarse al grupo en donde estaba yo. Se puso de espaldas mientras pudo; mucho después acudió a una señal de Herman y se sentó en su posabrazos.

—Y después dicen que las del norte no tienen sangre —exclamaba el Recién Llegado, teatralmente— Pero por favor! Son de fuego. Claro, lo necesitan para sobrevivir al frío.

Fue cuando ella se decidió a hablar: —¿Te parece buen momento para hablar de esas cosas?

—Nunca es mal momento para hablar de la belleza, cariño —replicó con elocuencia, como fingiendo no comprender claramente la pregunta, o dando a entender que era tonta—. *First, les raisons du coeur!*, como decía el amigo Blaise —hizo un ademán obsceno para continuar—: *Les raisons du Q*, como hubiera dicho el amigo Duchamp.

—Estás viajando mucho —dijo Jacques Souberbielle, en su pose más clásica: recostado al sillón y jugando con sus bigotes tipo Vaz Ferreira.

—Por eso mismo puedo hablar con propiedad —siguió el R. Ll.— A ver, díganme qué sería de nuestra futura política de turismo si dejamos estos problemas a la mersa? Yo propongo (y ¿qué mejor momento que este?) fomentar la inmigración de bellezas al país. ¿Cómo? Disponiendo de una planificación seria, global, que entienda de psicología genital. En dicho plan se

—SÍ que tenía razón tu amigo de Berkeley.

diseñarán actuaciones puntuales. Por ejemplo: ubicar un negro feo (pero BIEN feo, no como el amigo aquí presente) en cada esquina de Punta del Este. Dichos elementos se podrán reclutar por medio de algún concurso a nivel continental, o importarlos directamente de *Rwanda*. De esta forma nos aseguraremos una

—Nombrado Ministro de Turismo.

avalancha de aquellas bellezas del norte, lo que a su vez atraerá al resto de feos que tienen plata. No me digan que esta teoría no tiene la fuerza circular de la economía marxista; bah, de la economía clásica en general. Sólo que aquí no se prevén crisis de ningún tipo. Pragmatismo, camaradas, pragmatismo. El futuro es de los pragmáticos. The beauty and the beast. Ellas se mojarán por sacarse una foto abrazadas a uno de esos negros que meten miedo. Por lo menos una foto! Tanto plástico, tanta seda, tanta higiene provocan rebeliones de ese tipo. La vagina aristocrática se levanta en pie de guerra contra la cultura higiénica de Occidente. (Es la única rebelión que se genera en los estratos más altos de la sociedad; paradójicamente, por las necesidades de los sectores más bajos del cuerpo) Si las habré visto yo!, en Times Square, en la Breitscheidplatz, por la Rokinstraat, prendidas a cada delincuente con la excusa de una foto. O bailando cheek to cheek con alguno de esos jamaicanos que apestan; de esos que tienen el pelo de Bob Marley porque no se lo lavan nuncanever. A veces con la tierna intención de demostrar su antirracismo. Debe ser catártico, o algo así. I saw them poniendo caras de calavera bonita, posando como en un concurso de miss, es decir, tipo canon egipcio: con un pie adelantado. La protomiss pone una de sus manecitas blancas sobre uno de esos hombros que parecen una bola de bowling modelados por el trabajo en los bananeros. Putitas.

—¿Te parece? —cortó Jacques Souberbielle sin abandonar su posición de reposo—. No lo creo. Puta, lo que se dice, *puta*, es una mujer que se acuesta con un marido que desprecia, por una dote en dólares. Pero una joven bonita que se recuesta a la fealdad?, de esas que no soportan el terrible peso de su belleza y deben descargarlo sobre la piel de un bicho feo? y así sentir por dos segundos la vibración correspondiente a la diferencia de potencial, como dicen los físicos? No, nada que ver con el viejo oficio.

Victoria se mojaba los labios en el whisky, introvertida.

—La atracción de lo femenino —seguía Souberbielle, mirándolo al R. Ll. que se sentía incómodo sin hablar— por la fealdad es una necesidad “narcisista” (por usar una palabra significativa hoy en día). Digamos, algo natural. En el sexo (no sé si ustedes están al tanto de esto) el único objeto—objetivo es la hembra. La hembra goza el sexo en su cuerpo; el macho, en el cuerpo de la hembra. Es una relación asimétrica, flechada, con un solo sentido y dirección: del macho a la hembra, como el semen. En la cópula, ella es el único centro. La hembra cierra los ojos para sentir—se; el macho los abre para sentirla a ella; es allí, en ese cuerpo, donde están los comandos del placer que el macho activa y dirige.

El R. Ll. fumaba y se miraba las uñas; parecía a punto de lanzarles un tarascón, como su amigo. Yo no perdía detalle de las reacciones de Victoria. (No expresaba nada; parecía que estuviese atenta a la conversación de dos muchachos al lado suyo).

Más o menos, la disquisición de Souberbielle seguía así: —Y vean que por esta razón se entiende y explica cierto tipo de homosexualidad masculina. Bailarines, pianistas y otros etcetericones. Sin nombrar a otros grupos de narcisos que no cultivan ningún tipo de arte corporal. Oscar Wilde, si no; he likes people to look at him and listen to his wit... and he wore the sort of clothes that made people turn to look as he passed by. Como las pasivas flores que se tiñen de colores para atraer al insecto intruso.

—Bueno, tampoco hay que olvidar razones biológicas —dijo el R. Ll., saliendo de su rigidez— y hasta topológicas.

—Ay, por Dios! —exclamó Souberbielle. Herman y Victoria hablaban en secreto; ella se inclinaba sobre él para oírlo mejor.

—¿Cómo es eso? —preguntó alguien detrás mío. El R. Ll. se sonreía, tenía los cachetes colorados (Típico de gallego; uno no sabe si se avergüenzan de algo o acaban de toser). Entrenado para esas situaciones, el R. Ll. arremetió con ingenio:

—Yo le decía a un amigo en San Francisco, por el Castro District, todavía está por llegar el gran Earthquake que arrase con fuego esta city sodomita. Algo mucho peor que lo de 1906, y la sumerja en las aguas del océano. Y él: Ah, no—no. No se puede comparar San Francisco con Sodoma!, you know: cada uno de sus habitantes está condenado de entrada por la fatalidad. Subir, bajar estas calles (me decía), fíjese, mire, hmm, es para volverse puto! I bealive.

Más o menos a esta altura de la noche comenzaron a intercambiar direcciones. Entre otras celebridades aparecía una amiga argentina que estaba al tanto de TODO. Si querían comida china o italiana había que llamarla y sanseacabó.

—¿Qué hace en París? —preguntó Victoria.

—¿Cómo qué hace? —preguntó Souberbielle, fingiendo molestia—. Es escritora (estás distraída).

—Bueno, podía ser más original, ¿no?

—Personne n'est parfait.

—¿Cómo se llama? ¿ O también debo deducir su nombre?

—Louise Nosequé —contestó con acento francés—. Estoy seguro que va a llegar.

—¿Adónde?

Souberbielle miró a Herman con un gesto de terrible cansancio.

—Esta minita viene en decadencia —dijo, y Herman se rio. ¿Cómo adónde? Va-a-llegar, apenas se pesque un resfriado en el Sena, uno de esos virus invisibles que los artistas van a buscar allá. Llegan, se encierran en un cuartucho, pasan un poco de hambre, frío y miseria, y se consagran. Ya está. Todo pintor sabe que si no va a París, por lo menos una vez en su vida como un musulmán a La Meca, no valdrá un carajo. El ya nombrado virus es como el tiempo: vale oro. Cualquiera que haya analizado la estructura de los mitos sabe que el héroe antes debe pasar por un largo retiro y por diferentes peripecias económicas y espirituales antes de la Iluminación. Luisita estaba esperando conocer bien París para poder escribir algo sobre Rosario, que es donde nació y se crió.

—¿Cómo?

—Apenas descubrió que no había integrante del Boom y ainda mais que no haya pasado por la Ciudad Luz, armó su maletita y se marchó a París, para que la pinten de barniz. Como Manuelita. Pero/ tanto tardó en cruzar el mar/ que se dio cuenta de que no se puede llegar a ser un escritor Profundo abordando sólo el tema de "lo argentino". Porque Profundo quiere decir Universal. Después de terminar con Fuentes y Octavio, me dijo que el tema de "lo mexicano" excluye inevitablemente a lo no mexicano. Si no, ¿qué sentido tiene decir que los mexicanos tienen dos ojos y están condenados a ser libres? O que Dios es la soledad de los mexicanos. Y para peor Fulano te dice que los mexicanos son así y asá, y vos te das cuenta de que los de Jujuy y los de Santiago también, entonces terminás cayendo en una tautología vergonzosa. Pos no, señor, decía Louise, cosas tan universales sólo podían llamarse existencialismo o estructuralismo. Así que al diablo Rosario y Tolstoi con su villita. Un bocho la muchacha.

Anotó la dirección de la Nosequé en clave. Un tipo de clave que nunca había usado hasta ahora. Como Washington lo había estado observando de reojo, Souberbielle le descargó un discurso acerca de los cuidados que se deben tomar cuando se escribe en clave. Lo mejor era combinar varios tipos de claves, sin usar ninguno por mucho tiempo. Y nada de criptogramas!, que eso es un juego de niños. Victoria observó que para eso

había que tener una memoria de elefante. Souberbielle le recordó que los musulmanes acostumbraban a recitar el Corán de memoria, y lo que hubiese sido del pobre Sócrates sin aquellos discípulos memoriosos. En aquella época no había grabadoras, sólo había platones.

De la acumulación de datos inútiles se pasó a la acumulación de capital, y de éste de nuevo a la tangente del conocimiento, cerrando el círculo con la afirmación de que: como el capitalismo, el enciclopedismo del siglo XVIII fue el resultado del "carácter anal" (la misma etimología de la palabra era por demás elocuente) ya que también se trataba de acumular y retener. Si oro = caca, caca = cultura occidental. (Parece que en el único momento en que la gente usa su imaginación es cuando razona bromeando)

—Según como se mire —dijo el R. Ll., rompiendo una nuez.

—*Según como se mire* —replicó Souberbielle, torneándose los bigotes—. Según como se mire un zapato puede ser un tractor sin ruedas. Un poeta puede ver un aliscafo en lugar de un zapato, pero sólo los tontos se hacen a la mar en un Luis XV.

Me levanté y salí a la piscina. Allí se respiraba una paz deliciosa; quizá por el contraste con aquella monstruosa reunión. Entre la oscuridad de las plantas tropicales, podía ver a los otros en la sala iluminada en exceso. Parecía el escenario de un teatro. Podía ver a Victoria, inclinándose sobre Herman, diciendo algo, *actuando*.

XXI

La reunión se dio por comenzada, al fin, a la medianoche. Un tipo parecido a Harpo Marx explicó por qué se hacía la reunión en un lugar como ese. ¿A quién se le ocurriría hacerla en un sótano del Cerro? Se habló toda la noche de las mismas estupideces de otras veces. Souberbielle y el tal Herman subestimaban al resto. Para ellos, gente como Vassallo y sus compañeros debían ser tan torpes con las ideas como con la ropa. Ellos sí, sabían lo qué ponerse. Para Souberbielle (como para muchos otros), un hombre tímido no oye ni ve bien, un anciano no puede comprender una sutileza del ingenio, sólo porque está medio ciego o medio sordo. Por el mismo camino, pero a la inversa, ese tipo de gente supone que un sordo o un ciego deben tener un coeficiente intelectual reducido, porque se acostumbraron a reírseles en sus narices.

Una hora después de comenzada la reunión seguía llegando gente. Victoria los atendía como si fuera de la casa. Estoy seguro de que no vivía allí ni tenía autoridad alguna. La conocía lo suficiente como para darme cuenta de que todos aquellos cuadritos en las paredes, cacharros y estatuitas diseminadas por todas partes no podían ser obra suya. Particularmente me desagradó una treintena de estatuitas de Buda; no del tipo tailandés, sino de aquellos budas chinos que ríen con una barriga desbordante. Treinta son mejores que uno, había dicho Warhol; quizás por eso. Estaba claro: *el kistch era nuestro zeitgeist*.

En un rincón el Recién Llegado pasaba de una aventura que había tenido en la línea naranja del metro que va a St. Denis, a otra en el Jardin du Luxembourg. A esa altura, Martillo había desaparecido y Vassallo intentaba hacer lo mismo.

Se habló de reuniones pasadas, de otros líderes (desconocidos). Podrían interrogarme toda la vida acerca de estos detalles, que no recuerdo ninguno. Ocupé el resto de mi atención (agotada) en Victoria. La vigilé como pude, sin mirarla directamente. Con la atención puesta en ese punto periférico de mi campo visual, advertí que me miraba. De lo que se dijo recuerdo una queja de Herman: en una reunión como esa, unos años atrás, el grupo de uruguayos había preferido mal informar acerca

de los Tupamaros. Se había dicho que en realidad pertenecían a la derecha criolla, una escisión de El Federal, grupo fascista que tenía un sótano en el Cordón, cerca del Obelisco. Y que esa mala fe (esto lo había dicho el doble de Harpo), esa terrible desconfianza de uno para con el otro, de camarada a camarada, haría fracasar la Revolución Latinoamericana. Todo dicho con esas repeticiones propias de los discursos improvisados y vacíos.

Nos fuimos de a poco, de madrugada. Despidieron a los proletarios como si realmente los apreciaran. Era comprensible; al fin y al cabo, ese tipo de gente vivía a costilla de los verdaderos revolucionarios. Se creían los embajadores de la Revolución, y vivían como tales. Como aquellos ministros del Vaticano, *ministros de un Rey que montaba en burro*.

Victoria apenas me extendió una mano blanda, como a los demás. Estaba más preocupada por unas nubes que amenazaban tormenta. Sabía perfectamente cómo vengarse de mí. Lo hacía bien. Se asomaba al porche y decía:

—¿Puede ser que no llueva?

XXII

Diciembre de 1981

El Manco agoniza. Debí darme cuenta antes; Lourdes ya no está, ¿acaso murió y no quiere confesarlo? Habla de ella en pasado. O tal vez no pudo despertar de aquel sueño terrible que es nuestra realidad (la cárcel rodeada de pasillos). Los murciélagos que lo despertaban con su espanto no volvieron; o peor: volvieron y no ha podido despertar esta vez. Ahora revolotearán día y noche en su celda, cubriéndole la luz de su ventana. Tal vez, pero no lo sabremos jamás.

—Sobrino —había dicho hoy, contra el muro—, acomode la tierra para que aterrice el avión.

Marías se inclinó sobre la tierra y dibujó un avión, justo delante del Manco. El realismo del dibujo era sorprendente. Un avión de pasajeros con la escalera de abordaje, visto desde una persona que se acerca para subir. Matías se esmeraba en los detalles, los corregía y ajustaba con delicadeza. Pensé que debía dibujar mucho en su celda.

El Manco sonreía, casi excitado.

—Si lo pudiese ver Lourdes —dijo, y volvió a ensombrecerse. De vez en cuando tosía con dificultad, como si quisiera no hacer ruido. Su respiración era cada vez más fuerte y fatigada. Por momentos parecía detenerse. Miraba el avión y su rostro iba expresando ternura, asombro, alegría, firmeza, calma, tristeza.

Cuando llegó la hora de subir a las celdas no se movió. Se quedó en su banco de piedra, arqueado contra la pared. Debió advertir que Matías y yo nos deteníamos delante suyo, interrogándolo en silencio, porque dijo:

—Muchachos, yo no aguanto más.

Sus palabras más lúcidas y terribles de los últimos años. Desde el pasillo pude ver cómo los guardias lo llevaban arrastrando.

Intento recordar el momento preciso (si lo hay) en que el Manco enloqueció. Aparecen en mi memoria imágenes vagas, otras aplastantes, como la vez que bajó las escaleras con ojos alucinados. Aún podía reconocernos y todavía no se había rodeado de esa libertad imaginaria que lo salvó por algún tiempo. Volvió a hablar del Pozo. No

pensamos que deliraba; más bien parecía el relato agitado de un niño que decía la verdad. Los rastros de algún tormento (la desnutrición, la tortura psicológica) eran visibles en todo su cuerpo. La última vez, no dijo algo nuevo sobre el Pozo; repetía el mismo relato de años antes, pero con un temor renovado. Nos recordó que Ignacio Flores Malevic había sido llevado allí después de arrojar tierra en los ojos de un guardia y no había regresado. Eso fue en el otoño de 1975. "Flores Malevic —dijo aquella vez— murió en el Pozo, y ahora está en el otro patio, con los otros muertos. Tampoco ellos pueden salir porque de aquí nadie sale".

Ante el delirio sin límites del Manco, nos fuimos acostumbrando a ser incrédulos, así como no se le da importancia a un sueño que porta un mensaje de mucha importancia, sólo porque parece absurdo.

Tal vez (he pensado mucho) no lo veamos más.

XXIII

Me despidió como al resto, con rigurosa formalidad, con una fría y estudiada simpatía. Solté su mano como si arrojara algo. Salí, crucé el jardín y solo en la calle me di vuelta un segundo para mirar. Estaba de espaldas al ventanal, con una mano en la boca, como si quisiera reprimir una sonrisa.

De golpe, liberado de aquella gente, me invadió una sensación de libertad que sólo sentía cuando me encontraba solo en algún país lejano, desconocido. Bajo los efectos de este sentimiento, caminé varias cuadras en la oscuridad, sin saber hacia dónde iba. Cuando decidí volver al hotel me puse a buscar un taxi. Pero nadie circulaba por aquellas calles desoladas. Busqué alguna avenida de importancia (Rivera, avenida Italia), en vano. Habían desaparecido. Habría vuelto a la rambla para ubicarme si no fuera por todo el tiempo que había perdido caminando en dirección opuesta. Tampoco estaba seguro en qué dirección podría encontrarla. Por casualidad, me crucé con un ómnibus. Sin mirar siquiera el cartel de destino me puse delante con las manos levantadas para que se detuviese. A pesar de que allí no había parada, el guarda no se molestó, pero preferí no hacer preguntas. El guarda había optado por el silencio en lugar de gritarme que era un loco. Después de una hora de andar no apareció ninguna avenida o calle importante que me pudiese orientar. La oscuridad me imposibilitaba leer cualquier cartel. ¿Por qué deberían pasar por el centro? Tal vez se alejaban aun más. Me bajé inmediatamente. Caminé varias cuadras, ahora sin la referencia de la costa. No podía saber si iba hacia el norte o hacia el sur porque no había estrellas siquiera. Intenté acercarme a una mujer que caminaba apurada, pero luego comenzó a correr. También intenté con un borracho y un mendigo que dormía en el umbral de un comercio. Dos intentos torpes. Sólo un niño que cruzaba corriendo la calle me indicó algo hacia atrás. Pensé que había escuchado mi petición al mendigo y me se—alaba la dirección del centro. Di vuelta sobre mis pasos. En cada cruce de calles miraba a ambos lados procurando identificar algún detalle orientador, pero cada cuadra era igual a la otra: casitas de un piso, apretadas una contra la otra; cada nombre de calle era igual al otro: personajes desconocidos, sin historia, nombres inventados, generales, doctores, santos y fechas de acontecimientos desconocidos. Me alegré al encontrar una calle que se llamaba Rivadavia, como si en ese nombre conocido hubiese alguna indicación. Resultó tan vacío como los otros. Comencé a preocuparme (aunque ahora me pregunto por qué). Hasta que por fin di con algo conocido: el prostíbulo de la incestuosa. Fácil (pensé): solo hay que recordar cómo había llegado la última vez hasta allí. No pude

recordar nada. Mejor dicho, casi nada. Podía recordar lo del hotel Victoria Plaza, el restaurante de 18 y Ejido, la recordaba a la prostituta vistiéndose de apuro y subiendo al taxi. Nada de eso me servía. Recordé también (por un encadenamiento inevitable), todos los momentos anteriores: la calle Emilio Reus, Victoria subida a la escalerilla de madera, el lunarcito, la casona de bulevar Artigas. Había un bar abierto en una esquina. Tomé una caña y descansé un momento. Luego de ordenar un poco la cabeza pregunté al mozo por el centro. A pesar del sueño que le cerraba los párpados, me explicó, con abundancia de detalles, qué debía hacer para llegar. Pero sólo el camino hasta la parada más próxima resultó tan complicado que a la mitad de la explicación renuncié a prestarle más atención. Estaba cansado y ya no me preocupaba llegar pronto al hotel. Sabía que con la luz vería las cosas muy diferentes. Terminé mi caña volví por la calle del prostíbulo.

Tenía la cabeza llena de voces. El Recién Llegado decía: “Hay que reconocer de una buena vez por todas que toda la civilización surgió alrededor de un prostíbulo. El oficio más antiguo del mundo ejercido por un pedazo de reno!”. Victoria se reía, Vassallo con palabras como “plusvalía” y “lumpenaje”, Iñíguez, Osinde y Brandazza, Victoria se reía, Chabalgoity (la doctrina del West Point, los dominó y la Logia de Praga), Selva Wittenberger en la Alhambra, con los ojos fijos en el techo y una franja oscura sobre la frente. El Gehena, un laberinto sin horizonte, once upon a time there was a king, aquí y ahora.

—Flaco —me preguntó alguien desde la oscuridad— ¿Están buenas las minas aquí?

Miré: estaba en la puerta del prostíbulo. Un hombre de bigotes tipo Nietzsche fumaba nervioso mientras esperaba mi respuesta. Me eché a reír y desapareció como una sombra. “Debo estar borracho”, pensé. Apenas toqué la puerta, se abrió. Una vieja ex—puta me salió al paso, furiosa porque había entrado sin llamar. Pero el cliente siempre tiene la razón. Cambió de tono enseguida y dijo, con amabilidad, que pasara. “Las chicas están libres”. Sonrió con cara de buena. Hipocresía y debilidad, siempre van juntas. Entré al patio con claraboya, después a la primera puerta. “Pasá, cariño”, dijo Blancanieves. Estaba sentada en la cama; tenía algo diminuto entre los dedos que estudiaba con profunda preocupación. Un anillo.

XXIV

El sábado 23 de junio (tres días antes de la tragedia de Ezeiza), la vi por última vez. La estuve espiando desde que llegó a la casona en taxi, con una carpeta debajo del brazo y la cámara de fotos colgada de un hombro. Se había quedado parada en la entrada, mirando al suelo, sin saber qué hacer. Luego sí, entró, buscó un detalle en el muro, acomodó el ocular de la cámara y se quedó pensativa. El muro decía, desde hacía años: *Yankees go home -MLN Tupamaros*. Estuvo algún tiempo sentada en los escalones de entrada dibujando y haciendo apuntes al pie. No había nadie en la casilla del sereno; se podía ver a través del vidrio sucio. Pero había vuelto. Había restos de fuego reciente en la entrada. Una caldera de lata quemada lo identificaba. El guardián había pasado de mísero asalariado a mísero, a secas.

Volvía a esa incomprensible tarea (según Raúl) de sacar fotos y más fotos. ¿Dónde estaba Raúl? No me lo imaginaba dejándola sola a esta hora de la tarde. Su dueño celoso. Reconozco que yo mismo tuve celos por ella. Como cuando la veía fresqueando con alguno de sus compañeros de facultad, o cuando golpeé al tipo del barrio Reus. En

cambio, no podía sentir celos de Raúl. Por el contrario, lo sentía mi aliado. Raúl debía impedir que se acercara a otros; ella no podía tomarle el pelo como a un idiota; etcétera. ¿A qué se debía esto? Mucho después creí comprenderlo con frialdad. [El macho (pensé) se mide a sí mismo a través de la aceptación o el rechazo de la hembra. Para terminar con este ejercicio agotador, los hombres inventaron un sistema de pactos que luego fueron modificando con el tiempo: el matrimonio. Ni el macho vencedor ni el perdedor tuvieron luego motivos para continuar la lucha, física o psicológica. El perdedor, al aceptar el pacto, ya no necesitó competir por su aceptación, porque *ya no era posible*. El rechazo o la indiferencia de la hembra hacia el segundo macho podía ser violento al decidir el pacto con el primero, pero luego significó una renuncia "resignada" de la hembra por el segundo. En este momento, el segundo deja de tener celos del primero, el macho ganador en principio. Ahora el segundo pasará a competir con el resto de los segundos, es decir, con los otros en su misma situación. Comenzará a medirse a sí mismo por la preferencia de la hembra hacia él o hacia los otros segundos. No hacia el primero]. Pero en aquel momento sólo sentía fastidio por una actitud suya que no comprendía. Volvía a fotografiar el patio desde una ventana. Dos, tres veces. Buscaba (me lo había dicho antes) aquel ángulo que pudiera sintetizar, como en una fórmula alquímica, la eternidad de las cosas inmóviles. Yo le había sugerido buscar en lo efímero: unas olas diluyéndose en la playa, una mesa con gente. "Qué sublime es el vértigo de la eternidad —decía—, pero sería insoportable vivir sin esa grandeza que promete la muerte". No, eternidad e inmortalidad no son la misma cosa, Victoria.

La luz del atardecer se fue hechizando, y sólo se escuchaba el *chifhric* de su cámara perdiéndose entre las paredes, multiplicándose tímidamente en los salones. Odiaba esas copias del *Mysterious Rose Garden* de Beardsley, las flores de William Morris en el empapelado. Obra de los Figueroa. Aún no había oscurecido del todo cuando subió las escaleras; despacio, haciendo crujir cada escalón como si arrastrara un gran peso. Por el balcón de su cuarto entraba una luz rojiza. Las luces de la calle comenzaron a encenderse, decretando el comienzo oficial de la noche. Sacó un pequeño cuchillo de su cartera y se quedó estudiándolo con cuidado. Parecía una estatua. El cuchillo había sido el regalo de un peón de la estancia de su abuelo, en Tacuarembó. Cuando lo recibió, no pudo ocultar su alegría por el gesto de aquel hombre rudo. Le dio un beso y corrió a mostrárselo a todos. Todos lo encontraron muy bonito (tenía unas rosas grabadas en el mango), pero le advirtieron de lo peligroso que era. Una niña no puede andar jugando con eso. Entonces ya era tan hermosa que cualquiera podía adivinar un mundo a sus pies. La abuela le hacía una trenza con el pelo que se iba aclarando hacia el extremo. Algunos años después había repetido aquellas palabras de Borges:

...es, de algún modo eterno,
el puñal que anoche mató a un hombre en Tacuarembó
y los puñales que mataron a Cesar.

"A veces siento —me confesó— que si disparase un flash en la oscuridad, lo vería a él, como un fantasma, grande y rústico. Qué cosas ¿no? Será porque nadie es imposible". Se avergonzaba de lo que era. Un sentimiento oculto de culpa (¿existen los sentimientos ocultos?) había tomado forma en la conciencia demagógica de ser apenas una "pequeñoburguesa". Para los pequeñomarxistas de la época, todos los burgueses eran pequeños. Era comprensible que se haya comprometido con la izquierda, o mejor dicho con un espejismo paradójico: con la izquierda aristocrática. Porque tampoco pudo

renunciar a las elites. Otras veces no parecía ella. La vez que tuvo el accidente con el auto, se negó a ser atendida. Había tenido cortes en los brazos y sangraba. Cuando Raúl la vio lavándose en el baño, casi se desmaya. Ella le preguntó por qué ponía esa cara de degollado. No quiso que la llevara al centro médico. "La gente ya no se banca nada —me dijo después, demostrándome que los cortes habían sido mínimos—. Tienen un dolor de cabeza y gritan desesperados por un neurólogo, corren y se tragan dos aspirinas. Una angustia? Un psicólogo ya, mi vida por un psicólogo! La gente ya no se banca nada, nada. Aguante, qué tanto joder".

Había levantado el cuchillo del suelo cuando el sereno entró al patio. Estuvo un momento en la casilla y luego salió para hacer fuego. Quizá fue en este momento que ella advirtió su presencia. Imposible determinarlo por sus gestos indiferentes. Guardó el cuchillo y bajó las escaleras con algún apuro. Iba a salir, pero la presencia del hombre la detuvo esta vez. No debió verla; estaba de espaldas controlando el hilito de humo. Volvió a subir y se quedó espiándolo por una ventana. El hombre estaba acomodando los grifos robados de la casa junto con otros objetos de mediano valor. Los seleccionaba y los ponía en una bolsa al lado de la casilla. No la había visto. Pero tampoco pudo evitar los nervios. ¿Y si volvía a la casa por algo más? El sereno estaba fumando y miraba hacia la casa. Corrió a esconderse detrás de una puerta. Sostenía el cuchillo como si pesara varios quilos. Era posible que la hubiese visto en la ventana del balcón. No debió ponerse allí. Y si la descubría, cómo se justificaría? Para justificar un absurdo nada mejor que usar la misma "lógica del absurdo". Dar una respuesta daliliana; por qué lo relojes son blandos? Dalí: blandos o no, lo que importa es que den la hora exacta. SÍ, es posible. Pero a una mujer no le está permitido hacerse pasar por loca. Por eso, no salió de la casa. Prefirió esperar a que se fuese o, en el peor de los casos, a que amaneciera.

Esto último fue lo que ocurrió. Qué cosas pasaron por su cabeza? Caminaba como una sombra, evitando las manchas de luna proyectadas sobre el piso. El viejo piso de madera la traicionaba a veces: crujía, entonces se detenía petrificada. Se escuchaba el sonido agudo del flash, sonido de mosquito en medio de una pesadilla. Cargaba el flash como quien carga un revólver. Sólo después de una pausa prolongada seguía recorriendo las habitaciones. Volvió a la que había sido suya, se sentó en el sillón y se quedó mirando a través del espejo.

Cada objeto conozco de este viejo
edificio: las láminas de mica
sobre esa piedra gris que se duplica
continuamente en el borroso espejo.

Probaba la dureza del cuchillo en una mano. La vez que Raúl le insinuó al sereno que se estaba robando los grifos, el sereno la miró a ella. Su mirada había sido de reproche. ¿Por qué a ella? Tal vez no soportaba la mirada sobradora de Raúl. Le temblaban los labios gruesos y los apretaba con rabia. No decía nada; se daba media vuelta y se iba escupiendo en secreto alguna mala palabra. Una vez le preguntó a Victoria si trabajaba para la empresa constructora. "No...", contestó ella, titubeante. Se había quedado mirándolo con una timidez incomprensible. Buscaba qué decirle. Lo miró a los ojos, a los zapatos rotos y finalmente a una planta contra el muro. Cada día alimentaba las fantasías del sereno. Ella debía saberlo y por eso cada vez que se cruzaba con él apenas lo saludaba. Pero no es lo mismo la indiferencia auténtica, distraída, que el intento de demostrarla. Se enojaba con ella misma. "No lo puedo ver —decía—; con esa cara de baboso". Otra vez, saliendo apurada de la casa para evitarlo, se le cayó la carpeta

con los dibujos. El sereno corrió hasta alcanzarle una por una las hojas caídas. "Voy a enrojecer —pensó agitada—, y pensará que lo ando buscando". Terminaba de pensarlo cuando algo dentro suyo la traicionaba de nuevo. Sus mejillas ardieron y la humedad acudió a sus ojos. Juró no volver más. Pero después el sereno desapareció...

Ahora estaba allí abajo, fumando. Ella sacaba el reloj a la luz y miraba: eran las doce, las dos, las dos y cuarto, las dos y dieciséis. Cada tanto la vencía el sueño y apoyaba la cabeza sobre un brazo. Cerraba los ojos con esfuerzo hasta que, de a poco, iban surgiendo en su rostro las expresiones de una pesadilla. Cuando esto ocurría con mayor intensidad despertaba súbitamente, agitada. Gotas de sudor bajaban hasta sus labios.

—¿Quién anda ahí? —dijo, levantándose. Su voz, temblorosa, sonó como lo único real que había sucedido en toda la noche.

Salió hacia la oscuridad de los pasillos, con el cuchillo en la mano.

¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar, esta vez más agitada. Debió darse cuenta del error que había cometido, porque bajó corriendo a la cocina y después al sótano. Estuvo un largo tiempo escondida detrás de unos muebles viejos. Desde allí se podían escuchar hasta los más mínimos ruidos que se producían en los salones y hasta en las habitaciones de arriba. Los pasos del sereno se repetían con lentitud por todas partes. Cuando se abrió la puerta del sótano, una luz pálida y casi irreal bajó por los escalones hasta donde estaba ella, de espaldas, desnuda y brillando de sudor. Su pecho subía y bajaba con fuerza.

El antiguo estupor de la elegía
me abruma cuando pienso en esa casa
y no comprendo cómo el tiempo pasa
yo, que soy tiempo y sangre y agonía.

XXV

Hoy es jueves; mañana deberíamos salir al patio. Sin embargo presiento que no. Nadie vendrá con el ruido de llaves y abrirá esa puerta. Esa puerta. ésta. Espigas de hierro. 5 verticales, 11 horizontales. 96 remaches (faltan 2). 44 casillas de chapa (4 mm) despintadas. Entre la chapa y las espigas quedan restos de pintura verde y azul. Cerradura detrás de casilla 4 horizontal, 5 vertical. 3 horizontal, 6 vertical: Clara Germoglio (con la punta de un clavo que encontré en el patio). 2 horizontal, 5 vertical: el continente del sur, Umalaca, avanza 9 mil millas al este. Engelharland avanza 9,550 desde el norte. 5 horizontal, 10 vertical: la luna del Nilo. 3 horizontal, 5 vertical: *Victoria Ross* (reciente), sobre una débil capa de pintura azul—verdosa.

XXVI

Adelanté mi vuelo a París, para el 26 de junio. Con el *boarding pass* en la mano, decidí llamarla. "Por última vez", pensé. Quería escuchar su voz, luego colgaría sin decirle nada. Chabalgoity me dijo una vez que los aeropuertos tenían un efecto negativo en mí; el tiempo de espera, entre el *boarding pass* y la escalera del avión me provocaban una inexplicable nostalgia depresiva. "No tomes decisiones importantes en ese tiempo —me había dicho—. Es preferible leer el diario o comer de más".

Proféticas palabras del viejo maestro. La llamé. Una voz de mujer me informó de su muerte. Al principio creí que se trataba de una metáfora ordenada por ella misma a la mucama.

—Dígale que un amigo quiere hablarle —insistí.

—Pero, ¿quién habla? —preguntaba la mujer, inquieta.

—Un amigo de facultad —mentí—. Me voy del país. Dígale que le hablo desde el aeropuerto y que no puedo esperar mucho más.

—¿Puede decirme quién habla?

—Me escuchó o no? Es urgente, no me haga esperar!

—¿No me escuchó? Ella falleció hace pocas horas.

Su rostro de niña se dibujó sobre el disco del teléfono, pálido.

—Debo hablarle —dije para mí.

—Dígame su nombre, por favor.

—No me haga esperar. Es urgente. ¿Me entendió? Ur-gen-te! —en su rostro, una expresión de tristeza; me miraba, miraba a la nada en el momento en que yo le gritaba, "*Oh, Venus...*" —qué importancia tiene mi nombre? Está bien, está bien. Santiago-Juan-Judas, para servirle. Pero dígale que es urgente.

Respuesta: —Se puede ir a la Reputísimamadrequeloparió.

Y colgó.

Estaba aturdido; me movía como un sonámbulo. Cada una de las cosas que ocurrieron después, parecían haberme ocurrido muchos años antes. Hasta sentía que podía prever los acontecimientos. La misma noticia de su muerte perdía su impacto inicial y pasaba a ser un hecho lejano, reconocible.

Un taxista viejo me llevó a la empresa fúnebre más probable. Quedaba en la avenida 8 de Octubre, no muy lejos de la casa de ella. Entré y me mezclé entre la gente, en silencio. Reconocí a varios elementos: los del Carrasco Lawn, los del meeting del chalet (Souberbielle con lentes negros, la morena que hizo de empleada, la otra de la piscina). No quise verla. En ningún momento traspasé las cortinas graves y oscuras que separaban a la muerta del resto. sólo una vez, cuando su abuelo entró para llorarle arriba, vi el ataúd. Estaba totalmente cubierto de rosas blancas. El cuerpo apenas insinuado. "Qué injusticia", lloró el viejo varias veces. El único auténtico; el resto pecaba de una sobreactuación medieval. No me reconoció, por suerte. ¿Dónde estaba su padre? "Qué injusticia", repetía; esas palabras arrancadas por la muerte a la impotencia de los vivos. Soledad y muerte se parecen. Descubrir un rostro que ha sido abandonado por el alma es darse cuenta de esto. Refleja la impotencia de los otros rostros que lo miran sin comprender; ese gesto que parece sonreír, pálido

inocente

misterioso

triste

eterno. Entonces la injusticia está en el inevitable abandono. (Es injusto "castigar" a alguien *sin una explicación*). El muerto está irremediablemente solo, y es el único que sonríe entre la multitud dolorida. Soledad trágica, porque deberá recorrer caminos desconocidos sin nuestro cuidado. Regreso melancólico del muerto que comienza a disolverse en nuestro pasado, mientras nosotros seguimos penetrando otros caminos (también desconocidos), más desolados desde entonces. El Otro desaparece con el NO más absoluto que conozcan los hombres. Una balsa corre por un río oscuro y misterioso; nosotros la miramos desde una orilla, hasta que se pierde en el ocaso. A pesar, sí, de toda la anestesia y la frivolidad, nuestro tiempo, el tiempo de los modernos, con toda su sabiduría contra el dolor (físico) es, en el fondo, trágica. Nuestra propia concepción del

tiempo, el tiempo lineal, es más trágica que la del tiempo circular. ¿Un invento? del cristianismo (ya en el Juicio Final estaba fatalmente implícito). A diferencia de un egipcio antiguo, para nosotros el tiempo corre y es irreversible. Está harto ilustrado en el paisaje tecnológico y científico: Newton es superior a Galileo e inferior a Einstein; en cualquier lugar uno puede tropezar con un Chrysler del 47, con una radio a válvulas, con una vieja revista de modas (aquí el tiempo lineal está en la tecnología fotográfica, no en la vestimenta). Nuestro tiempo se desarrolla *y por donde pasa una vez no vuelve a pasar*. Nunca. Y si para un egipcio el tiempo era un ritmo eterno dentro de un orden estático, si para los aztecas era algo que se repetía a sí mismo (y, por lo tanto, también era eterno), el nuestro era algo que tenía que acabar algún día. Como todo lo que se desarrolla, tiene principio y final. Todo está destinado a desaparecer (definitivamente) algún día, tarde o temprano. Y eso es lo trágico.

Abrí los ojos. El de la balsa era yo. Yo, que me alejaba de todos. Quizá como todos, como en un universo en expansión.

En la sala mayor la gente se paseaba con trajes oscuros. Sus rostros graves por el cansancio de la noche. En otra sala más chica, tomaban café y hablaban de cine cuando el recuerdo de la muerta descansaba. Los detalles mezquinos de la vida niegan el Gran Acontecimiento. Como anticuerpos, parecen vencerlo más tarde (triunfo que sólo será provisorio y aparente). El anciano sin consuelo descansa recostado a una pared. Del otro lado estaba la que se fue para siempre. ¿Para qué tomar café? ¿Para qué? Cuando le habían dicho la mala, lloró, fue a buscar una corbata, eligió una, después otra más oscura (que además iba mejor con el traje que ya se había puesto) y pensó: "comienza a quedarme grande". Su mujer, la abuela de Victoria, se había peinado con el peine de puntas redondeadas, porque el otro la lastimaba. En la sala de café se molestó porque el encendedor no funcionaba, y cuando por fin salió la llamita, respiró con alivio. Unos días después, y en cada aniversario, el viejo diminuto le jugaría al 26 a la cabeza, porque esa era la edad de la muerta y el día de su fallecimiento. 26 a la cabeza con el 06 (junio) a los diez. 26 con 73; 626, 673, 2626, 47 con 73, 23 con 47. Así cumpliría con la vieja tradición, depositando en el azar pagano una esperanza oculta en el más Alá. Esperanza del más ateo en lo sobrenatural, en el contacto simbólico con la desaparecida; pretendida y confusa inmortalidad. (Proceso inverso al avaro secreto que, sin saberlo del todo, pone sus esperanzas de dinero en el desciframiento de una coincidencia sobrenatural, la que luego llaman suerte o azar, salvando así su intachable ateísmo). La realidad se muestra de esta forma más insensible que la imaginación atormentada por un futuro inevitable. La muerte imaginaria del padre, la madre o el esposo es seguida por la muerte, el suicidio, la desesperación o la inacción del que imagina o sueña. O por alguna otra tragedia de la misma dimensión. Luego la muerte real es seguida por un repertorio escandaloso de hechos insignificantes que terminan ocupando toda nuestra atención. ¿Y quién diría que la realidad es menos trágica que la ficción? Ocurre que la ficción *es la puesta en escena del drama silencioso*, amorfo e intangible de aquel que prepara café o elige el color de la corbata que llevará en el funeral. Los ojos medianamente profundos verán con escándalo el imperio de las mezquindades, triunfo aparente de los detalles sobre el Gran Acontecimiento. Otros compondrán "*Adiós Nonino*".

Pobrecita.

¿Sufrió mucho?

No. Fue instantáneo. ¿Vio cómo quedó el auto?

A ella le gustaba correr por la rambla.

Usted no sabe cuando iba a Tacuarembó. Conozco el lugar; saliendo de la ruta 5, hacia Valle Edén.

¿No queda ahí la Curva de la Muerte?

No, no; un poco antes.

El auto negro llevaba una banda blanca con una inscripción en letras doradas:

LOS COMPAÑEROS DE FACULTAD A NUESTRA VICTORIA

XXVI

Hoy viernes debimos bajar al patio. Podría pensarse que me equivoqué y era jueves. Lo creo imposible; yo cuento y marco los días.

El pueblo parece haber sido evacuado. No registré movimiento alguno en los dos últimos días. *No vuela una mosca*. Finalmente optaron por lo más razonable; moriremos de hambre. No me animo a gritar siquiera. Afuera el silencio es profundo. El mediodía se hace eterno, inmutable. Por la ventana entra un verano antiguo, con sus olores a eucaliptos y a mar.

CUADERNO TERCERO

I

Enero de 1982

El miércoles 27 se oficializó el golpe de Estado. Caí en la cuenta del engaño: *ella no había muerto.* Una verdadera tragicomedia había sido puesta en escena para sacarla del país. No había nada debajo de aquellas rosas blancas. Ella estaría en Suecia mientras yo caminaba durante toda la noche sin poder dormir. La fiscalía de los recuerdos, por el camino de la angustia, siempre logran probar la culpa del acusado.

Poco antes de amanecer, me registré en el Pyramid Hotel, en la Ciudad Vieja. (Una muchacha de profundos ojos azules leía y comía pétalos de rosa. Me comentó cuál había sido la habitación del Conde de Lautréamont, a propósito de mi apellido. “Prefiero otra”, le dije). Debí dormir una o dos horas; luego no pude.

Bajé y salí a la calle. En tres cuadras me crucé con dos hombres que en principio me parecieron borrachos. Comencé a presentir algo terrible. La ciudad se había vaciado, y los que quedaban no podrían entenderme, porque hablaban un idioma distinto, desconocido. Pensaba, “Si la vida es un sueño obsesivo, tarde o temprano deberá terminar en una crisis como ésta”. Mi mayor angustia consistía en mi propia incredulidad, en mi escepticismo. Es más sano creer ciegamente que el mundo es lo que parece, es decir, que es algo estúpido y absurdo. Caminé casi corriendo hacia el Solís. Parecía que allí había alguien recostado a una columna. Le pregunté la hora, a pesar de que era evidente el reloj en mi pulso. Era una vieja vagabunda que desvariaba. “No le diga a nadie —me dijo—, a nadie, pero el presidente (Batlle) mató a Washington Beltrán porque me quería. Y ya sé de otro bandido que me está arrastrando el ala. Aunque usted no quiera creer”. Despedía un fuerte olor a orín, y su cara parecía la del hombre de Grauballe. Seguí caminando detrás de las columnas. Los carteles anunciaban distintas funciones con letras de tiza, borroneadas por la humedad. Y el calor era un infierno, increíble para esa época del año. Un cartel decía:

22 horas
EL EMP R DOR JONES
E. O’Neill

O’Neill aparecía varios planos más al fondo, cubierto por una neblina de tiza. Detrás del cartel, recostado a una columna, un negro con la cara blanca, producto de algún maquillaje, tal vez. parecía agotado. Me miró a los ojos y dijo:

—No se preocupe, todo está bien.

Quería decirle, espere!, no se puede morir aún. No debe; usted y los otros están obligados a continuar la representación. No pueden desaparecer todos al mismo tiempo, *porque aún no logro morirme*.

Hizo un gesto lento con la mano para que me tranquilizara y se apoyó en la pared, agotado.

—Le repito; todo está bien. No hay por qué desesperarse.

Sin pensarlo, corrí a la esquina y me colgué de un ómnibus que pasaba. Iba a paso de tortuga. Con la misma lentitud, el guarda me entregó el cambio. Era como si ya no tuviese fuerzas en las manos y hubiese perdido toda habilidad para moverlas. Me senté en el último asiento. A medida que entraba en el centro comencé a ver más gente; me tranquilicé. Se me ocurrieron varias explicaciones a lo ocurrido. Pensé que ése podía ser un día feriado, y yo no lo sabía o lo había olvidado. En esos días, como en los domingos, la Ciudad Vieja se vacía por completo. (Durante el horario de oficina las calles se llenan de hombres con corbatas y mujeres con minifaldas; con sus perfumes importados. Por la noche, dejan su lugar al silencio y a las prostitutas con marineros; con sus perfumes importados). Los domingos de día, sin empresarios y sin prostitutas, la Ciudad Vieja entra en un silencio blanco y negro. Pensé en otras posibilidades: un actor de segunda sale a la calle para hacer una broma estúpida; después de ocho horas devolviendo el cambio a 1204 desconocidos, a 1204 cosas que subían y bajaban, subían y bajaban extendiendo la mano y pasando al fondo, aquellos gallegos ásperos y de permanente mal humor terminaban con los nervios deshechos. Los había visto antes: el síndrome de Chaplin se disolvía en la inacción.

Me bajé en la rambla y caminé durante horas. Pensé en telefonear a Buenos Aires y hablar con alguno de los miembros de la Logia de Praga. ¿Y qué les iba a decir? ¿Que todo había sido un fracaso y que para peor había perdido el vuelo a París? Debían estar al tanto de lo ocurrido con Selva y Chabalgoity. Me vinieron a la memoria discusiones sobre los principios filosóficos de la masonería. Yo era el más escéptico (Chabalgoity me había advertido de que me estaba "apartando" de forma peligrosa). Me fastidiaba la presencia de fascistas como Lucio Gelli dentro de la masonería. Respuesta (la misma de siempre): "Nosotros estamos por encima de cualquier partido político. Recordar las peores guerras en las cuales los hermanos masones, integrantes de bandos opuestos, conservaron mutua lealtad auxiliándose unos a otros". Etcétera. Sin mencionar esa permanente tendencia alquímica y cabalística que los afectaba. No me perdonaron el día que mencioné la entropía del Universo. Hubiese sido menos dramático demostrarle a Einstein la posibilidad de $v2/c2 > 1$.

Subí hasta 18 de Julio y entré a un restaurante para almorzar. Recuerdo el salón, enorme y vacío, el silencio repentino, el calor. Sólo había una pareja, delante mío y mesa por medio. Conversaban en voz baja, pese a lo cual no podían evitar que yo escuchara lo que decían. Estaban sentados al lado de una ventana. El tipo era un coreano que apenas hablaba español; ella (de espaldas a mí), la prostituta que abandoné en el hotel Argentino de Piriápolis. La reconocí cuando miró hacia la calle, entrecerrando los ojos para defenderse de la excesiva luz que entraba horizontal. Al principio me costó reconocerla; la diferencia de parecida era, precisamente, la misma que puede haber entre un prostíbulo de cuarta y un restaurante de primera. Diferencia que impide a veces reconocer a una puta y a un delincuente en una sala del Louvre, por un problema de escasa imaginación. Pero ahí estaba. Parecía nerviosa; fumaba con esfuerzo. El coreano le había preguntado por esto mismo a lo que ella contestó, "No, ¿y vos?". Tampoco. Pensaba si al darse vuelta podría descubrirme. No me parecía. Para ella, como para un gran profesor o para un médico muy ocupado, yo debía ser uno más del montón. Calculé la cifra probable que yo integraba en sus últimos diez años: 4h x 6d x 4s x 9m x 10 años = 8640; 8640 - 108 (menos 27 días, porque estuvo enferma un mes) = 8532. Descubro que, según el ideograma chino, la cifra alcanzada significa: "La Riqueza No Crecerá Fácilmente". Hice una pelotita con la servilleta de papel y la lancé como un proyectil. Cayó debajo de su silla. "Esta deformación —pensé— me viene de algunos maniáticos de la logia".

Me hubiera quedado así, mirando a esa mujer y al coreano todo el día, si esa luz, ese silencio y ellos dos hubiesen durado todo ese tiempo. Dibujaba con un dedo en el vaso empañado de cerveza. Ese lugar, de repente era un pueblo de Nicaragua, luego era Tánger. Pero esa felicidad abstracta habría de durar lo que dura la eternidad: un instante. Al levantar la vista descubrí que

II

¿PODRE MANTENER LA CALMA PARA CONTINUAR?
MIRO, ESCUCHO, palpo las paredes
y no veo NI OIGO NI SIENTO VIDA A MI ALREDEDOR!
¿En qué lugar del mundo se detiene ahora el sol?
¿Cuántas horas más durará esta noche?
DIOS MIO, ¿por qué me has abandonado?

III

Al levantar la vista descubrí que la prostituta y el coreano habían desaparecido. Miré hacia todos lados; no había nadie allí ni en la calle. Otra vez ese terrible presentimiento. Hice un esfuerzo sobrenatural para no perder la calma. Cuando ya sentía que la desesperación me vencía, me levanté y salí corriendo. 18 era un desierto. El vacío se escuchaba en la vibración del aire. No era una ausencia pura; era la persistencia de una presencia perdida, como la sombra blanca que deja un cuadro en una pared vieja, como la persistencia del miedo de una pesadilla al despertar. El murmullo se había extinguido de golpe. Un silencio blanco penetró todos los rincones. Luego una puerta se cerró con un golpe y alguien cruzó la calle corriendo. Me oculté en un zaguán y esperé. Debía tranquilizarme. Pero pronto sentí que me espiaban desde adentro y seguí caminando, sin rumbo. Las calles perpendiculares a la 18 estaban cortadas con ómnibuses que habían sido atravesados con ese propósito. Cada tanto el silencio era desgarrado por el rugido de los tanques de guerra. Maniobraban en algún lugar que yo no alcanzaba a ver, hacia el norte.

Instintivamente corrí hacia Plaza Cagancha. No me equivoqué. Todavía quedaba un coche de ONDA y algo así como diez personas haciendo fila para abordarlo. El coche maniobraba cuando logré alcanzarlo. Lo detuve poniéndome delante; por un momento pensé que me pasaría por encima. ¿Adónde iba? No lo sabía. El ronquido del motor me parecía escandaloso, pero luego me fui tranquilizando a medida que se iba perdiendo por calles secundarias. "Perderse —pensé, aliviado—; me perderé del mundo. Nunca más nadie sabrá qué fue de G. Conde Abercrombie". El asiento a mi lado iba vacío, y el resto de los pasajeros no decían una palabra. Pero, ¿adónde iba? No tenía forma de saberlo con exactitud. Hubiese sido ridículo (y sospechoso por demás) hacer una pregunta de ese tipo. No importaba; mi optimismo comenzaba a tomar proporciones eufóricas. "Perderse". Después de cuatro horas de viaje ya no me quedaban dudas: íbamos hacia Rivera. Cuando cruzamos el Río Negro sentí que otra puerta se cerraba a mis espaldas, complicando el laberinto que debía alejarme del peligro. Me sonreí; creía que bastaba con alcanzar la frontera y cruzar caminando esa línea imaginaria, como un simple contrabandista. Cruzamos un cartel que indicaba VALLE EDÉN. De a poco fui reconociendo aquellos paisajes de la infancia, la estancia de los abuelos de Victoria.

También comencé a darme cuenta del peligro de un optimismo como el mío. ¿Quién me aseguraba de que el ómnibus no sería detenido antes de llegar? ¿Acaso no había una aduana en esa misma ruta? No podía recordarlo. Y si ninguno de los pasajeros me había reconocido aún por alguna foto en el diario, los aduaneros lo harían. (Todos los miembros de la Logia de Praga estábamos fichados por cada uno de los servicios de inteligencia del cono sur, aparte de la CIA). Pensé que debía bajarme con alguna excusa y continuar a pie. Mantuve esa intención no sé durante cuánto tiempo, postergando el descenso en cada curva, en cada repecho, sintiendo, con vértigo, que de esa forma ganaba kilómetros en mi camino a la frontera norte. (Por otra parte, bajar antes de tiempo, podría significar varios días de andar a pie, los suficientes para ser encontrado por el ejército uruguayo). Mi angustia iba en aumento, no tanto por la idea de ser atrapado, sino por la posibilidad de perder la única oportunidad de escapar. Tanto fue así que mi ansiedad desapareció cuando el coche se detuvo en el camino. Pensé que ya estaban ahí; pero no. Subió un paisano que parecía no darse cuenta de lo que ocurría. Saludaba con la cabeza y sonreía. Nadie le respondió. Sólo cuando notó la parquedad del guarda y del resto dejó de hablar en voz alta. Lo saludé discretamente con un movimiento de cabeza. Se sentó a mi lado. Sin perder tiempo, evité que enmudeciera haciendo un comentario sobre el calor (era una fuente importante de información).

—Hk'm, sí —dijo, con un tic nervioso, bastante común entre la gente del campo, detalle que siempre me hizo dudar acerca de la famosa "vida tranquila"—. Una seca fulera.

—¿Seca?

—Sí, una seca machaza!, hk'm. Hayqueverque unacalorenestíépoca suna cosa delo. Ynosesi vallové pormuchotiemp.

Con una voz aguda pero potente, explicó que los pájaros y los tucu-tucus ya habían anunciado tal catástrofe.

Me costó torcer la conversación para el lado que me interesaba. Luego supe que a pocos kilómetros de pasar Tacuarembó había un control aduanero. Poco antes de llegar al punto indicado por el paisano, me levanté y me dirigí hacia el guarda. Le señalé un camino que salía hacia la derecha, como si me resultase muy familiar.

Bajé.

Era un camino de carretas, desolado. Me convenía. Caminé durante horas sin encontrar un alma. Con todo, no me sentía seguro. Sabía que en cualquier momento podía aparecer un jeep del ejército, de un lado o del otro. Momento decisivo de mi huida: me desvié del camino, hacia el norte, por una huella antigua, apenas insinuada debajo del pasto. Atravesé la zona de cerros chatos, desde el atardecer hasta muy avanzada la noche. Subí y bajé barrancas, crucé cañadas, corrí como un loco, hasta caer agotado sobre el rocío. Por momentos volvía a vivir la euforia de ser libre, plenamente, como si fuese necesario ser un perseguido para ESCAPAR del mundo. (De niño tuve un sueño que se repetía: yo corría por un campo oscuro hacia un crepúsculo. Huía de unos hombres que me perseguían con perros. Y cada vez que complicaba el laberinto, tomando en una encrucijada direcciones al azar, atravesando cerros y montes, me sentía eufórico. En la frontera no advertí esta "coincidencia". Sólo tenía la impresión de "recordar el futuro". Los sueños no son sólo la consecuencia de nuestra vida diurna; también influyen sobre ella, a veces de forma misteriosa).

La primera noche la pasé en un monte, tupido de espinillos y pitangueros. Una nube infinita de luciérnagas confundían el cielo con la tierra, y el chirrido de los grillos era ensordecedor.

IV

Había calculado que caminando diez kilómetros cada tres horas, treinta kilómetros por día, debía alcanzar la frontera antes del tercer día. Pero de a poco esa cifra trabajosa de nueve horas me superó. Cada día caminaba menos. Al segundo día dejé atrás los cerros y entré en una llanura inacabable. Ya no sufría el esfuerzo de trepar grandes pendientes, pero debía soportar el sol continuo, porque apenas sí había algunos arbustos enanos. No pensaba; sólo atinaba a caminar hacia el norte. Llanura, arbustos achaparrados, esqueletos de ganado descarnados hacía años, y el sol siempre en la frente. Casi cuatro días después volví a encontrar algún vestigio de la especie humana: un camino borrado por los yuyos secos. Lo seguí, desviándome ligeramente hacia el oeste, hasta que comprobé no conducía a nada. Mejor dicho sí, conducía a algo: a una hilera de postes grises (debieron servir de límite al camino en algún tiempo) y a una tapera con un pozo de agua a cien metros. Todos esos rastros de vida recordaban más a la muerte que a la vida misma. En el pozo, una roldana oxidada se sostenía de un arco de hierro. En el arco, algunos adornos debieron ser el débil y fracasado intento de espantar la soledad de aquella tierra. Me quedé mirando esas cosas tan humildes (y mediocres). Comparadas con la sobreestimulación de las ciudades modernas, resultaban de una desproporción misteriosa.

Reconocí la tapera, aunque no pude recordar en qué momento remoto de mi vida pude haber estado allí. Me senté en la puerta de entrada y me quedé pensando. Quizá en alguno de aquellos veranos en la estancia de los abuelos de Victoria. “Pero la estancia debe estar a más de doscientos kilómetros de aquí”. Eso debió ocurrir cuando yo tenía cuatro o cinco años, y de ahí la similitud del recuerdo con un sueño antiguo y una paramnesia. Entré. La casa no tenía techo, a excepción de unas vigas de madera que atravesaban la salita de entrada y unas chapas de zinc sobre la cocina. Sabía perfectamente a qué había sido dedicado cada rincón, qué muebles habían ocupado los dormitorios, el patio. Y no podía recordar a las personas que debieron habitar ahí. Los detalles no me decían mucho. Una olla quemada sobre una cocina vieja, un zapato debajo, una muñeca tuerta, semienterrada en el patio, sonriendo al cielo como un vigilante idiota.

Salí de allí sin abandonar la sensación de que olvidaba algo importante. Seguí un camino que me pareció natural. “Los caminos muertos —pensé— tarde o temprano tienen una conexión con los nuevos en uso”. Cuatro árboles secos, casi sin ramas, se alineaban en un mismo sentido. En otro tiempo debieron servir de sombra. Más adelante, también tapado por el pasto pero con huellas más recientes, otro camino ignoraba al primero, cruzándolo en diagonal. Mirando por los cuatro árboles, como quien mira por un astrolabio, descubrí a mil metros la presencia de un quinto, en la misma línea. Continué como venía, por la huella más antigua. (¿Y por qué un camino en medio del campo debía ser una línea recta? Entonces no reparé en esa lógica).

Di con un rancho de barro y paja. Escuché los ladridos de un perro y me acerqué. Un viejo tomaba mate debajo de un ombú gigante. A pesar de los ladridos del perro, parecía no haber advertido mi presencia. Miraba hacia el horizonte, pensativo.

—Buenas tardes, don —dije, acercándome. Esperé, luego repetí con más fuerza: —Buenas tardes.

—Sim? —preguntó, apenas moviendo la cabeza hacia mí, como si fuera ciego.

No había contestado cuando el viejo comenzó a hacer comentarios sobre la última lluvia, que había ocurrido hacía mucho tiempo y que, desde entonces, la esperaba como al Salvador. Hablaba como si me conociera. No debía ver mucho; sus ojos estaban enfermos de cataratas, consecuencia del sol excesivo. Confiaba toda su atención al oído izquierdo.

Levantó una mano y el perro dejó de ladrar. Algo en mi memoria se dirigía con fuerza hacia la superficie, pero enseguida volvía a hundirse pesadamente.

—¿Qué anda buscando, meu filho?

—Aparicio... —dije de golpe.

—Sou eu —confirmó. Su rostro viejo y gastado parecía una máscara.

—Usted trabajó en la estancia de Ross —aventuré a decir, por decir algo. Con la mirada abstracta buscaba en su memoria. Luego negó con la cabeza.

—Ross, Ross —repetía—. Não me lembro; estou muito velho.

Sorbió el mate con tranquilidad. Esa bebida amarga posee algún misterio; es capaz de provocar una reunión de gente, pero también la soledad reflexiva. Recordé a Martillo, la reunión en Carrasco, y comprendí lo lejos que estaba el mundo; el que había sido mi mundo y al cual jamás volvería a ver.

Sin duda, estaba y no estaba allí. Tal vez había enloquecido o se había acostumbrado tanto a la soledad que yo venía a ser una suerte de recuerdo confuso.

Le pedí agua. Me señaló el pozo.

—Voy a Livramento —contesté—. ¿Sabe para qué lado se va? Era consciente de los sospechoso de una pregunta de ese tipo, pero el viejo no podía ser peligroso. No me preocupé. Quizá yo también, como Souberbielle, consideraba que la escasez de su visión y de su aparato auditivo se trasladaba de igual modo a su inteligencia.

El viejo dobló la oreja izquierda con una mano torpe por el reuma, mientras procuraba comprender lo que acababa de oír. Tardé en repetírselo, porque estaba tomando agua de un balde. Logró comprender la pregunta y contestó:

—Ah, sim. Ouvi falar... Há anos que não vou ao fronteira.

Pregunté por unos cerros, pensando en la cuchilla de Santa Ana. Los únicos cerros que conocía eran los “Cerros del Indio”.

—Não se vai lá —dijo—. E aquella com a cruz.

No había ningún cerro en el horizonte. El viejo había señalado una dirección con sus dedos doblados hacia la tierra. Después de un largo silencio se levantó, con dificultad, y fue hasta el rancho. Volvió con un facón que llamaba “machete”. Me dijo que lo iba a necesitar. Intenté rechazarlo, pero insistió asegurándome que tenía otro igual. Comprendí que desde el principio supo que estaba huyendo, y de alguna forma conocía mi destino.

V

Tenía la fuerte impresión de que no estaba solo; un ser sobrenatural me vigilaba de cerca. “El ángel de la soledad, la muerte”, pensaba. Por momentos huía de esa presencia escalofriante, a veces corría para enfrentármela del otro lado de algún repecho.

Luego, en un momento menos sofocante, descubrí que ese ser, dios o demonio, era yo mismo. Pero los temores se repitieron; evitaba las taperas, porque presentía rostros cadavéricos espiándome desde las ventanas.

Así por varios días hasta llegar al Cerro del Indio. Era uno de los tantos que formaban una sierra interminable. Tardé varias horas en llegar hasta la cúspide. No pensé en la cuchilla de Santa Ana. Cuando subí, sin descanso, sólo me animó la esperanza de poder ver a gran distancia. Pero la vista era aplastante: kilómetros y más kilómetros de campos secos, perdiéndose en un horizonte impreciso. Recuperé el aliento y miré hacia atrás. Sentí que cruzando esa gran muralla dejaba a mis perseguidores a una distancia laberíntica. El Cerro del Indio era plano en su parte más alta; parecía una plaza de pueblo flotando en la inmensidad. Unas piedras blancas sobresalían en la superficie, como menhires, y un arbusto se inclinaba sobre una tumba para darle sombra. Una cruz de palo y un montículo de piedras sugerían la sepultura de un indio cristiano.

Contemplando la distancia recorrida, quise llorar. Pero no me permití esa demostración de debilidad, aunque sentí un hilo frío bajando por la superficie sudorosa de mi rostro. Me pregunto qué relación puede haber entre la angustia y las moléculas de sal que componen las lágrimas, entre el universo atómico y un hombre sentado debajo de un árbol, en 1973. Pienso que ninguna. Profundizar en el destino de la materia es un interesante camino hacia la nada (eso sí, un muy interesante camino). La noble ciencia, en su búsqueda de los orígenes del Tiempo y de la Existencia, se parece a una nave espacial que se dirige hacia una estrella fuera de nuestra galaxia. Se aleja de la Tierra, pero como el universo está en expansión, cada día está más lejos de su objetivo. La distancia recorrida es la sumatoria del conocimiento adquirido en ese viaje; la distancia que la separa de su objetivo, las interrogantes que se incrementan por el camino. Los hombres que han aprendido a diferenciar ciencia de religión, confunden la materia con espíritu. Una vez, en Salisbury, escuché una discusión acerca de si Stonehenge había sido un templo o un observatorio astronómico. En una discusión de este estilo se reconoce a los modernos. Es propia de una mentalidad para la cual ciencia y religión van separadas por definición. Si quisiéramos saber *qué* fue Stonehenge, deberíamos empezar por tener alguna idea sobre la concepción misma del universo de los hombres que levantaron aquellas piedras. Para empezar, yo diría que Stonehenge no fue ni un templo ni un observatorio astronómico; como en otras edades de la humanidad, *fue ambas cosas.* ¿Cómo podría un iberio o un egipcio separar las estrellas de sus dioses? Los modernos, con su ansiedad, subestiman la paciencia de los antiguos; a cualquier gran obra del pasado le atribuyen una colaboración extraterrestre, virtudes ne-alquímicas capaces de transmutar la energía material y espiritual del Cosmos. Pero la pirámide de Kéops, los megalitos de Carnac, aquella cruz de palo, son sólo signos, elementos puramente humanos. Indican algo más allá, algo que sólo puede ser aludido por el símbolo y la metáfora. Configuraciones de la eterna insosegabilidad del hombre ante una realidad que nunca termina por aceptar. Pero, ¿por qué? Simplemente porque no puede aceptar una realidad que es indiferente o que desconoce por completo el sentido de su existencia, de su presencia en el mundo, y de su próxima desaparición. La realidad tuvo una oportunidad de reconciliarse con el hombre en la edad del racionalismo. Pero, por el camino de la lógica, se derivó a la concepción de la existencia como un Gran Absurdo. Consecuencia natural, ya que sólo puede ser absurdo aquello que pretende ser lógico y no lo es. (Los sueños no son absurdos en sí).

D'où venons-nous?
que sommes-nous?
où allons-nous?

había pintado Gauguin antes de intentar suicidarse. *Las mismas interrogantes de los últimos siete mil años.*

—Ojalá llueva un poco —me dije, descubriendo algunas nubes. Pero las nubes se disiparon en poco tiempo.

Comencé el descenso. Rellené la botella de plástico con el agua que bajaba entre las piedras; obtuve más raíces y hongos en la parte baja; y continué camino hacia el norte.

VI

Dos encuentros, peligrosos y por demás extraños, me señalaron la posibilidad de un poblado cerca. Primero, unos niños con túnicas de escuela. Me estuvieron siguiendo un largo trecho. Cada vez que yo me daba vuelta hacia ellos, salían corriendo. Al principio intenté detenerlos, luego comprendí lo peligroso que podía ser. Cuando volvieron por última vez, como moscas, los amenacé con el facón hasta que desaparecieron detrás de un cerro. El segundo encuentro ocurrió a pocas horas de distancia, cuando ya se ponía el sol. Una decena de hombres en dos carros. Apenas los escuché, tomé prudente distancia. Iban todos borrachos y se reían como locos. Se trataba de un funeral; el carro de atrás llevaba el ataúd. Sus carcajadas podían escucharse desde un kilómetro de distancia. El bochornoso espectáculo llegó al colmo cuando una piedra en el camino hizo saltar el ataúd. No se dieron cuenta de esto hasta varios metros más arriba, cuando uno gritó: “Paren, paren; se nos cayó papá!”. Todos saltaron de los carros, como pudieron y corrieron hasta el cajón. Otro gritó: “No se rompió, el cajón no se rompió!”. Y volvieron a soltar la carcajada. No imagino cómo pudieron subir el cajón al carro nuevamente. No quise ver. A medida que me alejaba adivinaba por las carcajadas el esfuerzo inútil de los borrachos.

No había poblado alguno. Caminé algunos días más. Escaseaba el agua y no tenía qué comer; ni raíces dulces ni siquiera aquellas frutitas semejantes al mburucuyá que tanto abundaban del otro lado de los cerros.

Me arrastraba una tarde, ya sin fuerzas, cuando encontré una vaca dando de mamar a su crío. Estaban debajo de un arbusto, fatigados por el sol. No lo pensé. Agarré el facón con fuerza y me abalancé sobre el animal. Pero la vaca resultó ser mucho más grande de lo que me había parecido al principio. No se asustó; por el contrario, giró sus cuatrocientos quilos sobre una pata y me embistió. No sé cómo logré escapar. Quedé exhausto, tendido entre unas chircas. Los encontré, otra vez, al atardecer; iban caminando despacio. Volví a atacarlos. La bestia repitió su ofensiva, pero con tanta mala suerte esta vez, que metió una pata en un pozo se dio de nariz contra la tierra. Aproveché el momento para darle el golpe de gracia: un pequeño corte en las yugulares y la bestia se desplomó como una bolsa de arena. Sin cuerearla, la cubrí con ramas secas y la prendí fuego. Comí las partes de carne mejor quemadas y dejé el resto. Luego debí matar al ternero también; no dejaba de oler el cuerpo carbonizado de la madre.

Esa noche no dormí. Había recuperado fuerzas y quise ganar tiempo. Advertí un fenómeno desconcertante: mientras la Cruz del Sur indicaba un norte, las sombras del mediodía indicaban otro diferente. Por las noches me confiaba a las estrellas, pero de día seguía al sol cenital. Una fuerza superior jugaba conmigo; me hacía recorrer una espiral hacia ninguna parte. Una espiral que se perdía dentro de sí misma, en el desierto. No me acercaba a nada; me alejaba de todo. Recuerdo haberme quedado dormido a pleno rayo de sol. Cuando desperté, comencé a caminar sonámbulo, totalmente

insolado. Repetía: "Pero ¿qué he hecho, Dios mío?", quizá algo consciente de un descuido mortal como ese. Vi, por un momento, la avenida 18 de Julio, desde la plaza Independencia. Reconocí el lugar, totalmente vacío. Las calles transversales se perdían en los campos resecos. Había esqueletos de ganado por todas partes.

VII

Varios días después de que me cruzara con los escolares y los borrachos del ataúd, di con un pequeño pueblo. Pueblo o villa, se llamaba "La Estación"; seguramente porque hasta allí había llegado el tren, en otra época. El pueblo parecía ensimismado en una siesta permanente. Una vieja FORD, unos carros y un perro con la lengua de afuera eran todo lo que llenaban las calles.

Entré en un bar (quizá el único); estaba en una esquina, enfrente a la estación, aparentemente abandonada. Adentro no había el olor a pizza y café como en los bares de las grandes ciudades, ni el olor a caña como en los del interior. Había olor a madera antigua, a tabaco de pipa.

Pedí una cerveza y dos empanadas. Nadie notó mi presencia. El cantinero volvió a su lugar y se quedó acodado sobre el mostrador, escuchando a otros dos que discutían las virtudes de los autos viejos. enseguida noté que uno de ellos no era de allí. El otro, un escocés, diminuto por excepción. Había llegado con el ferrocarril, cuando muchacho. Hablaron de sus apellidos. El escocés se consideraba un Steward (o Stewart) de la rama del gran Robert Bruce. El otro, un colombiano con un primer apellido tan común como Rodríguez o Ramírez, pero con un segundo apellido de origen armenio (Rigorian o Petrosian). Pese a la edad, y porque a la madre nunca le interesó la cultura, recién estaba aprendiendo aquel idioma. (Creo haberlo dicho ya: los integrantes de una sociedad se identifican por sus diferencias). Luego de una pausa volvieron sobre el tema que preocupaba al colombiano:

—Para salir del pueblo —advirtió el escocés—, sólo después de las cinco. La FORD vieja no aguantaría el calor. Imagínese.

El colombiano golpeaba el mostrador con los dedos, impaciente. Yo los veía de perfil, en un espejo que también alcanzaba a reflejarme. Reconocía una vez más esa expresión imbécil de mi rostro cuando se reflejaba en un espejo público. Ese era yo; estaba más oscuro, destruido. Sólo una vez recuerdo haber visto tanta gente en la calle. Una mujer con un paño atado en la cabeza, y una niña con una muñeca tuerta.

—Sabe que me interesa ese asunto de la fortaleza —había dicho el colombiano.

—Ni lo sueñe; nadie se acerca a menos de doscientos metros.

—Podría pedir un permiso al gobierno.

El escocés se rió y bebió su cerveza.

—Tiene razón; son tiempos difíciles... —dijo el colombiano. Y luego, cambiando de tono: —Me interesan esas cosas. Hace unos años, un amigo mío hizo un descubrimiento fantástico. En el Templo del Sol de Cuzco ¿lo conoce?, bueno, no importa; es un templo que está en la calle Awajpinta (no se asuste por el nombre; no le voy a pedir que me lleve hasta allá). Es un templo que está cerca de la Iglesia de Santo Domingo, edificada sobre los cimientos de Koricancha. Templo al Arco Iris, al trueno y al Rayo. Bonito, iha? Bueno, mi amigo descubrió una piedra con tres orificios, los que al ser palmeados producían tres notas musicales: —Re —La —Mi. Misterio! Amigo, cuánto se discutió esto! Hasta que (con el alma partida, le confieso) les demostré que en realidad se trataban de tres orificios de desagüe, un poco tapados por la mugre de los años. Así que,

después de limpiados, las —Re —La —Mi, se fueron al Ca-Ra-Jo. ¿Qué quiere que le diga? Yo siempre atribuyo las tesis fantasiosas a las hipótesis del mismo género. La gente necesita vivir de los misterios, de vez en cuando. Necesitan a los extraterrestres con piel de lagarto, a la Atlántida y al continente de Mu, al triángulo de las Bermudas y al experimento Filadelfia, a Rasputín y a su *Loch Ness Monster*, a Nostradamus y a los *poltergeist*.

Luego descubrí que el colombiano era arqueólogo. Habló con entusiasmo de la fuente de San Felipe de Cartagena, de la red de túneles que existe debajo. Según ☐l, debajo de la “Fortaleza”, había una construcción similar.

—Por qué alguien fundaría un pueblo en el desierto?, lo ignoro.

—Yo le voy a contar por qué —dijo el escocés sirviéndose más cerveza—. En un tiempo esto era Tierra de Nadie —miraba hacia afuera, como si quisiera recordar una experiencia propia—. Fue de los españoles primero, después de los portugueses, de los españoles otra vez. Con los brasileños y los orientales pasó lo mismo. Cómo marcar una frontera, pues, en una tierra como ésta?; sin cordillera, sin un río lo suficientemente fuerte como para detener a un vagabundo suelto. Un día los orientales decidieron fundar una cadena de pueblitos que dibujaran una frontera, y la defendieran. Igual que para descubrir América, se echó mano a reos y delincuentes. La libertad a cambio de defender la patria. Jah! Hay que comprender, ¿quién más iba a querer venir a vivir acá?

—Lógico.

—¿Y que se podía esperar de semejantes fundadores? ¿Trabajo?, *no sir*. Para colmo, rodeados de indios. Así se formó Tierras Coloradas, y otros pueblitos que ya desaparecieron del mapa. Mire, creo que hicieron bien en huir. Hubiesen condenado su descendencia a la ignorancia y a la superstición. Le digo la pura verdad. Jamás vi gente más cerrada que ésta. La semana pasada, sin ir más lejos, vi con estos ojos una mujer llevando una radio al curandero. No se ría. Luego me entero de que le habían hecho venceduras para que volviera a hace musiquita (porque los pobres ni siquiera entienden lo que dicen los informativos).

El colombiano soltó la carcajada: —Supongo que el sarabá la compuso chévere.

—Claro! Mejor dicho, no sé cómo, pero la cosa salió de allí tocando samba y todo. *Noo*, yo quisiera saber qué es lo que oyen cuando escuchan!

—¿Y esa historia del Santo Mártir? Cuente.

—Pero usted está bien enterado de todo -dijo sorprendido el escocés.

—Algo.

—Esta gente dice que hace cien años hubo un terrible sitio a la Fortaleza. Se puede suponer que ocurrió hace doscientos o trescientos años (Todas las leyendas tienen un lío bárbaro con las fechas: o el hecho ocurrió cuando el tiempo no existía, o el mundo fue creado miles de años después de que unos tipos pintaran unas cuevas en Altamira). En fin, para el caso da igual. Lo importante es que el sitio fue hecho por indios tupí. ¿Entiende? Por caníbales!

—Bah, no es tan así.

El viejo lo quedó mirando al colombiano, sin decidirse a explicar algo tan obvio. Finalmente, dijo:

—Mire, si le digo que esa costumbre sobrevive en sus descendientes, ¿qué me diría usted? ¿Me creería?

El otro se quedó serio, sin saber qué decir.

-¿Me creería si le digo que yo mismo vi algo de eso?

Otro silencio, esta vez más largo. El escocés siguió:

—Una noche que volvía de Tierras Coloradas en la FORD, vi una luz a trescientos metros del camino. Unos hombres desnudos rodeaban una fogata; bailaban alrededor. Noté que el ruido de la FORD interrumpió la ceremonia. Por distraerme del camino casi me voy por la barranca. Le clavé los frenos sin sacarle el cambio y se me apagó. Carajo; me quedaron mirando; yo también los miraba, sin poder creer lo que veía. No podía creerlo...

—Siga, amigo.

—Sobre el fuego... —dijo el escocés buscando su vaso para correrlo diez centímetros— había un cuerpo de hombre, estaqueado como un animal.

—Dios!

—Una vez uno de esos tipos con cara de indio me dijo por qué se comía la carne asada. Sólo de esa forma (decía) no se come al espíritu del animal, que sólo le pertenece al dios del Nomeacuerdo. En el holocausto, el espíritu ascendía a las cumbres divinas. Un hombre podía comerse crudo a otro si pretendía poseer las virtudes del comestible. Esto sólo podía hacerlo el brujo, que era el único capaz de no asimilar los defectos también. La regla podía ser quebrantada en ocasiones especiales: en las fiestas y en las guerras, momentos de delirio orgiástico en que se deja de respetar al dios antes nombrado.

Pensó un momento y agregó: —Desde esa vez no volví a pasar de noche por esos campos.

VIII

El escocés agarró el vaso de cerveza y se sentó, respirando con alivio. El colombiano lo siguió. Yo había acabado mis empanadas y, como si quisiera disimular algo, me puse a hurgar en los bolsillos de la camisa. Saqué algunos papeles y fingí estudiarlos con atención:

UNITED AIRLINES
Name of passenger:
CONDE ABERCROMBIE/G.
¤ Seat 33F

UKRAINA HOTEL
2/1 Kutuzovskij Ave.
Moscow
Room 1124

BINIS KARTI
,ikdis Kapisi 7
T†RK HAVA YOLLARI
TURKISH AIRLINES ¯

No olvidAR:
Holyland 3µAp§b/74GL
al llegar

KING SOLOMON HOTEL
David haMelekn
Jerusalem

DROIT D'ENTRÉE
Nº 29385
République Libanaise

The psychological arrow of time,
is determined by the
thermodynamic arrow of time?

La niña de la muñeca tuerta pasó cantando en voz baja, algo parecido a una canción de cuna. Noté que además le faltaba un brazo al juguete. Mientras atendía la conversación de los dos hombres, subrayaba *arrow of time.*

—Ya imagino lo del sitio —había dicho el colombiano.

—Y no se equivoca, si imagina que los caníbales fueron los mismos cristianos.

—¿Cómo, cómo?

—La población refugiada comenzó a morir de hambre. Y a comerse unos a otros. Había peleas, intrigas internas.

—Dios mío.

—Y aquí viene lo increíble. No todos murieron en la fortaleza, naturalmente, porque Tierras Coloradas fue refundada por los sobrevivientes. En el centésimo día (otra afición de los mitos por los números precisos) la fortaleza era una tumba abierta, seguramente nauseabunda. Por estas se—ales, los indios debieron suponer que el sitio había terminado; y que por fin habían recuperado las tierras de sus abuelos. Se acercaron, y cuando ya comenzaban a golpear la puerta para derribarla, hizo aparición en escena el santo en cuestión. Imagíneselo; blanco y pálido de muerte por el largo encierro en sótanos. Y para colmo ciego.

—¿Ciego?

—*Yeah*. Me pregunto por qué un santo que habría de salvar a tanta gente debía tener tan pocos atributos. Bueno, lo cierto es que los indios, al verlo perdido de la mano de Dios y sin saber para dónde agarrar, lo mataron y le arrancaron el corazón. Dicen que fue justo allí donde está la famosa piedra con el cráneo sobre dos tibias.

—No entiendo nada, pues —dijo el colombiano.

—*Nae*? ¿Qué imagina debía ocurrir después?

—No se me ocurre.

—Por supuesto que nada razonable, amigo. Debía ocurrir algo sobrenatural. ¿Comprende?

—Cierto.

Corregí: taché el *is* afirmativo y lo reubiqué *Is*.

—El cielo se oscurece y corre un frío nocturno por la tierra. Al ver que el día se hace de noche, de golpe, los salvajes huyen, y el pueblo (lo que queda de él) vuelve a ser libre.

—Santo o héroe nacional, si la historia es cierta, merece un monumento, por lo menos.

—Algo de eso hay; son los propios restos del Inmortal, como el de la Plaza Roja.

Subrayé No olvidAR, varias veces. Después de una ligera distracción con 3μA, atendí a la discusión sobre la interpretación que debía dársele a la historia.

—Como dice usted —dijo el escocés—, no hay necesidad de recurrir a un misterio para explicar otro. Para mí está claro: el supuesto mártir (o algún otro infame) sabía de astronomía. Pienso en el cura; en estas tierras incultas ese tipo de conocimientos sólo era accesible a esos vividores.

—Sé del caso de un tal Buenaventura Suárez, un astrónomo misionero que fabricaba sus propios lentes con cristales de roca. Dicen que con casi nada determinó la latitud por la altura de la estrella Polar, y la longitud por un eclipse de los satélites de Júpiter. Qué me dice? Y le hablo de hace doscientos años.

—Sí. En una tierra donde no había otra cosa que indios y soledad, que para el hombre blanco es lo mismo. Para mí, el mártir (o el curita del diablo) sabía que tal día a tal hora se produciría un eclipse de sol. (Hay que descartar una coincidencia, porque en ese caso sería un verdadero misterio). Usted conoce los fenómenos que ocurren con un

eclipse. La naturaleza se conmueve, los animales se ponen nerviosos o disparan. A veces aparecen manchas oscuras en el cielo.

—He visto, he visto.

—Yo agregaría algo más —siguió el escocés—; los indios debieron mirar le fenómeno directamente, como lo hacen los ignorantes.

Calle Emilio Reus
y Má B-th-lot
17 hs.
(No me fallés)

Usted sabe los resultados: lesiones en los ojos, manchas en el campo visual que van a sumar nuevos fantasmas y demonios a las mentes primitivas.

—Pero el mártir también estaba ciego, y antes del eclipse.

—*Nae mair* —dijo el escocés encogiéndose de hombros. No estaba seguro. Podía tratarse de esas lógicas adaptaciones que sufren las historias reales que se convierten en leyendas.

Guardé cada uno de los papeles, como si me fuesen a servir algún día; en uno que aun estaba en blanco anoté el nombre de los pueblos nombrados, el nombre del astrónomo misionero y otros datos inútiles.

Terminé mi cerveza y pagué. Para mi sorpresa, el cajero me dio el cambio en cruzeiros.

No le presté mucha atención al detalle; aún estaba cansado y un poco adormecido por la cerveza. Salí del pueblo a media tarde, hacia el norte.

IX

Al amanecer me despertaron los milicos de una patada. Me había quedado dormido en la pendiente de una barranca y, cuando me empujaron, rodé hasta el arroyo. Probaron ahogarme y desahogarme varias veces, hasta que perdí el conocimiento. Gritaban victoriosos.

Desperté sobre un camión en marcha, tirado en el piso y con las manos atadas detrás. Cuatro miliquitos de cuarta se divertían con sus armas y sometiéndome a un falso (pero no menos violento) interrogatorio. Tenían acento paraguayo o boliviano.

No sé cuántas horas anduvimos así, por caminos polvorientos y desparejos. Hasta que llegué a esta maldita cárcel, un día caluroso de invierno.

Un día como éste.

No sé qué cosas habrán cambiado en el continente después de diez años. Pero algo ocurrió, seguro. La cárcel ha sido abandonada y una celda quedó sin abrir.

EPILOGO

I

Así como encontrarán los hombres estas ruinas dentro de mil años, así las he visto yo *por última vez*. Fue un viernes, a la hora en que antes se abrían las puertas para bajar al patio. La puerta estaba abierta. ¿Desde hacía cuánto tiempo? Quizá días.

Recorriendo los pasillos, tenía la impresión de estar caminando por un gran templo funerario, invadido por el sol más intenso de la tarde, y por el silencio hermético de la noche. El sudor me cruzaba por la cara como cuchillos afilados; un ojo gigante se abría para espiarme y se cerraba para desaparecer de mi vista. Yo era el único que aún no había logrado escapar, el único que seguía despierto cuando todos dormían, el que se había demorado. El patio parecía arrasado por la luz de mil años, olvidado por el viento y por la vida. Nunca me sentí tan cerca de poder escapar, y tan seguro de no poder hacerlo. (Tal vez influía en mi estado de ánimo las fracasadas experiencias anteriores). Corrí hasta rodar por la escalera, después entré por el pasillo que va a la sala de visitas. Pero debí perderme; en su lugar derivé a una especie de oficina o escritorio. Había una ventana cerrada por dos persianas de madera, las que se vinieron abajo apenas tiré de ellas. Pude ver el pueblo, de golpe, desde una perspectiva desconocida. *El camino de regreso al sur* (pensé en un segundo), los campos interminables de la frontera, Cerro del Indio, Valle Edén. La ventana tenía rejas. Al mismo tiempo que lo advertía, me daba cuenta de que tampoco en el pueblo quedaba nadie. La soledad era como un mar que ya había rebasado por años los límites del horizonte. El fin del mundo. Luego ese frío a mis espaldas, como si un hombre de hielo hubiese entrado a la habitación. Me di vuelta y vi esa cosa en un rincón: un agujero con forma de rostros cambiantes; abrían sus bocas y la cosa respiraba con dificultad. Con temor y furia, arrojé una silla sobre ese rincón; después deshice todo lo que encontré a mano. La cosa desapareció y salí hacia el pasillo. Corrí por todos los rincones de la prisión, buscando una posible salida. Pero en ningún momento llegué hasta la puerta principal. Finalmente salí al patio y me desplomé, agotado. Sentí que me separaba de mi propio cuerpo. Lo vi tendido, luchando por incorporarse primero, y rindiéndose después. No sentí el esfuerzo. Pensaba: "Ese pobre cuerpo mío. Un día tenía que abandonarlo, como a la ropa, como al pelo cortado; un día tenía que abandonarlo a otros horrores, para que en un rincón solitario haga su última mueca; para que, con esa expresión indiferente, soporte el fuego o los gusanos. Los dos sabíamos que un día debíamos separarnos. Qué injusticia". Tuve un sueño. El pueblo estaba de fiesta. Habían salido todos a la plaza de la iglesia, poco antes de que sonaran las campanas. Dieron las doce de la noche y hubo un griterío alegre. Todos se saludaban y se abrazaban como en Navidad. Encendieron cientos de velas y recorrieron las calles alrededor de la plaza. Algunos parecían borrachos o habían enloquecido súbitamente. El espíritu dionisiaco, la fiesta bacanal de la Navidad. Después de las campanas comenzaron los disparos y la fiesta se alegró más aún; y cuando las velas se acababan, a alguien se le ocurrió desplazar la masa delirante a la plaza del viejo roble. En esa plaza, la mayor, el polvo se levanta al pisarlo apenas, y los pasos se reducen de tamaño. Entró en ella la multitud. Algunos cayeron antes de alcanzar el centro y el polvo se levantó formando nubes extrañas alrededor de las luces. Algunos alcanzaron el centro y se

echaron en el suelo, retorciéndose de risa. Alguno logró juntar ramas secas y encendió una hoguera. Pude ver mejor los rostros sonriendo; sonreían para dentro, donde veían payasos y globos de colores; y levantaban las manos divagantes hacia ninguna parte. Las ramas ardieron con facilidad y pronto el fuego se hizo incontrolable. En ese momento aparecieron los salvajes, anunciados por el galope de los caballos y el conocido grito de guerra, los que tardaron en distinguirse de los otros gritos. Comenzaron a correr alrededor de la gente; pronto el círculo fue abriéndose hasta abarcar a la cárcel también. Subían y bajaban, atravesaban el pueblo entre mujeres que caían golpeadas por los caballos. Golpeaban con furia la puerta de la prisión. Desde la cárcel hicieron fuego varias veces, pero por cada dos que caían, cuatro volvían a aparecer desde la oscuridad. El roble ardía en llamas y la multitud huía de un lado para el otro; por cada calle que entraban eran detenidos por los salvajes o despedazados por los proyectiles. Los salvajes arremetieron dos, tres veces más; y cuando tomaban el impulso final que derribaría la puerta, salió un jinete de camisa blanca, a toda carrera. Era una mujer de pelo muy largo. Se perdió en el polvo de la plaza primero, y en el resto de la oscuridad después. De repente se hizo silencio y los salvajes desaparecieron por distintos lados. Descendí a mi cuerpo, en medio de una oscuridad desconocida; y desperté definitivamente con el golpe de una puerta metálica.

Reconocí el lugar: estaba al borde de una gran rampa de piedra, húmeda y resbalosa. *Estaba en el Pozo, por primera vez*. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Solo? Tiré con fuerza de la puertita de hierro, pero estaba trancada. Imaginé un cierre automático del otro lado. De cualquier forma, estaba sepultado.

II

El Pozo fue el único lugar por donde pudo escapar un preso. Por supuesto, nadie lo supo antes. Quizá fue el depósito de agua de la antigua estancia jesuita, pasaje secreto, escondite o lugar de castigo. Un hombre castigado allí, debía sostenerse de pie en una cornisa estrecha, debía evitar el sueño, para no caer en el vacío. Abajo se acumulaban los restos de los que no resistieron el tiempo suficiente.

Exploré el vacío con un pie. A un metro debajo de la cornisa comenzaba la rampa descrita por el Manco. Caminé por la cornisa, con la espalda pegada a la pared, comprobando que el pozo tenía una forma cuadrada o rectangular, de por lo menos diez metros de lado. ¿Qué hacer en mi lugar? Al principio me propuse resistir, no veía otra posibilidad; si había sido castigado por mis carceleros, debían volver en siete días. Doble improbabilidad, ya que la cárcel había sido abandonada.

Para no enfriarme, caminaba por la cornisa dando vueltas y vueltas hasta perder la posición de la entrada; entonces buscaba la puerta de hierro en las paredes y no podía hallarla. Me debilitaba hasta tambalearme sobre el vacío. Varias horas después me detuve en un rincón, perdido, y ya no pude moverme. “No resistiré”, pensé. Tenía los pies congelados y no podía sentirlos. De a poco, esta insensibilidad comenzó a subir hasta las rodillas, luego hasta la cabeza. Fue como si me hubiese quedado sin cuerpo. No podía ver ni escuchar nada, no podía sentir la piedra bajo los pies o contra mis espaldas. Flotaba. La oscuridad se fue descomponiendo en pequeñas y sutiles manchitas, las que luego fueron ramas, ríos, horizontes, rostros, luces y sombras de soles ya perdidos en el tiempo. No podía comprender que era mi memoria la que proyectaba esas imágenes. No me dormí; así como alguien que pierde una pierna sigue sintiéndola y cree poder moverla, yo creía poder mover todo mi cuerpo, cuando en realidad estaba inmóvil. Así

debe ser la muerte, cuando el alma se separa del cuerpo. Caminé largo tiempo por un lugar semejante a la Pampa. La prisión era solo una idea obsesiva, un recuerdo; llegué a pensar que había sido un sueño y los últimos ocho años abarcaban, en realidad, un solo día. Como en el sueño de Maury, toda mi vida se desencadenaba en un solo segundo; acababa de despertar insolado, y debía continuar mi fuga hacia el norte. En otro momento caminaba por una calle de la Ciudad Vieja para encontrarme con Chabalgoity y Selva Wittenberger. Llegaba hasta la esquina señalada y, al no encontrarlos, decidía ir a buscarlos al hotel. Al encontrarlos a los dos en la cama, sacaba mi pistola y los mataba. (Era absurdo por tres motivos: a— yo no conocía la dirección del hotel; b— el recepcionista no me hubiera nunca facilitado la llave; y c— no tenía motivos, ni sentimentales ni ideológicos, para matarlos). Salí corriendo a la calle mientras me preguntaba por qué lo había hecho. Hubiese querido volver el tiempo hacia atrás y borrar el crimen. Pero ¿cómo dejar de ser un criminal cuando ya se lo ha sido? Se es un criminal de una vez para siempre; de la misma forma de que no hay remedio para la muerte. ¿Cómo borrar esa terrible culpa? Me atormentaron esos pensamientos hasta que desperté. Entonces *nada había sido irremediable*, porque aquel crimen quedaba anulado al despertar, como quedarán anulados, o cambiarán de significado, con un nuevo estado del alma después de la muerte. Yo estaba en una cuna y apenas podía comprenderlo. Miraba una ventana parecida a la de mi celda. Podía recordar aun un pueblito al sur de México, las plantaciones de arroz en China. Una mujer se inclinaba sobre mí y me hamacaba. Pero yo no podía parar de llorar. Quería decirle lo de la cárcel en medio del desierto, y no podía; apenas balbuceaba unos sonidos pegajosos. Algunos nombres me venían a la memoria como bolas de fuego blanco atravesando el cielo: Wittenberger, Victoria, Matías Rosenbaum, Vassallo (el nombre falso que le di al conocido de Montevideo), la Logia de Praga y la Rasínovo nábrezí.

Un dolor agudo en el estómago me devolvió a la realidad del Pozo. Sin pensarlo (y renunciando a todo esfuerzo), me dejé caer.

III

El fondo tenía por lo menos medio metro de barro, debajo del cual se advertía un adoquinado antiguo. La humedad debe llegar hasta allí por la vertiente subterránea que alimenta el pozo del patio y los otros del pueblo.

Saqué fuerzas de no s☐ dónde y me puse de pie. Traté de imaginar bajo qué sector de la cárcel podía encontrarme y no pude; estaba totalmente desorientado. Pero de inmediato se me ocurrieron dos posibles salidas: A— el canal que traía el agua desde el arroyo Secco; B— el pasaje secreto de los jesuitas hacia el exterior. Ambas eran probabilidades históricas. La primera era una construcción de rigor en todas las estancias jesuitas en estas tierras (quizá no se había descubierto aún la vertiente subterránea, porque es muy profunda; y, con seguridad, en otro tiempo el arroyo Secco condujo agua, de otra forma los europeos no se hubiesen establecido aquí). La segunda posibilidad, sobre la existencia de un pasaje secreto, era tan común y necesaria como la primera: los curas se la daban de omnipresentes ante los indios. Por esos túneles podían hacer sus apariciones inesperadas en los campos donde trabajaban los futuros cristianos.

No me equivoqué con esto último. Lo que más me apena ahora es no haberlo descubierto antes, después de tantos años de búsqueda.

En cierto lugar del muro, la piedra estaba dispuesta de una forma diferente a las demás. Habían sido agregadas para cerrar una boca cuyo diámetro casi alcanzaba la altura de una persona. El descubrimiento me dejó excitadísimo, aun advirtiendo la rígida trabazón de las piedras. Luché durante horas con una que parecía más vulnerable. En algún momento llegué a pensar que moriría habiendo descubierto la salida y sin fuerzas para abrirla. Busqué entre el fango algo contundente como una palanca. Por todas partes había restos de esqueletos humanos; en un rincón, dos jarrones rotos de cerámica con algunas monedas y, por allí cerca, un picaporte atado con un cordón de zapato a un fémur. Reflexioné sobre este descubrimiento; pensé en Ignacio Flores (en aquella época nos daban para usar zapatos con cordones).

Finalmente, y con la ayuda del picaporte como palanca, la piedra con forma de pirámide trunca cedió, y con ella otras más.

Ahí comenzaba la salida.

Caminé un largo trecho por el túnel, inclinándome un poco sobre mis pasos. Las paredes y el techo eran una sola bóveda de mampostería; el piso era de tierra, pero estaba seco en su mayor parte. También allí había por lo menos el esqueleto de un hombre. Caminé algo así como cien o ciento cincuenta metros. No habían subidas ni bajadas pronunciadas, salvo las imperfecciones del piso. Casi al final, el túnel giraba un poco a la izquierda y subía como una rampa. Unos escombros en la parte más baja dejaban adivinar lo ocurrido con la boca de salida: había sido sellada por derrumbamiento. ¿Cuántas toneladas de tierra podían separarme del exterior? La tierra estaba absolutamente seca y asentada. Sin desanimarme, volví por el pico improvisado con el fémur y comencé la excavación. No sé cuanto tiempo estuve en esa tarea. SÍ recuerdo haberme dormido varias veces, cansado y respirando con dificultad. Al final de la excavación caí en una especie de cámara. Tampoco allí había luz, pero corría algo de aire. Eso me indicaba que la salida estaba muy próxima. Recorrí la cámara tanteando las paredes y llevándome por delante toda clase de objetos: candelabros, botellas, fuentes con miel y vasos con agua. Sin embargo, nadie vivía allí. Bebí y comí con voracidad todo lo que encontré. No me detuve a pensar ni un solo momento en la posibilidad de que la comida estuviese envenenada. Luego, cuando analicé el lugar con más tranquilidad, me di cuenta de qué se trataba. Era un lugar de culto religioso, y no podía estar dedicado a otro que al Mártir del pueblo. *Los alimentos significaban que el día conmemorativo había ocurrido o estaba próximo*.

Después de un breve descanso, comencé a buscar la salida. No era difícil; unos diminutos puntitos de luz la delataban. Subiendo dos escalones había una puerta como ventana, inclinada hacia dentro. Había sido trancada por fuera, y un montón de piedras y ramas pretendían disimularla. La sacudí con fuerza hasta que se vino abajo con estrépito. Temiendo que alguien haya escuchado el ruido de las piedras con la puerta, salté hacia fuera.

La luz intensa del mediodía me golpeó en los ojos y pronto no pude avanzar más. Apreté los ojos con las manos. En mis retinas persistía una sola imagen: la calavera en la piedra, sonriente. Comencé a correr por una pendiente que se inclinaba velozmente bajo mis pies, sin saber hacia dónde. No podía ver. Me había hundido en un mar blanco, el que se fue oscureciendo rápidamente. Rodé y caí sobre unas piedras y ya no pude levantarme.

No tardaron. Pude escuchar sus gritos de guerra primero, y las patas de los caballos zumbándome en la cabeza. Me incorporé una vez más, pero apenas pude dar vueltas de un lado para el otro, perdido en la más horrible de las noches. Me rodearon con sus gritos agudos, con sus caballos y sus antorchas rojas. Creí ver que todo el pueblo

ardía en llamas, debajo de un cielo negro y sin estrellas. Hasta que me enlazaron por el pecho y me arrastraron cuesta arriba. Sentí que moría asfixiado por la cuerda.

Luego no recuerdo más. Debí desmayarme. Desperté en este lugar oscuro, con la cara contra el piso. Intenté moverme y no pude. Después de un rato escuché una voz muy lejana, advirtiendo:

—Déjenlo, está muerto.

IV

A juzgar por el frío de las paredes, debo estar muy por debajo del nivel del suelo, en la última y más oscura de las celdas. La poca luz que entra proviene de una ventana estrecha, casi contra el techo, totalmente inalcanzable. (No podría soportar más luz que ésa).

Ya no hay salda; es casi un alivio. Esta noche los indios comenzaron su fiesta aprovechando la claridad de la luna. No han dejado de cantar y gritar victoriosos desde entonces. Espero que en cualquier momento se abra aquella puerta y bajen a buscarme.

Pero no le temo a la muerte. Ahora sé que será la única forma de despertar de este infierno. He vuelto a soñar. (Solo aquel que jamás ha soñado puede temerle, en serio, a la soledad claustrofóbica del ataúd) Pasarán los años y un día nuevos hombres llegarán a estas ruinas. Y aquí abajo, en la última y más profunda de las celdas, encontrarán estos cuatro cuadernos. Entonces renaceré. Renaceré en mis palabras, al fin, libre.

* * *